

El orden perfecto haría del mundo un cementerio

Para Penélope Ammine, por obligarme a amar la herida del ineludible "después"...

A la parte de mí que está en España...

Para Alberto Constante, por enseñarme la fuerza de un pensamiento bien escrito y la debilidad de éste cuando va más allá de la razón...

A mi familia de sangre y a la de la vida.

Autorizo a la Dirección General de Bibliotecas de la UNAM a difundir en formato electrónico e impreso el contenido de mi trabajo recepcional.

NOMBRE: Lamania Olive Arriola

FECHA: 26-02-07

FIRMA: [Firma manuscrita]



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

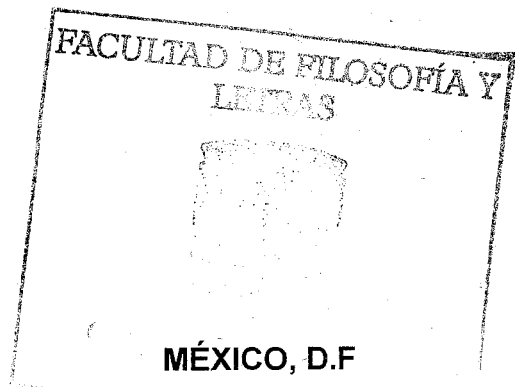
“LA FALTA ONTOLÓGICA Y SUS MANIFESTACIONES EN LO HUMANO, UNA
PERSPECTIVA DESDE EL PENSAMIENTO DE MARÍA ZAMBRANO”.

TESIS
QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE
LICENCIADA EN FILOSOFÍA
PRESENTA:

YAMANIA OLIVÉ ARRIOJA

ASESOR:
JURADO EXAMEN:

DR. ALBERTO ISAURO CONSTANTE LÓPEZ
DRA. GRETA RIVARA KAMAJI
DR. RICARDO HORNEFFER MENGDEHL
DR. GERARDO DE LA FUENTE LORA
DRA. LETICIA FLORES FARFÁN



ÍNDICE

	Página
Introducción	4
1. El concepto ontológico de la falta	11
1.1 La dialéctica de la pérdida	34
1.2 La falta ontológica como móvil en la acción humana.....	50
2 Finitud y diferencia ontológica con lo "Otro", lo divino	56
2.1 La relación con el otro desde la falta ontológica.....	69
3 De las ruinas y la soledad. No se podría ser de otra manera.....	78
Bibliografía	99

INTRODUCCIÓN

*Odio estar cerca del mar y oír su
musiquilla y sus rugidos como una
bestia en su guarida. Esto me recuerda
los esfuerzos perpetuos de la mente humana,
luchando por ser libre y terminando justo por donde comienza.*

William Hazlitt

La autora que me incita este trabajo es parte de una voz que muchos "filósofos" de nuestra academia no quisieron escuchar. Pues se piensa en el orden del positivismo más estricto, que lo que carece de método, carece de valor y de verdad. Aunque en María Zambrano exista un transparente método de revelación metafórica, no por ello menos válida que el conjunto de premisas que derivan en una sola conclusión lógica.

Zambrano -nacida en Málaga (1904-1991)- no colocó los basamentos para hacer teorías fijas, ni pretendió hacerlo, su dogma fue pensar la vida con sus inherentes contradicciones, abrir puertas y sembrar la duda sobre lo que estaba pasando en su actualidad y sobre el cómo se ha comprendido la realidad en esta época de modernidad. María fue portadora de otra voz, una voz diferente y profusa, de una razón que no fulmina como un rayo de luz lo hace, sino que alumbra lugares olvidados. Ella, como receptora intelectual y creadora formó parte de cada gota del mar del pensamiento, supo recuperar la historia, su cultura, su propia crisis histórica y el pensamiento filosófico que heredó de una manera justa.

Sin embargo, la filósofa española fue una de las exiliadas de la filosofía cuando ésta se tuvo que reestructurar bajo un nivel puramente lógico y comenzó a temblar sobre sus propios cimientos y exigencias. María Zambrano fue crítica con la historia del pensamiento antiguo, mas siempre consciente de las raíces de su España, como el *Quijote*, -obra que defenderá como la gran herencia intelectual, estética, moral, y cultural que legara España como nación- María realizó un esfuerzo intelectual y ético por integrar los horizontes más significativos del pensamiento filosófico en occidente con la vida misma, jalando los hilos de la Grecia presocrática hasta Séneca, de Cervantes, Spinoza, Freud, Nietzsche, Unamuno, Machado, Agustín, Molinos, Ortega y por supuesto, Heidegger.

Zambrano fue una pensadora clásica y moderna porque se detuvo a reflexionar y retomar los caudales de la literatura, filosofía y religiones centrales para llegar a comprender la necesidad de reformar lo que podía haber perdido su contenido esencial en la actualidad. Jamás se le olvidaron las lecciones de sus maestros, sus propias circunstancias y las heridas de una Europa a la que pensó como un continente en agonía, con la necesidad inminente de renovarse lejos de cualquier dictadura. Por ello criticó fuertemente el idealismo sistemáticamente limitado en la política y la cerrazón del imperialismo positivista y androcéntrico, todo aquello que atentara contra la irrepetible y valiosa individualidad de la persona humana. Zambrano supo poner bajo los reflectores a una razón que más que ser universal, se volvió dictadora de la vida.

Si Zambrano acudió a tan diferentes huecos del alma fue para recuperar lo más primario de lo humano, su *pathos* de entre las sombras que le empañan. Para hacer escuchar a los románticos malditos, a los místicos, a los filósofos que antes sospecharon de la razón absoluta, angustiados por ese "algo" que quedó fuera del pensar "académico" por un largo tiempo, ¿era esa cosa llamada pasión? ¿o un extraño miedo a que algo no deseado, no esperado, se revelara mediante ella?

María Zambrano fue así más allá de la filosofía, E. M Cioran apunta:

"María Zambrano no ha vendido su alma a la Idea, para ella nada es verdad salvo lo que precede o lo que sigue a lo formulado, únicamente el verbo que se hurta a las trabas de la expresión... la palabra liberada del lenguaje"¹. Intérprete y reformadora del pensamiento, un enriquecido esfuerzo que supo entender lo que gemía tras bastidores del ser y lo que había, y aún ha sido racionalizado hasta un extremo peligroso. En su pensar hay autenticidad, reflejo fiel y justo medio para el hallar quizá ese espacio que hoy mismo estamos necesitando para respirar en un mundo lleno de vacíos. La totalidad de su pensamiento es tan rigurosa como lo fue su comprometida formación intelectual y su pasión por la cultura griega, romana y latina; mas ésto no le resta musicalidad, muy al contrario, por momentos nos hace sentir un dejo de lo sagrado en su peculiar pensar poéticamente.

La explicación zambraniana del proyecto humano se basa en construir el ser de la "persona" a partir de la búsqueda de aquello de lo que hay ausencia, la persona busca acendrase, quiere encontrar su ser infatigablemente entre todas las cosas. En la obra de Zambrano encontré un camino que ella deja abierto, sin lugar a dudas, pues al bajar a los abismos del ser, llegó a mirar lo más básico y aterrador del ser humano, su vacío

¹ *María Zambrano entre nosotros, Revista Metapolítica*, Marzo-Abril, México, 2004. No. 34 p. 57

deseante, su limitación y su infinito deseo de ser. La presencia de ese vacío ontológico es el eje sobre el cual he trazado mi recorrido en torno a la noción y la pregunta por "la falta ontológica" del ser humano. ¿Qué es? ¿Qué se entiende con ella? ¿Qué se posibilita a partir de su inherencia con el género humano, y lo que de su manifestación emerge?

Es necesario aclarar que la filósofa no recurre a este término -como lo haré yo a través de este trabajo- como "falta ontológica", aunque sí lo maneja en varios niveles que son de paralelos. Así, recurriré la mayor parte de las veces a este término para definir lo que pongo aquí en consideración como "la falta ontológica": el núcleo de la existencia que no es otra cosa que un vacío, un sentir ausencia de algo, algo que a su vez permite la ejecución de la vida, el movimiento, la creación, la eticidad, la formación de lo humano y cualquier relación de éste con el mundo. La "falta ontológica" como una condición básica de la vida humana, la presentación más rotunda de la finitud, de la necesidad como lo único que está constantemente manifiesto, evidencia de la contingencia humana.

Según Zambrano, no hay otra cosa más radical y evidente en la realidad humana que ése padecer del vacío del ser, de ser persona. "Mendicidad", "oquedad", "indigencia" e "inanimidad" son expresiones recurrentes dentro de su obra. Cada cual apunta a señalar el desespero que provoca la finitud, su carácter configurado siempre bajo las ruinas de lo inacabado. La posesión, el deseo, y cada uno de nuestros querer es hijos de nuestra humanidad no terminada. La transformación de todo lo que nos circunda en objetos limitados por nuestra subjetividad es una capacidad motivada por la necesidad de ocupar el mundo, de olvidar la soledad inicial. Pues después de acceder a la asfixia de lo ajeno, a ese desgarramiento de la vida, prevalece el intento de representar un mundo con la imagen de lo esperado, con la imagen de lo propio.

La renovación de lo humano en todos sus ámbitos siempre se destaca en el pensamiento. Cada época tiene su propia enfermedad, su idea de verdad, y a sus dioses prefigurados. Sin embargo, toda época y ciclo tienen también a sus exiliados. Dentro de toda la riqueza que ha nacido de la cultura humana ha sido casi imposible recuperar íntegramente todos los horizontes del espíritu que se abrieron a través de la historia y su acontecer. Pues parece que en lo humano existe una devoradora necesidad de olvidar ciertas cosas, algunas las dejamos de ver y de reconocer por miedo, por su propia inasequibilidad, por su misterio original, María Zambrano diría que es por no saber tratar con ellas.

La razón moderna predominante excluye o acusa todo aquello que no se circunscribe bajo su mandato, bajo su metodología "segura". Cancela lo que hace temblar

lo cimientos de la ciencia, por ejemplo, lo que hace cimbrar las raíces más enterradas de nosotros mismos. Todo aquello que no se puede nombrar con perfecta claridad y distinción es candidato a ser expulsado del paraíso de la razón. Donde de hecho, nada muere y pensar la muerte es casi un acto anormal y terrible. Pero en esta tesis lo que quiero es señalar, en qué sentido, Zambrano nos deja un bagaje importante para recuperar como positivo aquello que no ha sido tolerado por la filosofía positivista, ni por el sentido común de las sociedades modernas, por ejemplo. La esencia humana carece de una determinación que nos selle con una sola finalidad, y a pesar de que importantes pensadores buscaron, además del patrón que une la multiplicidad, el rasgo humano "por excelencia"; no encontramos nada más contundente que la apertura que origina la contingencia.

Heidegger afirmó que la posibilidad más real y auténtica del hombre, es decir, su determinación, la única que es inexorable, es el correr al encuentro con su posibilidad más propia, que es la muerte, su propia andanza hacia la comprensión de su finitud. La finitud y la conciencia de ella es el rasgo más humano, así como todo aquello que se manifiesta dentro de los límites de éste.

El proyecto de ser personas, la construcción del sentido. La falta es -por el contrario de algo que ya siempre ha estado y estará ahí- algo que nunca estará, es mas que nada algo sentido y percibido, pero no es del todo reconocible.

Un vacío existencial que, al tratar de colmarlo, en ese mero instante en que podríamos sentir la satisfacción, la falta ontológica, contundente como es, vuelve de forma inmediata a abrir otro hueco. La falta vuelve a incidir sobre el deseo, buscando la provocación, el movimiento, la acción. Es una necesidad sentida universalmente y de manera radical en el ser humano, pero con detonantes infinitos como lo son las experiencias múltiples de la singularidad de cada persona.

¿Existe en realidad un límite con la naturaleza por el mero hecho de ser racionales -además que sólo aceptando una cierta noción de razón, la razón de la hoy triunfante razón moderna? ¿Es la conciencia sólo un privilegio humano? ¿O el privilegio es tener conciencia de cierta escisión en las cosas? Separación que se impone entre sobre las cosas. ¿Qué tan auténtica se vuelve entonces tal afirmación de que sólo el hombre posee razón, cuando es aprobada sólo desde los parámetros propios del hombre para sí mismo? Y aún aceptando la premisa, surge la pregunta por la autenticidad de ésta, ¿es realmente la capacidad racional de escindir en partes muy concretas el mundo, la que distingue al

hombre de los demás seres? ¿O hay algo más allá que de hecho anticipa y permite esta conciencia, algo conlleva a la necesidad de categorizar el mundo?

La polémica de esta cuestión queda abierta para una investigación de otra índole, lo que pretendo hacer notar en este texto es, entre otras cosas que la noción de esencia que se ha instaurado para dotar al hombre de ciertos privilegios morales y ontológicos en este sentido puede ser cuestionada. ¿Quizá en el pensar que esa ufana esencia fuese nada más que un doloroso vacío? ¿Pero a partir de qué momento surge esta razón en el hombre, la conciencia de lo que es uno, de la identidad? En María Zambrano sobresale la inquietud por considerar nuevamente esos ángulos perdidos de la razón, junto a la propuesta de rescatar la relación del hombre con otros lugares abandonados de sí ¿Qué induce al hombre la necesidad de relacionarse con la otredad? ¿Será de verdad la razón pura y científica, la investigadora alma humana? ¿O será acaso un origen que surge de la angustiante, abrupta presencia de todo lo que está afuera, de lo que violenta con su velo oscuro al insistente afán humano de saber, de conocer?

La pregunta que funda el pensamiento, no solamente el pensamiento filosófico, sino la totalidad del pensamiento, primera herramienta de creación del hombre, se hace posible por el asombro humano ante la existencia. Mas no es la existencia de lo ajeno la que más conmueve y preocupa al ser humano, sino la de sí mismo. La particular insistencia en la búsqueda por la semejanza entre cada ser diverso tiene su origen en la necesidad de encontrarse -comparándose-, que urge en todo ser humano. El contacto que tiene el hombre al nacer entre la naturaleza -separado mucho tiempo antes del dominio y del poder que instaura la concepción de sujeto por la filosofía moderna- ubicará al hombre bajo una condición muy específica en cuanto a su relación con el mundo, la de buscar su ser, el ser no obtenido por gracia, sino el ser que muchas veces sólo encontramos cuando nos relacionamos.

Pues el ser humano se angustia cuando se sabe sujeto ante la realidad, la realidad que dice Zambrano, no es otra cosa sino lo que se resiste a ser sacado de su misterio original, que se niega a desentrañarse en la nítida luz que alumbró el camino humano hacia su propia seguridad. La soledad de no lograr tenerse a sí mismo es la que hace posible el surgimiento del *logos*, como relación, como diálogo inicial entre los seres. Y es que el hombre desencajado de su entorno, indiscernible para sí mismo y para todos los demás seres es separado de la envidiable unidad de la naturaleza a cambio de su condición humana: la libertad.

Extraña libertad de nada lo posee cuando aún no se ha encontrado entre las cosas, sino por la primera luz que destaca la conciencia del abismo, que se abre entre él y su medio. Que lo deja mirar dentro de la profundidad inalcanzable de lo humano. La razón y el pensamiento le devolverán algunas certezas necesarias para soportar lo que no se acaba de revelar del ser, el misterio del otro y de de lo divino, de esa necesidad por obtener lo que se siente que ~~no~~ se tiene y lo que no se sabe si es para el hombre, al final, algo que deba *tener* sin perder en ello su cualidad mundana de ser humano, contingente. El ser que se alimenta de su deseo, no por lo que con ello se logra, o se frustra, sino lo que con ello descubre de sí.

Este trabajo es sólo una aproximación que aborda muy limitadamente el tema sobre la falta del ser humano, sobre su contingencia y su necesidad del otro. Una investigación que de ninguna forma pretende ser exhaustiva ni agota la infinidad de vertientes a las que nos puede conducir su el tema y si mera aparición en el ámbito de la filosofía. Se tiene en cuenta la carencia de otros referentes importantes que indiscutiblemente participan tras bastidores en la cuestión sobre este vacío existencial, como lo es el mismo psicoanálisis. Mi proyecto se enfoca tan sólo a retomar algunos puntos sobre esta condición tan inminente en el ser humano, pero tantas veces y sintomáticamente soslayada por el pensamiento formal.

Encontraremos, en el capítulo primero, el planteamiento ontológico de la falta, para luego derivar lo que de ella se desprende; a saber, toda acción sobre el mundo y sobre la misma conciencia y el pensamiento. Es segundo capítulo abarca su manifestación en base a la relación que existe con el otro, con su aparición y con su ausencia, así como el por qué existe desde siempre la necesidad de encontrar una vía de acceso a la comunión con la divinidad, o los dioses. La idea de lo humano tiene una íntima relación con la precariedad característica de nuestra condición que es la búsqueda, la eterna necesidad de encontrar algo que nos afirme, a pesar de nuestra errática condición.

La inquietud que me llevó a estos senderos fue, además de la lectura de la obra zambraniana, un interés muy personal por pensar sobre algunos de los motivos "no racionales" del por qué la persona sigue a través del paso del tiempo atormentada por ciertas pasiones, angustiada, y por ello descontrolada, bajo un miedo que parece seguir oculto para el pensar cotidiano en el mundo. Ello se analiza en el capítulo tercero y final, que retoma desde la perspectiva de la ausencia nuestra actual crisis en las relaciones entre semejantes, la inevitable pérdida de la esperanza en algo, el surgimiento masivo de la oferta de miles de posibilidades de distraer al pensamiento y al sentir, ofertas huecas

que revelan la incapacidad de comprender la realidad fuera del "yo" y sus propios caprichos. Todo ello aunado al poder desaforado de una pretenciosa "racionalidad", siempre excluyente, la tecnología minimizando el espacio para pensar, y más que nada, para sentir, es preocupante. Porque si bien, sólo el sentir, nos puede llevar a una noble necesidad de crear, y de crear de manera positiva, de regenerar. Reducido a tales escalas nuestro actual espacio para compartir con el "otro", para respetar "lo otro" y para buscar una relación con lo divino que sea menos devoradora, reducido a un ápice invisible nuestro espacio para acceder a nuestra propia humanidad, el mundo se vuelve un infierno de cerebros humanos en cubos individuales, existencias virtuales plenamente separadas, plenamente seguros en sus pobres coordenadas, plenamente solos.

El mayor miedo del hombre se hace realidad: la separación milimétrica del mundo ha sido trabajada con tal esmero que su soledad parece ir perdiendo toda posibilidad de ser algo que da sentido, sino por el contrario, llega ser algo que no se comprende, algo a lo que no se quiere dotar de realidad, algo que molesta sin conciencia. La soledad moderna, un dolor que se evita sin el menor éxito, y que nos hace caminar hacia la destrucción, uno de los peores estados para existir. Porque cuando se teme de lo desconocido, se corre de todo, se destruye todo, sea o no, nuestro, ello, enemigo nuestro.

1. El concepto ontológico de la falta.

En un recorrido por los caminos que María Zambrano abre en algunas de sus obras más representativas quiero destacar esa condición radical con la que comienza toda existencia humana: "la falta ontológica" del ser humano como eje fundamental dentro del conjunto estructurante con que se ha hablado de una diferenciación ontológica del hombre frente a los demás seres de la naturaleza. Cabe mencionar que nuestra autora no recurre a este término tal y como lo presento, en rigor, no es para ella "falta ontológica", pero encuentro un cierto paralelismo con varias ideas y conceptos que resultan converger en la búsqueda por la razón integradora, en donde la posición del no-ser, la ausencia, la oquedad, y la falta, se convierten en la espina dorsal de la construcción de la persona.

Recorrer nuevas vías que nos acerquen más humanamente a lo que somos y a los demás seres se ha convertido en uno de los retos de la ética y de la modernidad. Ésta que se asumió como ese momento álgido de la conciencia totalizadora desplegada sobre todas las cosas. De tal manera leemos en María Zambrano que "con Descartes ocurre un hecho sumamente grave y por lo pronto espléndido también, y es la definición del hombre como conciencia. A partir de ahí, la idea de que el hombre pende sólo de sí mismo, de que no es camino, breve tránsito entre dos infinitos se establecerá con brillantez"². Pero de la mano a esta noción del hombre como conciencia límpida, nace el problema cardinal donde una vez más nos vemos encerrados en la jaula de nuestros propios juegos conceptuales; toda vez que el desamparo de que nuestra conciencia es incapaz de resolver por sí misma se ve acrecentado.

A pesar de que el hombre moderno es el privilegiado de la conciencia, se encuentra con que su ser no puede ser tan claro como ésta, pues hay algo aún más básico que ella, algo que carece de una tonalidad definida, que no tiene patrón ni aguja. Y ello no es sólo la realidad, que como bien señala María Zambrano, se nos resiste a cada instante, sino que es una condición inicial de nuestro ser finito, nuestra incompletud. Aquí radica el principal problema que surge al habernos apropiado y definido dentro de un concepto de hombre que no satisface a este no-ser que hay en el ser del hombre y que tan hondamente le afecta en su ser y en sus relaciones con el mundo.

Porque hoy esta conciencia que había sido mediadora de nuestras relaciones hacia dentro y hacia fuera "ha sido destronada" por el subsuelo donde yacen los residuos

² María Zambrano, *Hacia un saber sobre el alma*, Alianza Ed. Madrid, 2001. p.136

de todo aquello que no pudimos salvar en el concepto íntegro, ni agregarlo a la vida racional. Una de estas capas pudo haber sido pensada por la filosofía como subsuelo, cuando al final resulta no ser un accidente de lo humano, sino una estructura de ser, quizá ésa que tanto hemos buscado: nuestra insuficiencia primordial y en ella nuestra impulso a ser. El ser del hombre difícilmente logró ajustarse al esquema teórico de la razón porque carece de la homogeneidad de una sustancia inalterable. Eduardo Nicol lo explica mejor en *La idea del hombre* cuando señala:

Los límites del hombre tienen una razón profunda, porque no quedaron establecidos de una vez por todas, e igual para todos; porque el hombre es capaz de variar los modos de integrarse en lo que está más allá del límite aparente de su ser[...] Sería poco atinado seguir aplicando indistintamente a la constitución del ente humano un concepto como de esencia, que fue pensado para representar la entidades no humanas; o emplear sin modificaciones sustantivas los conceptos correlativos de potencia y acto, los cuales tienen en la existencia humana una configuración dialéctica.³

Al sugerir que podemos siquiera saber lo que somos nos salta a los ojos la pregunta: ¿de qué manera podemos saberlo o intentar definir nuestro ser sin caer en un error que nos encierre en interpretaciones reduccionistas? ¿Qué experiencias nos lo hacen notar, o empeñarnos en el intento por saber algo sobre nosotros mismos? Autores como Nietzsche, Freud, Heidegger y Unamuno, advierten ya la insuficiencia de las explicaciones del hombre y lo que ellas han intentado es un acercamiento mayor que satisfaga nuestra necesidad de dar razón de esa incógnita que es el hombre. Kierkegaard también avistó en la desesperación del alma humana la condición de cierto vacío puesto que "para hacerse uno -el yo ha de hacerse con toda libertad- son igualmente esenciales la posibilidad y la necesidad"⁴. Necesidad que proviene de la finitud que caracteriza todo lo humano, y posibilidad que deriva, en todo caso, de la libertad de un ser que no está aún terminado.

Sin embargo, durante largo tiempo en la historia occidental sólo hubo una cualidad diferenciadora de la esencia humana, por la cual no resulta extraño comprender el porqué el hombre (posteriormente cobijado bajo el pensamiento racionalista) quiso ajustarse a una forma que no era su ser por entero: la definición, la razón, razón que a su vez estaba contra la vida, contra todas las variaciones del ser hombre, donde la plenitud del ser consistía en la presencia inmóvil, total, sin hueco alguno. De tal manera que el

³ Eduardo Nicol, *La idea del hombre*, Fondo de Cultura Económica, México, 1998. pp.15-16

⁴ Sören Kierkegaard, *La enfermedad mortal*, Ed. Sarpe, Madrid, 1984, p. 65

pensamiento que moviliza la razón se convertiría eventualmente en identidad con el ser absoluto, oponiéndose así a la contingencia de lo que marca los rasgos humanos: la contradicción, el cambio, la pluralidad, el tiempo y la insuficiencia humana. "La forma de ser humana es inconfundible, no sólo porque se percibe de inmediato sino porque cada individuo la presenta de manera diferente"⁵

Puesto que la vida humana por su propia finitud y contingencia rebasó el esquema de totalidad y completud del ser revelado por la filosofía presocrática, patentado por filosofías muy posteriores, pasó por desapercibida como algo no merecedor de nuestra atención filosófica. Fue justamente por la resistencia del hombre, sujeto hecho bajo esta nomenclatura que "exige del hombre la identidad del pensar con el ser [...] una identificación total dada tan sólo a la mente. Y la vida quedaba anulada sin que tan siquiera le fuese dada al hombre esta enunciación. El ser será entonces el equivalente a la renuncia a ser hombre"⁶

Así sucederá que, desde la reflexión zambrana, el hombre iniciará un camino propiamente sin ser, o por lo menos, sin la idea del ser entendido como la no contradicción, el ser lógico parmenideo que estará muy distante de la idea del ser propio. El ser humano comenzará su vida desde la oquedad, desde la necesidad de ser, desde lo que denominamos como la falta ontológica y entonces, sus mismos accidentes le presentarán su ser a medias:

Ningún ensueño ni delirio sobre el propio ser se explicaría si el hombre no fuera un pordiosero; un indigente que puede y sabe pedir. Sólo los animales muy próximos al hombre piden, gritan; el hombre clama. Su primera forma de expresión es un clamor, un delirio de exasperación irrumpe la necesidad largamente contenida".⁷

La falta ontológica del ser humano también está presente en Heidegger cuando señala que el "ser-ahí" es ese ente que se va haciendo en la existencia, lo que lleva a comprender que estamos estructurados bajo una mengua ontológica, por una falta de ser inicial; he aquí la razón de la constante lucha humana por no ser cosa; esta diferenciación radica en que somos seres que nos estamos creando un ser continuamente, buscándonos un sentido:

⁵ *La idea del hombre*, p.18

⁶ María Zambrano, *Los bienaventurados*, Siruela., Madrid, 2003, p.54

⁷ María Zambrano, *El hombre y lo divino*, Ed Siruela, Madrid, 1991. p. 146

El "ser ahí" es en cada caso su posibilidad, y no se limita a "tenerla" como una peculiaridad, a la manera de lo "ante los ojos". Y por ser en cada caso, "ser ahí" esencialmente su posibilidad, puede este ente en sus ser "elegirse" a sí mismo, ganarse, y también perderse, o no ganarse nunca[...] Haberse perdido o aún no haberse ganado sólo lo puede en tanto es, por sí esencia misma, posible "ser ahí" "propio", es decir, apropiado por sí mismo y para sí mismo⁸

Aunque esta falta haya sido largamente contenida en los discursos del pensamiento de la modernidad, ella ha sido siempre el soporte de la realización de los actos humanos. La tradición clásica había visto la contingencia humana como expresión de la dramaticidad de la vida, de su carácter finito y mortal, dándole a la conciencia el acicate para no desperdiciarla y para buscar en su brevedad los bienes reales y verdaderos. La falta, de la que nadie habla pero que todos ven, está presente, acicateando la existencia. Sartre resulta muy claro en ese aspecto: los individuos están desamparados en la pura contingencia. Su postura en *Huis -Clos*, la obra de teatro donde se encuentra la famosa frase «el infierno son los otros» parece difícil de compaginar con la idea de la falta compensada por los otros. Su respuesta, obviamente, se encuentra del lado de la pura contingencia humana. Porque el hombre vive en la «*angoisse*» [«angustia»], en el «*délaissement*» [«abandono»/«desamparo»] o en el «*désespoir*» [«desesperación»], el compromiso es con la pura debilidad humana.

Por su parte, Unamuno ya había dicho que la razón por sí misma no fecundaba nada, que tan sólo aquello que estaba antes que la razón era capaz de infundir vida; a saber nuestro ser desgarrado, nuestra herida primigenia, nuestra pasión en el sentido más apegado al "padecer" ese conocimiento de que somos finalmente, seres finitos. No es difícil notar como la filósofa española continua trazando una línea muy cercana al pensamiento de su compatriota, ya que para ella mucho de lo dicho en torno a la angustia, a la desesperación y tragedia humanas, en torno a los íferos del alma en la historia del pensamiento occidental no ha sido satisfactoriamente integrado a la concepción del mundo humano en nuestros días. No ha tenido un lugar ni en el conocimiento, ni en la idea del hombre.

De este modo hemos olvidado la fragilidad con la que empieza la vida humana. Nuestro ser menguado. Para Zambrano la "objetividad" que ha sido alcanzada durante largos procesos histórico-filosóficos mediante la determinación de una conciencia clara y una vida "razonable", se ha encargado de definir y acotar la realidad bajo un concepto limitante del ser, ser como unidad, ser idéntico e inmutable, "lo demás, el movimiento, el

⁸ Heidegger, *Ser y tiempo*, Ed. FcE, México, 1974, p.54

cambio, los colores y la luz, las pasiones que desgarran el corazón del hombre, son lo 'otro', lo que ha quedado fuera del ser"⁹; ser que deja de lado al tiempo de lo humano, y la heterogeneidad que toda vida *per se* origina en cuanto comienza.

Zambrano ha calificado al hombre como mendigo pues dice que toda historia humana se origina en la mendicidad, ya que el ser humano está inicialmente solo en su condición de ser finito y al ser libre sucumbe ante esta angustia de no estar completo, esta angustia de necesitar autor, lenguaje, ser:

Todo sucede como si el hombre mendigara su ser a lo largo de la historia. Las formas de su poderío cuanto más espléndidas más delatan la necesidad que se esconde bajo ellas. Sólo al llegar a cierto punto comienza a exigir y deja de mendigar. Entonces comienza la filosofía, hija de la exigencia. La idea del "ser" es dádiva encontrada; el "ser" tiene algo de limosna ganada. Pues la idea del "ser", como tal, antes de ser pregunta, fue respuesta.¹⁰

Sin embargo, dentro de todas aquellas cosas incapaces de entrar por la luz de la razón se quedaron los ámbitos provenientes de lugares desconocidos del ser, lugares que vez de ser vistos con eran sentidos con las entrañas, descubiertos en sueños, donde se liberan los abismos de la vida personal no investigados que paulatinamente se fueron revelando en la crisis que la cancelación de lo propiamente humano había provocado:

el desamparo del hombre moderno asentado en la tragedia previa a todo conocimiento.

La falta que el hombre ha desconocido, pues sólo se manifestaba en el sueño, en el arte, en la ignorada pérdida, en el deseo y la pasión cuya raíz crece en una de las dimensiones a las que el pensamiento poco atendiera como verdades.

Para la filosofía, piensa María Zambrano, especialmente la que surge de la influencia del Ser como lo reveló Parménides, "toda realidad vendría a coincidir con el pensamiento, idéntica al pensamiento"¹¹. Y así no había "nada más a salvo del infierno que el ser"¹². Todo lo demás sería parte de un abismo impenetrable, el impensable vacío del hombre, su falta constitutiva, de la cual salían expulsadas todas las llamadas pasiones del alma, finalmente retiradas de lo razonable.

⁹ María Zambrano. *Pensamiento y poesía en la vida española*. "La crisis del racionalismo europeo" Ed. Endymión, Madrid, 1987. p.14

¹⁰ *El hombre y lo divino*, p. 151

¹¹ *Ibid.*, p.162-163

¹² *Idem*

En este empeño de la razón el hombre quedó encerrado en su propia cárcel. La fugacidad y la contingencia, estructuras ontológicas insuprimibles en el ser humano, fueron hechas a un lado, obligadas a pasar por el rasero de la razón; lo que no se quiso ver es que tal como lo señalaría Nicol, la pasión generada por esta carencia sería la fuerza que daría impulso a nuestra razón¹³. De tal manera que se prefirió no hablar de ello, ignorando que únicamente a través de la experiencia de éstas en el sentir humano se hacía efectiva cualquier creación; así como y el pensamiento mismo. De hecho, piensa María Zambrano, la ausencia que nos hace factible la experiencia de la nulidad, no es una ausencia de algo, cualquier cosa, sino una ausencia derivada de nuestra carencia ontológica que posteriormente se volverá afán por lo divino, deseo del otro, necesidad de una instancia que viene a cubrir esa nada que eventualmente se manifiesta en ciertas personas, en algunos puntos álgidos de desesperación, soledad y carencia de sentidos. En épocas donde la necesidad humana se ve en su máxima complicación, en su máximo dolor, en momentos inciertos dónde la conciencia es sensible a su debilidad.

La nada, así como la necesidad de llenar un vacío proveniente de una contingencia esencial, apareció como "un sentir originario", pero no en la filosofía, "sino en la religión, como último fondo de donde saliera la realidad toda por un acto creador. Esta nada no pudo en realidad entrar a formar parte de la filosofía que se ocupaba de las cosas creadas, de las cosas que son, que están dentro o bajo el ser"¹⁴. Nulidad que sólo afectó la parte abismada del ser, pues era un sustrato impensable del ser filosófico, incapaz de ser captada por la idea puesto que no estaba dentro de las certezas de lo definible.

¿Será posible que para Zambrano este sentir de nulidad que abre su camino desde los ínfimos del ser fuese el presentimiento de la falta ontológica que constituye lo humano?, "soledad desnuda frente a dios" que precede cualquier relación y posterior formación de la idea del hombre. Si la autora española del *Hombre y lo divino* nos dice que en los abismos de lo humano se percibe:

con más fidelidad y amplitud lo que hoy se entiende por subconciencia, lo originario, el sentir irreductible, primero del hombre con su vida, su condición de viviente. La maquinaria del reloj que mide y siente el tiempo, la vibración solitaria y muda, que sale de su mudez en el grito, en el llanto; que se paraliza en la angustia y que se cierra herméticamente en esos estados, tan de

¹³ *La idea del hombre*, passim.

¹⁴ *Ibid.*, p. 165

hombre moderno, que producen su tan frecuente pseudo libertad. Son ellas, es en ellas donde aparece el sentir de la nada... que no puede ser idea, pues es lo que devora.¹⁵

Al ser que nace con la ayuda de la filosofía, le fue necesaria la homogeneización de todo lo que está en el ser con lo definido dentro del concepto de su integridad definida en un esquema. Y como la razón tiende a "reducir", a "anular todo abismo"¹⁶ se volvieron, entonces, vida y razón inconexas entre sí, y con ellas inconexa con la realidad pensante nuestra la falta ontológica, que no encontró en el ser filosófico su patrón. Se había cometido un grave auto atentado contra el hombre y su ser en proyecto:

Pero el hombre concreto nunca lograba vivir desde ese saber entronizar perfectamente al espíritu (hegeliano) en sí; ser ese espíritu sujeto y objeto a la vez. Y así cada vez se sentía perdido, náufrago en una realidad extraña, irreductible, ante la cual quedaba desarmado, pues hay algo en la vida humana insobornable ante cualquier ensueño de la razón: ese fondo último del humano vivir que se llama las entrañas y que son la sede del padecer. Al padecer sólo pasajera y engañosamente puede engañarse.¹⁷

Para Zambrano esta nada tan sólo afectó la vida en sus más oscuros sitios, en sus más instintivas funciones. En el alma y cada uno de sus rincones. La comprensión de la falta ontológica se mantuvo en el límite del silencio filosófico, aún, del silencio mundano, en el que todavía se cierran la mayoría de los asuntos incomprensibles de la vida, como el problema de lograr reconciliar la idea del ser eterno e inmutable con la realidad del movimiento, con el tiempo y la finitud humana. Escribir en torno a la ausencia nos remite a varias preguntas: ¿ausencia de qué?, ¿de quién?, ¿cómo se identifica el objeto de la misma?, ¿cuáles son esas faltas insaciables que experimenta el hombre?, ¿por qué y para qué se nos hace violencia a través del sentimiento de ésta?, ¿cómo se nos revela nuestra carencia inicial?, ¿cómo se abre la conciencia a través de la falta primigenia? Zambrano dice que el pedir en sí muestra ya el a priori y la "deficiencia" en que se halla la persona, "esa falta de algo o falta, sin más" que es una "primera forma de conciencia"¹⁸.

María Zambrano cree que la vida de esta época está pendida a la "inquietud", ésta se ha hecho casi una sustancia de nuestro existir diario, una inquietud que ha logrado hacernos sentir que somos arrastrados por algo que no conocemos, llevados a elegir a fuerza, humillados muchas veces en la impotencia de concretar nuestro proyecto como

¹⁵ Idem

¹⁶ *Ibid.*, p. 184

¹⁷ *Idem.*, Nota: las negritas son mías.

¹⁸ *Ibid.* p.146

seres humanos. En la medida en que nuestro ser está expuesto a esa limitación de seres contingentes, resulta que vivimos casi todo el tiempo humano bajo una crisis. Pero en esta situación es dónde también se ejecutan los actos más radicales llevados por la mano humana para expandir sus horizontes, romper paradigmas, destruir y crear. Zambrano explica que "lo que está en crisis es este misterioso nexo que une nuestro ser con la realidad, algo tan profundo y fundamental, que es nuestro íntimo sustento. Lo que la crisis nos enseña, ante todo, es que el hombre es una criatura no hecha de una vez, no terminada"¹⁹, pues nuestro ser se está jugando continuamente en todas sus posibilidades de ser, y entre todas sus posibilidades de no ser.

En varias de sus obras nuestra autora ha insistido en que el hombre es un conato de ser, un ser cuya característica fundamental yace en el esfuerzo continuo de completarse. El destino del hombre, piensa Zambrano, ha de ser descifrado, ya que nunca se manifiesta claramente ante nuestra conciencia, de alguna manera hay que apurar el fenómeno de su aparición. Nuestro ser se encuentra por tanto, en una condición trágica, porque tenemos por fuerza que "apurar el destino", siendo el destino mismo algo que comenzamos a trazar sin saber de cierto qué teleología nos corresponde, de esta forma lo más cercano que podemos aproximarnos a ello, nos lo da eventualmente la experiencia de la falta. Los deseos y acciones llevadas a cabo, culminadas o no, hechas historia e individualidad, que nada tienen que ver con absolutos.

La tragedia es que no hay salidas que nos liberen de nuestro ser cuando estamos ya existiendo; aunque vivamos en un mundo donde lo ajeno nos afecta debemos enfrentar esa responsabilidad de encarar nuestro vacío ontológico. El deber de irnos convirtiendo en lo que vamos haciendo con nuestra falta ontológica. Y es que si vamos con María diciendo que "el amor camina hacia la muerte"²⁰, entendemos nuestra situación trágica en la vida, pues todo aquello con lo que al final buscamos llenar nuestros huecos está movido por el resorte del deseo, del amor, que finalmente acabará por desaparecer con nuestra propia finitud.

Este vacío ontológico que experimentamos nos mueve hacia la trascendencia, hacia el acto de vivir, que no es sino la búsqueda por rebasar el límite de nuestra finitud y lograr encajar más allá, en otros ámbitos que a su vez superen lo propio, que es la carencia y lo enriquezcan: Zambrano dice que lo que llamamos trascendencia no es otra

¹⁹ María Zambrano, *Hacia un saber sobre el alma*, Alianza Ed. Siruela, Madrid, 2001. p. 104

²⁰ *Ibid.* p.139

cosa que "la irrefrenable tendencia de la persona"²¹ como este ser cuya meta inmanente le brinda sentido a su existencia, donde a su vez se produce un vacío de la libertad en tanto se es posible y finito, la persona vista como ese ser cuyo destino está en realizarse desde un hueco ontológico, desde un fallo de ser por la adquisición de una realidad, de un proyecto que fije al hombre en el mundo como lo están las demás cosas que no fueron separadas de su medio.

Por ello podemos comprender que como seres humanos padecemos una violencia inicial que es el sentimiento incesante de la falta, de una insatisfacción, porque "ni estamos acabados de hacer, ni es evidente lo que tenemos que hacer para acabarnos".²² Además vivimos bajo los relojes del tiempo, y nos percatamos como ningún otro ser vivo de la destrucción y el cambio que nos produce, física y anímicamente, con el tiempo corre también nuestra existencia. El tiempo humano nos muestra también la soledad en la que cada uno se mueve, la soledad de la experiencia única e incomparable en la historia de cada persona, en el valor y el peso ofrecidos en cada acto, en cada deseo, en cada dolor. La soledad, cuando su experiencia anímica dentro del tumulto en que se vive, puede ser posible, no es otra cosa que lo que hace a la persona un ente singular capaz de buscar su espacio íntimo, ese ser capaz de abstraerse del mundo:

La persona vive en soledad y, por lo mismo, a mayor intensidad de vida personal, mayor es el anhelo de abrirse y aun de vaciarse en algo; es lo que se llama amor, sea a una persona, a la patria, sea al arte, al pensamiento[...]. Pues este recinto cerrado que parece construir la persona lo podemos pensar como lo más viviente; allá en el fondo último de nuestra soledad reside como un punto, algo simple, pero solidario de todo el resto, y desde ese mismo lugar no nos sentimos enteramente solos. Sabemos que existen otros "alguien" como nosotros, otros "uno, como nosotros".²³

En *Los bienaventurados* María escribe que: "la historia del sujeto, de esa noción de sujeto que anda errante en busca de autor, constituiría la historia verdadera de la cultura occidental: su yerro inicial, su humilde y fecundo origen tan rápidamente olvidado".²⁴ ¿Pero a qué se refiere Zambrano cuando apela a este yerro inicial? ¿Cuál es este "humilde origen" y por qué lo hemos olvidado? Una vez más estamos bajo el cuestionamiento de la genealogía de la que procede nuestro intrincado concepto de ser y bajo éste, nuestra relación con las cosas, en donde admite Zambrano que existe un error

²¹ Ibid. p.106

²² Idem.

²³ María Zambrano, *Persona y democracia*, Ed. Siruela, Madrid 2004 p. 26

²⁴ María Zambrano, *Los bienaventurados*, Ed. Siruela, Madrid 2003. p.78

de integración y todavía más grave, un fallo en el aceptar que podíamos únicamente ser definidos por esta subordinación epistemológica sujeto-objeto. Para Zambrano la pregunta filosófica, antes que hacer todo este juego de estructuración de la realidad según conceptos, ha de crear un vacío inminente, mejor dicho, ha de notar esta falta ontológica y sentir ese abandono similar al exilio de casa del padre. El vacío que viene de la insuficiencia del ser que tiene la actitud filosófica, y que sin saberlo está en un momento de manifestación de su propia mendicidad. Estos instantes, cree Zambrano, son los que "permiten que la conciencia resurja agudizada, y los que más hondamente, más en lo profundo del ser, apagan el tumulto, sedimentan"²⁵.

De tal forma que el hecho de repensar la fragilidad de nuestro ser antes de que fuese cobijado bajo la seguridad de las ideas hechas concepto, o de nuestra auto fundada primacía ontológica es primordial para entender cómo, antes que ser seres racionales, de pensamiento, fuimos seres en falta. Nuestra incompletud nos toca impasiblemente, mana de diversas formas desde nuestra intimidad ontológica como deseo insatisfecho, a manera de sufrimiento incomprensible, de amor y de poder. Nuestra falta ontológica se ha quedado en el fondo de las entrañas de lo humano porque no se da en una sola manifestación. Pues que al pensamiento le alcanza su propia fatalidad, esta incapacidad de retener y explicar todo por sí mismo en determinado momento. Esa tragedia es claramente explicada desde un punto que nos recuerda el método psicoanalítico, así lo sugiere Alberto Constante cuando escribe:

Por muy puramente que creamos pensar, siempre será posible oír en este pensamiento puro el retumbar de los accidentes de la historia original del pensador, comprenderlo a partir de los accidentes oscuros del origen. Por lo menos tenemos esto, esta certeza acerca de nosotros mismos, y si ya no tenemos el puro pensamiento, en cambio tenemos y conocemos la espina que permanece en la carne, al habernos remontado hacia aquellos momentos primeros donde quedó fijado algo de nosotros...²⁶

Así pues, es necesario plantear una pregunta por esa "falta" que nos impulsa a actuar, a ser, a construir nuestra identidad impostergablemente solicitada y nunca lograda en su completud. A hacerlo de una u otra manera, partiendo de una experiencia de limitaciones ontológicas y por otro lado, de una amplia libertad, que las más de las veces nos aturde con sus infinitas posibilidades.

²⁵ *Los bienaventurados*, p.83

²⁶ Alberto Constante, *La metáfora de las cosas*, Ed. Arlequín, México 2003. p.117

No sucede así cuando pensamos en "la maquinaria cartesiana" que fundamenta dicha diferencia en el atributo ontológico de la "racionalidad", el ser racional, el ser pensante, el inquisidor de la conciencia propia, creador del sujeto cognoscente. Zambrano piensa que la vida humana se ha quedado encerrada dentro del esquema de poder que proviene de un exceso de "lucidez", de pretensión de certeza absoluta, siendo que, a su vez, se halla mucho más cercana al vacío del sujeto por y desde él fundado. Nuevamente nuestra autora nos enseña que lo que hay detrás y antes de cualquier cosa que digamos ser, es esta a veces intolerable insatisfacción mediante la cual descubrimos la vida más honda de los ínfimos del alma. Donde muy alejado queda cualquier intento de método para encubrir la pobreza de nuestro ser: "No somos solo sujeto de conocimiento, un punto de identidad rodeado de lo que no la tiene y de lo que la tuvo misteriosamente ha desaparecido, actualidad combatida por el tiempo; impasibilidad que ha de responder por algo que vive bajo ella y que es continuo, inacabable padecer".²⁷

Según Zambrano, el ser humano nace con la disposición a padecer, así como a la transformación, la crisis mentada anteriormente proviene de la inevitable inquietud por obtener nuestro ser. Lo humano debe su angustia original al hueco que le confiere "la falta ontológica", nuestro motor interno que es siempre contingencia, indeterminación; aquello que ocasiona la necesidad de actuar para que en el acto el ser se vaya forjando una estructura. Nuestra carencia es, además de una estructura absoluta del ser del hombre, un constante anhelo que precede y sigue a toda existencia. Sin embargo, para el hombre la revelación esperada de sí mismo -su yo y las preguntas, para qué, por qué y para quién- nunca se completan, he ahí el hecho de que la angustia siempre tiene un lugar para presentarse ante nosotros y dislocarnos. El hecho de sentir el primer dolor de no contar con una revelación previa sobre nuestro ser nos arroja al mundo de lo humano, al mundo de la necesidad de ser y de la posibilidad.

Una referencia obligada y que Zambrano retoma, es la aparición y surgimiento del psicoanálisis freudiano pues este señala que lo más humano es algo que hay que provocar para que se manifiesten. Las inquietudes de una época incrementan con mayor fuerza cuando no hay un entendimiento de esta mengua del hombre, y cuando sus funciones básicas son relegadas hasta el sótano de nuestras ideas. Sucede que para estas vulnerabilidades del ser humano tales como el deseo, el miedo, las frustraciones, que no estaban precisamente dentro de la razón y aparecían desnudas en su fragilidad, no hay entonces más que un sitio: el innombrable más allá denominado inconsciente:

²⁷ *El hombre y lo divino*. p.185

"Todo lo que está vivo, se esconde. Y lo humano, mucho más que todo".²⁸ Pero la enfermedad incurable de toda época es, a su vez, algo irrenunciable, pues es su falta misma, su deseo de desear, la infinitud de lo humano manifiesta en todo lo no sido.

Nuestra pensadora se pregunta cómo curar el alma humana que está en crisis. Había que ir quizás a la condición en la que se veía encerrada la vida humana para revisarle pues que "cuando la enfermedad nos atrae es que en ella está en juego nuestro propio ser; que se trata, no de una enfermedad que se tiene, sino que en cierto modo, se es"²⁹ Pero no únicamente frustraciones y neurosis nos son traídas por nuestra incompletud. Zambrano nos dice que la vida humana, contingente como es, sale por fin a buscar su patrón, a hacerse un ser, cuando más allá de recibir el don de la vida, se dispone a vivir, a arrojar el primer puño de tierra sobre su vacío ontológico, a vivir humanamente, a ejecutarse, a liberarse:

Ya que la vida humana parece que es el territorio de la posibilidad, de las más amplias posibilidades, y que la historia fuera el proceso de ir la apurando, hasta su último extremo y raíz [...] Hasta ahora lo que resulta de todas estas experiencias es que la vida humana no es posible de ninguna manera, al parecer. Y la pregunta renace siempre, ¿es posible ser hombre? ¿y cómo? En los tiempos de plenitud parece haberse respondido afirmativamente de una manera determinada. La única manera de responder afirmativamente no es diciendo sí en abstracto, sino ofreciendo una forma de vida, una figura de la realidad dentro de la cual el hombre tiene un determinado quehacer y toda su existencia un sentido.³⁰

Ese abismo que se abre con la falta ontológica es algo que dirige al hombre desde adentro y que nos instala en el dolor de la soledad como seres escindidos del mundo natural; divididos por nuestra definición abrupta entre vida y razón. También nos separa de nosotros mismos al hacernos imposible la entera comprensión y aprehensión de nuestro ser y la de cualquier alteridad, desde nuestra hermética "interioridad". La falta ontológica genera la urgente necesidad de relación y de acción que posteriormente será lo que posibilite la unión del hombre con la realidad que en un momento inicial aparecía ajena e inaccesible. La incompletud del ser, ese poético ser mendigo del que habla la autora del *Hombre y lo divino*, y de la que es heredera de la concepción antropológica de Platón en el *Banquete*, como el ser de la sajadura, del corte fundamental, radical que nos

²⁸ *Hacia un saber sobre el alma*, p.129

²⁹ *El hombre y lo divino*, p.126

³⁰ *Ibid.*, p. 102

deja como medios hombres, como seres necesitados del otro para ser, es algo que importa conocer, no en tanto pueda alguna vez colmarse, porque su esencia es el no poder ni deber colmarse³¹; sino porque con la conciencia y el sentir de ello puede hacerse de la vida algo para vivir, es decir, hacer con la vida, nuestra vida, hacer de la vida una vida ética.

Para María Zambrano esta trágica condición de inanidad originaria, provoca el hambre más voraz, la angustia, las preguntas fundantes, las pasiones y la final esperanza. El ser humano persiste infatigable contra ese vacío por última esperanza de ser, de ir siendo, que sólo se conforma cuando la falta ontológica nos mueve hacia fuera, nos transforma. La falta es el motor interno que más allá de la subjetividad y la razón nos pone en nuestro lugar como seres distintos, y no por que seamos distintos en un orden de superioridad respecto a los demás entes del mundo como lo cree el antropocentrismo moderno, sino porque paradójicamente estamos aun más expuestos al padecimiento interno, a la confusión de la libertad de ser personas. En nuestra falta es en donde encontramos el límite- que es el no poder humanamente satisfacer un vacío que no sabe con determinación por qué clama, ni sabe, en todo caso qué lo calmaría- Sobre nuestra falta se sostiene nuestra humanidad y su realidad más íntima: un vacío y la libertad que origina tener presente este vacío de ser a cada instante.

Cada ser en la naturaleza halla su sitio porque le es dado en la inmediatez, porque su ser no está escindido, o mejor dicho, porque su ser es un ser cabal, completo. En rigor podemos decir de los entes de la naturaleza que son ellos la expresión del ser al que no le falta ser para ser lo que es; la cosa parece siempre estar fijo en su ser, en un modo unívoco de ser. Pero el hombre no, las raíces de lo humano andan sueltas, porque se aferran a el 'otro', el semejante o la divinidad para alcanzar un sentido. El hombre así es incapaz de existir en la unidad, el concepto de la filosofía le dará tan sólo algo de este afán de ser Uno, el hombre "no puede navegar en la unidad [...] pues la necesita como meta."³²

Ortega había señalado que el hombre no tiene esencia, tiene historia, justo porque el ser humano carece de una determinación que nos selle con una sola finalidad, y a pesar de que la filosofía buscó incansablemente el patrón que une la multiplicidad, el rasgo humano por excelencia en la racionalidad, no encontramos ahora, en tiempos racionalistas una solución al problema de esa razón fragmentada por el positivismo.

³¹ El ser posible de Heidegger, por ejemplo.

³² *Filosofía y poesía*. p.74

Parfraseando a Greta Rivara, hay algo más contundente que este afanoso lucro con los conceptos, y es nuestra finitud, ésa que no produce razones, sino que desnuda un aspecto oscuro y vulnerable, tan real como lo es la propia muerte. ¿Qué hay detrás de nuestra la imagen de la descomposición, de todos los arquetipos que nos enseñan crudamente la finitud que normalmente nos esforzamos por eclipsar? Y es que la forma idealista del sujeto no conoce su miseria, no la reconoce, así como tampoco "conoce la gloria, la que nació del fondo último de las entrañas lleva el estigma de la soledad y de la angustia de haber llegado a más"³³. La falta ontológica como vacío es insuperable pero no deja por ello de ser positiva ya que provoca que el ser humano sienta, como una primera consecuencia de la vida a la que es "arrojado", esta situación específica de la ausencia del algo, de la posibilidad y la apertura. Es decir, el hombre es posibilidad abierta, libertad de hacerse ésto y lo otro.

Elección. Ahora bien, en la medida en que el hombre está *arrojado al mundo*, ha de contar con aquello que le es "dado", las circunstancias (tratadas ampliamente por Ortega y Gasset) que limitan sus posibilidades y su libertad. La autenticidad consiste en no renunciar a la libertad bajo ninguna circunstancia: no dejarse caer entre las cosas como una más de ellas (facticidad).

En Heidegger el hombre está arrojado en un mundo que le surte de una cultura y un lenguaje determinados (facticidad) que delimita y manipula su conocimiento de la realidad. Ésta no surge de la subjetividad, no es original de cada hombre particular, sino que está condicionada históricamente, y se vertebra en la articulación entre pasado y futuro, esto es, en el diálogo entre tradiciones. Esto significa que cualquier pregunta prevé su respuesta y presagiamos o anticipamos de antemano aquello que queremos conocer, por lo que se crea cierta circularidad en la comprensión denominada "círculo hermenéutico", criticada por el cientificismo y la lógica clásica como un error o petición de principio.

El círculo hermenéutico es, por ejemplo, para Gadamer, un límite a cualquier intento de comprensión totalitaria pero también es una liberación del conceptualismo abstracto que teñía toda investigación filosófica. Esta limitación traduce fielmente la realidad como un decir inconcluso y no acabado. Heidegger, sin embargo, concibe la circularidad de la comprensión más como una oportunidad positiva que como una limitación meramente restrictiva. A través de la facticidad y del lenguaje se produce el encuentro con el ser, que es el que, en última instancia, decide y dispone del hombre. Es

³³ *El hombre y lo divino*. p.157

ahí donde nos encontramos con esa radical soledad, soledad de un ser cuya distancia con los demás seres parece ser difícil de salvar y que crea la necesidad de movilizar sentidos, de vivir por sobre la inercia del "estar". Sucede que es nuestra falta originaria la que está produciendo todo movimiento, toda acción, porque es esa falta lo que provoca la eticidad constitutiva, entendida ésta como la capacidad de valoración o como principio de no indiferencia.

Valoramos porque necesitamos y necesitamos porque, como expresa Zambrano, somos mendigos de nuestro propio ser y del ser. Es esta mendicidad humana lo que ocasiona la urgencia del rito como comunión con la alteridad (naturaleza, dios), es luego, en el sacrificio donde sentimos que estamos colaborando con los dioses para ganarnos un lugar en la tierra, un lugar en dios mismo para ser resguardados de nuestra alma naufraga. Todas estas ansias humanas convocan a la comunidad con el otro, así como posteriormente a la pregunta que hace posible el surgimiento de la filosofía como el pensamiento indagante de la razón de las cosas, el orden, el sistema, la finalidad y la unidad.

Zambrano escribe que ahora no es fácil rastrear y reconocer otra idea del hombre distinta a la de la fría racionalidad que heredamos, muy a pesar de que podamos encontrar un sustrato más original en la inanidad de la falta, causante no sólo de esta razón, sino de nuestro pensamiento filosófico: "La filosofía nace, en verdad, de una paradoja de la naturaleza humana. La naturaleza del hombre es la razón. Esta identificación de naturaleza humana y razón, es una de las batallas decisivas que Platón gana, y gana para tantos siglos como de él nos separan"³⁴

El hombre es ser en estado naciente, la necesidad de recrearse cada vez es la que, de hecho, le va otorgando el ser conforme va realizando su proyecto de existencia. "Una vez que se ha nacido no hay más posible escapatoria que acabar de nacer tanto como nos sea posible"; "nacer, en el sentido primario y en todos los demás, es ir a constituirse su propio ser"³⁵. Sin el padecimiento de este hueco vital que experimenta el hombre, todas las preguntas que nacieron de la filosofía y su consecuente anhelo vital de incorporación mediante las relaciones no hubieran sido, entonces, posibles.

Sólo excavando en las raíces, ínfimos del ser, podemos encontrar en éstas un indicio de nuestra identidad, y es que vamos siendo a partir de lo que no somos, o lo que no hemos podido llegar a ser.

³⁴ *Filosofía y poesía.*, p.52

³⁵ Fernando Ortega, *Introducción al pensamiento de María Zambrano*, FcE, México, 1994, p.95

El platonismo medieval es la expresión más cabal quizás de ese profundo contentamiento del mendigo que es el hombre. Porque es la aceptación de la distancia, de la lejanía, de la ausencia, en suma: la aceptación del no-ser dentro del ser, la incorporación del no-ser que el hombre padece dentro del ser que ya tiene. El platonizante es el mendigo más satisfecho... pues la mendicidad procede de que el hombre siente el no ser dentro de sí, ya que su vida elemental es avidez, conato. Y esa avidez sin límites no se puede satisfacer con nada que sea tener, ser ya; se satisface tan sólo con todo lo que no es, con el horizonte infinito de lo no presente, con la ausencia.³⁶

La falta ontológica nos convierte en seres marcados por la ausencia, vacío necesario, ya que es esta incompletud de lo que busca el hombre deshacerse en cada creación suya. Completar el ser que aún no somos, tener lo que se refleja en nuestro ser insuficiente como deseable, como captable para nuestro ser, y que vemos en el otro. Ausencia de infinitud de la que pedimos una porción a lo divino o a la unidad idealista que nos parece dar la filosofía en un principio de univocidad y permanencia. Zambrano dice así: "El pedir muestra la deficiencia en la que está [el hombre], la falta de algo o la falta sin más. Es ya una primera forma de conciencia. Y antes que conciencia sentir originario que hace nacer la conciencia. Pues hay una súplica espontánea que es manifestación intencional de la falta, que va dirigida concretamente a alguien, pero que no hace nacer todavía la conciencia"³⁷.

Aquello a lo que vamos eventualmente empeñando nuestra voluntad y nuestro deseo, son cosas que nos enseñan nuestra carencia. La falta nos instala en la facultad de padecer como ningún otro ser vivo la indeterminación y la contingencia. "El anhelo es un signo de vacío. El hombre podría definirse como el ser que alberga dentro de sí un vacío; el vacío sólo aparece en la vida humana. En el ser humano este vacío es metafísico, podría decirse, puesto que nada lo calma."³⁸

La incompletud del ser, que no se basta a sí mismo, es la que lo impulsa a entrar en la realidad, un ámbito que ha de irse haciendo de suyo. Esta deficiencia de ser se extiende en todos los aspectos de la vida, siendo así que bajo su influencia se despierta el ser humano como existente, como el único ser que *alborea*, "y aquí muestra justamente su carácter deficiente de ser, que no se muestra como una realidad cerrada, sino abierta, incompleta, pues si se tratase de un ser entero, enteramente ser, no tendría que entrar en

³⁶ *El Hombre y lo divino*, p.147

³⁷ *Ibíd.* pp.146-147

³⁸ María Zambrano, *Persona y democracia*. Ed. Siruela. Madrid 2004, p. 82

la realidad, no tendría que realizarse en el tiempo"³⁹ ni ir naciendo, seguir naciendo, el ser del hombre es un *no ser en acto*.

La vida nos es dada como un don, dice Zambrano, pero ese don exige de quien lo recibe la interminable tarea de trascenderse a sí mismo, es decir, impele a la actividad constante y a la superación de ese ser previamente nacido en otro por nacer. El cambio constante es nada menos que una reconstitución del ser que no ha sido cerrado en una posibilidad, sino que queda absolutamente a disposición de ese motor primigenio, que es la falta ontológica manifiesta en los actos y sentimientos más básicos de la existencia, como lo son el pensamiento, el amor, la creación, la angustia, el sufrimiento, la pérdida, la relación con la divinidad y la relación con la naturaleza y lo sagrado.

El ser del hombre es por ello deficiente, únicamente *sintiendo* su falta le es posible convertirse en el ser que desea, en el anhelante eterno, pues de inicio, el hombre suspira por encontrarse a sí mismo dentro de sí, dándose cuenta que lo que le ha sido dado es únicamente un infinito deseo de ser que debe ir a reafirmarse en el mundo externo. Y es que el ser del hombre no es sólo un hueco difícil de colmar sino que no está manifiesto enteramente, se oculta aún en su incompletud, un conato de ser apenas reflejado en sus deseos cumplidos, en la historia, en la tragedias, en la ruinas de lo inacabado.

El ser del hombre como destino[...] no se manifiesta a la conciencia de una forma espontánea, sino que hay que forzarlo a manifestarse [...] Para Zambrano "el destino es la contraprueba del trascender de la persona, de su esencia trascendente" [...] Es la llamada de una meta inmanente que nos separa del puro ser como haber-sido, produciendo una apertura, un vacío, que deja margen a la libertad, hueco que ha de ser llenado fatalmente por el ser consciente, que se ve precisado a contarse su propia vida, a inventarla, y con ello a realizar su destino "como necesidad no salvada por la libertad".⁴⁰

La esencia del vacío que se desvela en el obrar, en el existir y en los sueños de las entrañas es lo que venimos señalando como "falta ontológica"; su análisis juega papeles fundamentales para entender lo humano desde un horizonte que propone pensar de un modo distinto la interpretación de la relación del hombre consigo mismo y su relación con lo otro. La "falta ontológica" es la definición más brutal de nuestro ser y es lo que permite la ejecución de la vida desde sus formas más profundas y básicas, el

³⁹ Fernando Ortega, *Introducción al pensamiento de María Zambrano*, p. 97

⁴⁰ *Ibíd.*, p.101

movimiento que nos jalona hasta nuestra relación con la muerte, la eticidad, el eros, la otredad, la divinidad y la permanente formación de la persona.

La "falta ontológica" es una manifestación primigenia en el sentir, una manifestación de lo ausente, así lo sugiere Zambrano cuando le nombra "un vacío metafísico", el cual está constantemente expresado en el anhelo vital, en el actuar y en la conciencia que genera el deseo, así como su aparente incapacidad de satisfacción. La "falta ontológica" es la evidencia de la contingencia y finitud humanas. En ella y bajo su resorte se disparan las acciones humanas a realizar la historia de su vida, la historia colectiva, la cultura. Expresión de la contingencia que se es, finitud, vacío existencial del que deriva el deseo, es decir, no es una falta en el sentido de carencia de algo *per se* o "determinado", sino de algo "indeterminado", lo cual motiva la acción. Es decir, una falta es algo indeterminado que anhela constituirse en algo determinado; la falta, podemos decir, es ausencia necesaria y positiva. Todo ser humano padece de un vacío que determina, en cada caso su búsqueda hacia la relación con el mundo.

Así es como la explicación zambraniana del proyecto humano se basa en construir el ser del hombre, de la "persona", a partir de una búsqueda de aquello de lo que hay ausencia. La persona⁴¹ no es sólo la máscara, la forma -que eventualmente deviene personaje, esa imagen ficticia que a veces nos forjamos, aunque no siempre adecuada a lo que somos, sino con la que enfrentamos la realidad, la alteridad⁴²- sino que es también aquella "portadora de la conciencia, el pensamiento", "la toma de conciencia de mi ser y su realización"⁴³ y por ende, la toma de conciencia también del límite donde la persona se da, la demarcación de su "espacio íntimo", de su soledad.

Para Zambrano, en lo personal, cada uno de nosotros experimenta un continuo padecer. "Mendicidad", "oquedad", "indigencia", "inanidad", estadios que reiteran constantemente este pensar al hombre anhelante, siempre carente de algo -mas no por un defecto, sino por necesidad-. Cada una de estas nociones apunta a nombrar el desespero que provoca la finitud de lo humano, su carácter configurado bajo las ruinas de lo inacabado. La falta ontológica es la culpable de que el hombre exista de un modo

⁴¹ Persona es, según la reflexión zambraniana el ser que se busca y se hace a sí mismo su ser, nos dice Zambrano: "la historia no tendría sentido si no fuera la revelación progresiva del hombre" de ese ser histórico, fáctico, hacemos nuestro ser, pues el hecho de nacer es caridad otorgada por otro, mas el hecho de vivir, va siendo por mucho ese ordenamiento de causas, efectos, de experiencias y motores que poco a poco nos dirigen hacia ciertas cosas. "Es como si al haberse declarado la condición humana como una tesis y un proyecto, el hombre hubiera entrado en un medio más suyo[...] en un tiempo que, en cierto modo, es su creación". Ma. Zambrano, *Persona y democracia*, p.41

⁴² Idem

⁴³ *Ibíd.*, p.203

inestable, siempre en guerra contra sus ausencias que gritan, algo que aun no conoce, que claman un motivo, quizás a ese "dios desconocido" del futuro que menciona Zambrano; dios desconocido que todo el tiempo está llamando al sacrificio. En otro lado, vuelve a llamar la atención Alberto Constante, cuando se lee:

Lo trágico radica en que ante la alternativa tenemos que elegir. Lo trágico no es el desenlace que tome la alternativa elegida sino la necesidad irrecusable de elegir, esa es la verdadera lucha contra el destino, pues poco consuelo nos da el hecho de saber que sólo puede luchar quien de antemano está sometido, aunque al final, inevitablemente al final quede sometido. Sin lucha, su destino sería indiferente. En rigor, el hombre es un ser en agonía, es decir, en lucha permanente [...] el tener que elegir trae consigo la conciencia de la insuficiencia y el carácter contingente y fugaz de la vida" ⁴⁴

Una de las formas en que se expresa la tragedia humana, para Zambrano radica también en el deseo, deseo de algo no siempre consciente, este hecho nuevamente de tener que ir tras nuestro destino sin saber qué es lo que necesitamos para ser. Por lo tanto también construimos un destino que no es siempre legible para nuestra razón; así lo vemos en la tragedia de Edipo, el rey-mendigo, cuando para obtener su ser, se encuentra con que su falta, que sólo le mostraba le necesidad de enamorarse sin saberlo de su madre, el destino fatal de la finitud ha tendido sus trampas y ha dado pasto a la ignorancia acerca de quién era él realmente. Nuestra falta también nos muestra la tragedia en la que vivimos porque nos obliga a estar colmándola. Y a estar errando en las sendas en dónde creemos encontrar nuestro ser. La falta nos convierte en seres deseantes de algo, quizás ni siquiera conocido ni cognoscible. Pues ese deseo tiene como basamento un hueco que no logra sustancializarse en algo constante, unívoco, cierto, aunque sí moviliza la pasión y la acción. Y así escribe: "Sólo se logra la plenitud del ser bajo una total carencia o una continua sed; un sufrimiento inacabable puede ofrecer vida y verdad, única posible vía de rescate"⁴⁵. La indeterminación del objeto del querer humano conduce no pocas veces a la angustia.

El abismo abierto por la existencia de la falta es sentido a manera de una "muerte preparatoria", muerte que es momento crucial que ha de atravesarse en un momento que no sabemos cuál será, pero sabemos, en cambio, ineludible. Nuestro dolor en falta de consuelo suficiente, nuestro ser en falta anhelando lo infinito, nuestro amor en falta

⁴⁴ Alberto Constante, *La metáfora de las cosas* p.146

⁴⁵ *Los bienaventurados*, p. 64

peleando contra el desgaste del tiempo, nuestros sueños y deseo más recónditos en falta, es decir, irrealizados o incompletos, son una especie de umbral que hay que cruzar para acceder a la vida y agudizar la conciencia.

Pero nos preguntamos si de verdad ¿es el vacío algo que ha de llenarse?, ¿podríamos seguir siendo lo que somos sin el estigma de nuestro ser menguando? Esta pregunta conviene intentar responderla de dos maneras: el vacío, como tal tiene su sentido de ser, como tal, un hueco, una nada, una entera provocación que estando vacía se hace presente por su intolerable deseo de llenarse; por otro lado, en cuanto se comienza a sentir la vida, empieza alternativamente la infatigable lucha por llenar el hueco, si se trata de enfrentar este vacío existencial, el hombre se verá forzado a salir de sí, a actualizarse, y una de las maneras de actualizarse es, en un primer intento, revelarse a sí mismo, buscando algo dentro. Esto, en todo caso, es positivo porque cuando el hombre halla su falta primigenia siente, por vez primera, su terrible soledad, entonces se ve en urgencia de crear. Leemos en el mismo texto: "El vacío es una extinción, una muerte. Una muerte indispensable para el transcurrir de la vida, para el logro del trascender: la muerte preparatoria. Si el hombre encontrara el medio de inmortalizarse en esta tierra, en esta vida, se agarraría desesperadamente a este instante de vacío que le pasa desapercibido y caería en él".⁴⁶

Nuestra condición ontológica de oquedad no es algo que se sobreañada a la existencia, ni que se conquiste o se pierda, es constitutiva y dibuja nuestro propio ser en el mundo. Algunas veces, como dice Zambrano, está presente durante toda nuestra vida, y algunas veces, dice, nos hace destruir las mismas cosas que generan nuestros deseos, o detenernos ante los ya realizados, como si, en el momento de poseer algo fuera inevitable vaciarse nuevamente, desechar el hallazgo, buscarle otra vuelta, o sentir el terror de quedar sin el sentido. "Anhelar es esencial e inicialmente destructivo", ya que todo hombre llevado por su propia naturaleza ontológica "tiende a hacer un vacío ahí donde encuentra un lleno [...] pues nada de lo que encuentra le satisface"⁴⁷.

El vacío tiende a llenarse momentáneamente, pero es incapaz de absolutizarse aun cuando se ha concretado en algo específico, nuestro lleno bien pronto se hace nada, pues el ser humano necesita de ese asesinato del ser, de esa conjunción entre ausencia y presencia. Nuestra falta continúa regresando a la abstracción del deseo *per se*,

⁴⁶ *Ibíd.*, p.84

⁴⁷ *Persona y democracia*, p.82

de algo que queremos ser, motiva el afán de cumplir cuán proyecto o deseo surge en nosotros.

Bajo el estímulo de esta ausencia, la cual no identificamos ni podemos describir claramente, nos creamos una realidad propia. Porque la realidad de lo externo, piensa Zambrano, está principalmente hermética en su misterio, es todo aquello que se oculta y se niega a ser desentrañado, desvelado. Cuando nos acercamos a la experiencia de la falta ontológica no encontramos nada más contundente que la apertura que ésta origina, todo lo que de ella sale a la superficie en forma de pasiones, motores, sentidos y nuestra propia libertad; mas que de otra cosa, la libertad de que viene con la conciencia. Porque la conciencia radica en este saber que somos completamente seres en soledad, incompletos. Esta conciencia que, ahí donde fija su límite, encuentra también su espacio para proyectar su ser en estado permanentemente naciente.

Porque las posibilidades de acción, el deseo intrínseco a la existencia se hacen patentes y se realizan en todo caso con la intervención de la necesidad, bajo este sentimiento de indigencia. Indigencia, ya lo decía Zambrano, es la cercanía que late del no-ser dentro del ser. Donde la posibilidad más real y definitiva del hombre, es decir, su determinación, la única que es inexorable, es su propia muerte, la posibilidad segura de que un día lo ausente será su ser.

La finitud y la conciencia de ella es el rasgo más humano, aunque esa determinación mortal que a todos nos alcanza se nos hace presente de un modo paradójico; pues de la muerte sólo podemos tener esa presencia latente, casi fantasmal, que nos atraviesa cuando ya no somos mas concientes. El proyecto de ser personas, la humanización del mundo y la construcción del sentido son causas indirectas de la motivación que engendra el sentir de la falta ontológica.

Persona es el ser que se busca y se hace a sí mismo su ser, nos dice Zambrano: "la historia no tendría sentido si no fuera la revelación progresiva del hombre"⁵⁰ de ese ser histórico, fáctico, hacemos nuestro ser, pues el hecho de nacer es caridad otorgada por otro, mas el hecho de vivir, va siendo por mucho ese ordenamiento de causas, efectos, de experiencias y motores que poco a poco nos dirigen hacia ciertas cosas. "Es como si al haberse declarado la condición humana como una tesis y un proyecto, el hombre hubiera entrado en un medio más suyo [...] en un tiempo que, en cierto modo, es su creación".⁵¹

⁵⁰ *Persona y democracia*, p.41

⁵¹ *Idem.*

Al confrontarnos con la vida caemos en la cuenta de que ésta también funciona con lo no habido; existe ya una falta, no como una predeterminación de la razón, sino anterior a ella, entendida como una estructura básica de incompletud.

La falta ontológica es ausencia, una insatisfacción de algo o alguien que nunca estará, una nada que sí es sentida y percibida, pero no es del todo reconocible, o mejor, dicho, no la reconocemos conscientemente en todas nuestras acciones, sino bajo sus manifestaciones en el deseo, las pasiones y todas las acciones humanas que de ella emergen.

Porque al tratar de llenarla, en ese mero instante en que podríamos sentir la satisfacción, la falta, contundente como es, vuelve de forma inmediata a abrir otro hueco. He ahí la destrucción, la herida. La falta ontológica vuelve a incidir sobre el deseo y reinventa la conciencia, invierte los papeles, desea lo que nunca deseó y cancela lo que una vez deseara, y así, vuelve infinitamente a la vida, postergando la quietud que los que suspenden el deseo han alcanzado; buscando la vida misma en cada proyecto, buscando la provocación.

Esta falta ontológica se manifiesta en la ausencia, es una necesidad de ocupar un hueco que tira universalmente, con detonantes varios como lo son las experiencias múltiples de la singularidad humana. La primera realidad que se nos oculta es la propia, y en ella se percibe el vacío humano que no permite que el hombre se sustente únicamente dentro de su ser, ya que éste está incompleto. Es decir, eso que se resiste de la realidad hacia nosotros yace, no sólo en lo externo, sino en la intimidad del hombre. "La resistencia al ser propio del hombre es la nada"... "aparece la nada rodeando el proyecto de ser, la inexorable exigencia de existir, no vencida por ella, ni vencedora".⁵²

Somos producto de la persistencia de nuestros ensueños, en ellos nos realizamos en el instante, aunque pronto éste se desvanezca; nuestros sueños y proyectos nos dan la condición de seres humanos, de seres dolientes, en falta, pero vivos. Nuestros motivos de ausencias son más fuertes que otra cosa y en ellos nos realizamos aun en mayor medida que en nuestros logros, aun más que en nuestra racionalidad. La condición del ser humano es imposible, casi imposible, anota la autora de *El hombre y lo divino*; imposible si no es porque el abismo profundo de las entrañas aceptémoslo o no, nos sacude, nos moviliza y llama a consolar nuestra situación trágica con ayuda de otra instancia superior, llámese ésta certeza, amor, o divinidad.

⁵² Ibid. 178-179

1.1. La dialéctica de la pérdida.

*Quizás sólo el amor lejano,
no gozado, inasequible,
sea el único que salve,
aquel del que aun siendo real,
pueda decirse:
"Es Verdad-mas fue mentira-
que sigue siendo imposible siempre.*

María Zambrano⁵³

¿Vamos perdiendo lo que vamos siendo? ¿O vamos siendo lo que en nuestro transcurrir perdemos? ¿Hay alguna relación entre el ser y lo que éste pierde o cree que pierde? La pérdida es algo que toca al ser humano desde que se entiende a sí mismo como un ser con, un ser en falta, en necesidad de lograr algo más de lo que ya es, acendrar su ser, compartir su ser. "Somos lo que vamos dejando atrás, lo que perdemos y nos arrebatan, esos pedazos de alma arañada. Somos lo que soñamos y nunca obtuvimos, lo que mentimos y temimos, la paridad diferente que viven dos seres en una sola realidad. Al final somos y no hay más nada que nosotros y eso que somos sin ser, la soledad del ser"¹. La convicción de que hay que sobrevivir a todo lo dejado atrás para poder convivir en paz con esta incompletud de nuestra condición.

La filosofía no puede hablar en un lenguaje humano con verdad si no habla de lo meramente humano. La luz de ésta, como la luz humana, también genera sombras, sombras que a la par señalan un pasado, un rasgo incorruptible que acompaña todo existir; la filosofía es reflejo de inquietud, no de contemplativa pasividad ni de contento con lo habido. Es uno de los más conmovedores intentos del hombre por alcanzar un ser, aunque fuese éste únicamente encontrado en el pensamiento, en el concepto.

Para María Zambrano, el pensamiento filosófico es ese esfuerzo humano de la enmienda de la caótica realidad y ante todo, conciencia mendiga, fracturada, algunas veces disimulo de esta realidad en la que hemos decidido creer que no vivimos, que no sentimos. Pero ningún ser humano podría contar su historia sin hablar del dolor de lo no sido, del no-ser o de lo que una vez parido desde la necesidad más profunda de la carencia del ser, nuestra falta inicial, debe morir. Para nuestra autora la tragedia humana viene a ser el punto álgido donde la pérdida alumbrá con más fuerza nuestra condición

⁵³ *Hacia un saber sobre el alma* p. 186

esencial de personas en falta, de seres predispuestos a padecer. De tal manera lo entiende también Jesús Moreno cuando escribe: "la ética en que nuestra pensadora insiste está más allá de toda moral concienzialista, es una ética desde la experiencia de la desolación, de la trágica desnudez humana⁵⁴".

Nuestro ser más intrínseco late al ritmo del tiempo y la impasibilidad que sólo se halla en las simas del lo humano, en las que Zambrano llama entrañas. Por ello, cualquier enfrentamiento con la pérdida nos deja entrever nuestra condición ontológica y nos acerca, en algunos casos, al conocimiento trascendental. María Zambrano entiende que sólo a partir de un dolor inicial, que nace junto con nuestra conciencia podemos decirnos seres humanos: "Hay algo en la vida humana insobornable ante cualquier ensueño de la razón, ese fondo último del humano vivir que se llaman entrañas y que son la sede del padecer"⁵⁵

¿Pero cuál viene a ser el "acontecer" en el que se reencuentra la persona para tomar por primera vez el curso de su propia vida?, el curso que nos obliga a elegir, ya concientes de que nuestra finitud (que se muestra cuando nos encontramos con que es imposible colmarnos) y contingencia nos mantienen alertas de la posibilidad constante de la pérdida, del dolor. Porque si bien, la falta es una estructura firme en su oquedad, ésta no es ni evidente por sí misma sino por el deseo que genera. La falta deviene inconsciente y las acciones y pasiones que de ella emanan pueden ir desbocadas hacia la angustia del ser humano. Ignoramos que es natural sentir su presencia y que también es natural y necesario fracasar en nuestros intentos por completarnos del todo, porque somos seres que se distinguen por lo que no-son, por lo que pierden cuando encuentran, por lo que cancelan a la vez que añoran.

María introduce en su obra la noción de esperanza, lo hace siempre desde la raíz que la hace necesaria como sustento de vida, de ensueños, de deseo, existe antes todo este mito de la ceguera humana, nuestra pobreza inicial, nuestros fracasos e intentos de realizarnos dan pasto a ella y la preceden, así: "la libertad no es otra cosa que la transformación del destino fatal y ciego en cumplimiento, en realización llena de sentido"⁵⁶.

Somos la esencia que no obtenemos, la finalidad que no nos dieron, la libertad de tanto que se arremete en contra nuestra, haciendo posible la tragedia. Haciendo posible el

⁵⁴ Coord. José Ma. Beneyto y Juan A. González, *La visión más transparente*, Coedición de Ed. Trotta y Fundación Carolina, Madrid 2004. p.222

⁵⁵ *El hombre y lo divino*, p. 184

⁵⁶ *María Zambrano. La visión más transparente*, p. 265

surgimiento del amor. No es gratuito que Zambrano pensara que en la época actual nuestras acciones se ven notablemente más respaldadas por la predisposición a nuestros males, antes que por nuestros bienes.

Cuando la enfermedad nos atrae es que en ella está en juego nuestro propio ser; que se trata, no de una enfermedad que se tiene, sino que en cierto modo, se es. Que quien está enfermo es el centro de nuestra vida, que se ha convertido en problema. Pero toda la vida es problemática; entonces, cuando sobreviene la enfermedad es que se ha hecho problema algo que no debe serlo.⁵⁷

La vida no podrá entonces ser comprendida si no acontece junto a la reflexión del encuentro trágico del límite, "la conciencia de sí mismo no es sino la conciencia de la propia limitación. Me siento yo mismo al sentirme que no soy los demás; saber y sentir hasta dónde soy, es saber dónde acabo de ser, y desde dónde soy"⁵⁸. Según el vitalismo de Unamuno, el ser que somos no adquiere más conciencia de sí que no sea a través del sufrimiento en que nos encierra la lucha contra y en el tiempo de nuestras propias relaciones; se es, se existe más ciertamente, más fuertemente desde el dolor, pues éste nos obliga a ensimismarnos, a volver a mirar en nosotros mismos y poder reflejarnos a su vez en el dolor de un semejante. Hay algo que resolver primero en el "otro" para hallar una parte de nuestro ser que se mantiene en secreto, aun sin ser revelado, explica Eugenio Trías:

En el tiempo de la gran ocultación se han retirado del mundo todos los signos visibles evocadores de presencia. Pero ésta se presenta. Sólo que en régimen de clandestinidad. Sobreviene el acontecer como acontecer simbólico, en forma de encuentro con uno mismo [...] en la experiencia amorosa, en la experiencia dolorosa de la pérdida, en la vecindad de la muerte, en todas aquellas experiencias en las cuales la existencia se agita y vibra, o bien se halla en la urgencia giros o mutaciones en relación al *ethos*...⁵⁹

¿De qué manera lo logrado, lo perdido y lo frustrado en el alma inciden en el actuar del ser humano? La experiencia dolorosa y el padecer acercan al hombre a lo más íntimo de su saber de sí, a su proximidad con la muerte, pues en ella se manifiesta la necesidad de fundar un mundo desde ese vacío que se es y que se enfrenta a las cosas ya dadas. El ser humano es el único que puede renacer en la transformación de un proyecto vital, o

⁵⁷ *Hacia un sobre el alma*, p. 126

⁵⁸ Miguel de Unamuno, *El sentimiento trágico de la vida*, Biblioteca Nueva, Madrid, 1999, p.170

⁵⁹ Eugenio Trías. *Pensar la religión*, Ed. Altamira, Buenos Aires, 2001. p.161

bien, deshacerse en un fracaso, cuando no encuentra cómo transformar la experiencia del desespere en un sentido re creador.

La voluntad aún no se rinde ante los rigores del tiempo que le amenaza constantemente, se empeña en prevalecer en el otro que es fugaz, y se encamina hacia esa pérdida total que es en palabras de Savater, el término al fin de la vida material, del cuerpo mismo que enseña su límite al deseo interminable: "La aniquilación postrera confirma el paso terrible de la libertad, la consunción de la materia es consunción del espíritu. Morimos porque queremos, es decir: por el pero de nuestro querer"⁶⁰. Miguel de Unamuno dirá que vivir comporta esa necesidad de abrirse, de irse dando inevitablemente, de partirse en dos o en más:

Vivir es darse, perpetuarse, y perpetuarse y darse es morir. Acaso el supremo deleite de engendrar no es sino un anticipado gustar la muerte, el desgarramiento de la propia esencia vital. Nos unimos a otro, pero es para partirnos; ese más íntimo abrazo no es sino un más íntimo desgarramiento [...] Hay, sin duda, algo de trágicamente destructivo en el fondo del amor.⁶¹

Lo que significa que cada uno de los amantes, es decir, todos nosotros cuando amamos somos irremediamente egoístas, pues el que ama, cuando ama, trata de encontrar en el otro su espacio para trascender de sí, su memoria imborrable en el tiempo. Intenta con el otro cubrir el dolor de no ser todo lo que quiere ser, de no alcanzar a poseer todo lo que abraza. Por ello es que el ser del hombre nos resulta tan sensacional y complejo, porque halla en la subjetividad del sufrimiento su mismo goce, y goza sólo en tanto que padece, el dolor llega a ser su propio manantial de donde bebe para crecer, "porque lo que perpetúan los amantes sobre la tierra es la carne de dolor, es el dolor, es la muerte."⁶²

El olvido no es sino ocultación momentánea, ¿cuántas veces nos dimos cuenta que el discurso omitido, el secreto más largo, era el más doloroso, ese abismo de nosotros mismos que no había sido superado? Así se registra en el comportamiento más instintivo: fobias, miedos, inhibiciones y la neurosis misma son síntomas de historias de vidas a medio cumplirse. La historia de lo omitido muestra, en muchos casos, más horizontes del proyecto más auténtico de la persona. En este sentido, María escribe en un apartado sobre el amor en *El hombre y lo divino*, que sólo se escriben para trascender las historias

⁶⁰ Fernando Savater, *Invitación a la ética*, Ed. Compactos Anagrama, Barcelona, 1982.p. 91

⁶¹ *El sentimiento trágico de la vida*, p.166

⁶² Idem

que no llegaron a realizarse, lo que ya está demasiado lejano y se vuelve inalcanzable en el tiempo, ansia de ser nunca realizada para siempre ni completamente, necesidad que se vuelve insostenible en sí misma, y por ello, partidaria también de la destrucción que lleva en sí lo humano cuando se ama y se desea. Esa ansia de completud es agotadora y finita. En sus *Fragmentos póstumos* Nietzsche piensa en torno a ello:

La forma más universal del destino trágico es la derrota victoriosa o el alcanzar la victoria en la derrota. Cada vez es derrotado el individuo: y a pesar de ello experimentamos su aniquilación como una victoria. Para el héroe trágico es necesario sucumbir por aquello con lo que debe vencer. En esta grave confrontación intuimos algo de la ya aludida valoración suprema de la individuación: la que lo Uno originario necesita para alcanzar su fin último de placer. De modo que el perecer se revela de modo tan digno y respetable como el nacer, y de modo que lo que ha nacido debe cumplir, al parecer, la tarea que le es impuesta en tanto que individuo.⁶³

Lo antes citado se vuelve de esta manera paradójico consuelo del esfuerzo humano, ya que para algunos, entre ellos, María Zambrano, únicamente se eterniza la ruina, esas aún vigorosas huellas de lo inacabado por el espíritu humano también inacabado. Se escribe para consolar lo que únicamente puede cumplirse a través del lenguaje poético. Las historias de amor que superan al tiempo -y las más bellas si no- son aquellas que por alguna fatídica razón, se incendiaron antes de alcanzar el vuelo más alto. Porque "el deseo consume lo que toca; en la posesión se aniquila lo deseado, que no tiene independencia, que no existe fuera del acto del deseo."⁶⁴

Así se va convirtiendo el ser que vamos siendo y que fuimos, en ese alimento de voracidad nuestro que exige toda vez y renacimiento para no caer en la oquedad aterradora de una vida sin sentido. El deseo impulsa pero también desgasta a su objeto con la misma voracidad con la que nos hace alimentarlo. ¿No parece lejano pensar que alguna vez, en el momento en que más hemos deseado ganar, busquemos inherentemente perder antes de alcanzar el alimento? ¿Será que con ello creemos prolongar la vida de nuestros deseos?, ¿que con la mera añoranza irrealizada de nuestros ideales, podríamos rescatar de la destrucción a lo que amamos y con ello el motor de nuestra vida? A saber, "el hombre no puede navegar en la unidad, y cuando lo logra, la destruye para volver a buscarla de nuevo. Necesita la unidad como meta, como horizonte

⁶³ F. Nietzsche, *Sabiduría para pasado mañana*, Ed. Tecnos, Madrid. p. 33 fragmento 7[128]

⁶⁴ *Filosofía y poesía*, p.69

[...]”⁶⁵, entonces la debe destruir. De esta manera, explica Zambrano cómo Platón encontró la vía de salvación para el amor elevándolo al nivel del concepto, del conocimiento, de la verdad manifiesta a través de la belleza.

El amor nacido de la dispersión de la carne, encuentra su salvación porque sigue el camino del conocimiento. Es lo que más se parece a la filosofía. Como, ella es pobre y menesteroso y persigue la riqueza; como ella nace de la oscuridad y acaba en la luz; nace del deseo y termina en la contemplación [...] El amor sirve al conocimiento, llega al mismo fin que él pero por diferente camino, por el camino que menos apropiado parecía, el de la manía o el delirio [...] Hay un delirio divino que es el amor.⁶⁶

Platón, principalmente en sus dos diálogos, según la lectura de Zambrano, *El Banquete* y *Fedro*, rescató de la destrucción segura al amor, lo sacó de la fila de lo condenado para hacerlo parte del mundo de lo divino, de la unidad. Porque “en el amor subsiste siempre el objeto, tiene su unidad inalcanzable. La posesión amorosa es un problema metafísico y como tal sin solución. Necesita traspasar la muerte para cumplirse; atravesar la vida, la multiplicidad del tiempo”⁶⁷

Es en la irrepetible y singular experiencia del amor donde el tiempo queda suspendido, así como el ideal ético de nosotros mismos es hipotéticamente logrado, antes que a través de mí, a través de la visión amorosa del otro semejante, “quien nos ama nos ve ya rescatados”⁶⁸, escribe Savater en su *Invitación a la ética*: “amar a otro es aislarle y exaltarle de tal modo que equivale casi a proclamarle *causa sui*”⁶⁹.

Sin embargo, el deseo tiende a ser aniquilado, se alimenta con objetos, objetos que por su independencia se vuelven ajenos, impenetrables. La contingencia humana es tan problemática justamente por esta relación existente con el “otro”, quien se nos ofrece como puerta y espejo, y que de otro modo más, nos hace conscientes de la imposibilidad de completarnos con nada. Bajo el deseo amoroso podemos llegar a entender la ausencia de la manera más radical que existe, pues de ese ímpetu que no cesa de insistir en equilibrar nuestro ser nace la desesperación por compartirnos, de querer, de exigirnos otro nacimiento, el amor es el nacimiento propio de nuestros proyectos. Aunque el amor rebasa lo que hipotéticamente establecemos en nuestro ideal ético, pues el amor no tiene como propósito ningún orden, ni se preocupa por alcanzar la perfección de cada cosa,

⁶⁵ *Ibid.*, p. 74

⁶⁶ *Ibid.*, pp. 66-67

⁶⁷ *Ibid.* p.69

⁶⁸ *Invitación a la ética*, p. 123

⁶⁹ *Ibid.* p. 122

pues destruye y pierde tanto como edifica, aniquila, y crea. El amor nunca se sujeta lo suficiente, esquivo como las aves, es bien llamado "platónico", ya que según la filósofa española, solamente lo eidético, lo que se eleva sobre la idea de lo humano (por muy humano que sea), se salva de la corrosión de tiempo y es rescatado de la aniquilación congénita que nace y se cumple con todo lo humano. Pues el tiempo de la vida humana es destrucción de todo, piensa Zambrano.

El propio ser deseante exige a nuestra condición indigente que suspendamos unas cosas para ver otras, para amar otras. Algunas cosas, las más queridas, llaman al sacrificio, a la pérdida, al no-ser. El poeta que también tiene su propia metafísica, lo entendió con prontitud. Pues si bien "el amor que nace en la carne, tiene para lograrse, que desprenderse de la vida, tiene también que convertirse"⁷⁰; ello queda manifiesto en la mística. La presencia en su totalidad no es posible porque estamos tallados de ausencia, de falta, lo que por otro lado, nos deja la tarea identificatoria, la singularidad de nuestra muy diversa experiencia de no-ser; donde a su vez queda abierta la única posibilidad de humanizarnos y convertir las cosas en obra de arte; de hacer el mundo humano desde la pérdida o búsqueda del ser amado, del ámbito divino, del sentido preexistente que siempre es ajeno a nuestra propia circunstancia personal, o bien, desde la intermitente aparición y desaparición del otro.

Sucede de tal manera que la existencia puede ser llevada con responsabilidad y ética –la eticidad puede ocurrir o no, pero cuando ocurre funciona sólo por la conciencia de esa falta insatisfecha- hasta que el primer dolor de la existencia entra en el sentir y la reflexión humanas como motor de acción, de movimiento de proyectos, el buscar el sentido propio de la vida; los valores de la persona y dicha ética nacen de este hueco ontológico, que busca el orden que le permita hacer su propio algo comprensible. Las condiciones que nos llevan a ser, a formarnos de tal o cual manera son manifestaciones de lo que muchas veces no pudimos ser, es sólo la "otra opción" de lo anhelado lo único que podemos, muy efímeramente alcanzar.

Si para Zambrano, el ser humano llega a la realidad desprotegido, será necesario anclar su ser a un orden, a un sistema de valores, a una potencia divina o, en el caso del positivismo, a una gran metodología que le resguarde de su insoportable libertad sin orden. Mas el conocimiento originario del ser nace de una hendidura que nos hace fijar la mirada en lo que ha quedado abismado en el tiempo humano, en el transcurrir de la historia, de las de prohibiciones, de suicidios de ideas, de los grandes errores de la razón

⁷⁰ *Filosofía y poesía*, p.69

y más allá donde el ser humano guarda la memoria de sus fracasos espirituales y eróticos.

Se sabe que las experiencias de mayor dolor y frustración emocional ocasionan mayor impacto que cualquier otra. ¿Pero qué es lo que se patentiza del ser cuando el dolor de la pérdida sucede? ¿Qué grieta queda abierta en ese momento de soledad que vive la persona que encuentra su falta ontológica a través de sentimiento de la pérdida? ¿Puede surgir alguna clase de identidad a través de la experiencia de recorrer caminos sin finales? La falta ontológica se relaciona intrínsecamente con la pérdida porque ambas nos conducen a la noción del no-ser. Y las personas compartimos en mayor porción ese no-ser que del ser entero y absoluto que encontramos en la idea de lo divino y en la idea del ser parmenídeo.

Si la falta ontológica hace posible la acción, y el deseo, la pérdida de lo obtenido debe de llevar al hombre por lugares ciertamente oscuros, a saber, le conduce nuevamente a esa fase de sentir y pensar sobre su impotencia. Su ansia de vida le hace empuñar un concepto propio, y en el momento más trágico, cuando no soporta la lejanía de lo divino, decide perderle, aniquilarle, tal cual Oscar Wilde lo escribe en alguno de sus versos: "todos matamos lo que amamos". Cuando el otro se ha convertido en pieza de nuestros movimientos existenciales y se ausenta o se convierte en otra cosa diferente a lo deseado, es posible experimentar la falta ontológica, la desesperación, la penumbra de la zona en que el ser humano se extiende es para María lo más real, aún ante las ideas del otro mundo, la finitud natural que nos constituye es el lugar donde se sufre esta mengua del ser por obtener una verdad inalcanzable. De manera que el pasto de toda razón discursiva, por más claridad y constancia que pueda alcanzar buscar en un sistema, tiene que llegar a nacer desde la intuición de ese instante en que el alma se sumerge en el simple "sentir adolorido" de la ausencia.

Pues la verdad llega, viene a nuestro encuentro como el amor, como la muerte y no nos damos cuenta de que estaba asistiéndonos antes de ser percibida, de que fue ante todo sentida y aun presentida.⁷¹

Sólo desde el sentimiento de la carencia que es esencialmente inextinguible puede acontecer el conocimiento, pues la realidad nunca aparece en una forma absoluta ni total. La vida es así siempre sentida como algo fragmentario, o bien, "como una totalidad a la

⁷¹ Fernando Ortega Muñoz, "La razón mediadora de María Zambrano" en. *María Zambrano. La visión más transparente*, p. 329

que le falta algo; la unidad se da así no por presencia, sino por ausencia⁷², escribe María en el capítulo de *El hombre y lo divino: Huellas del paraíso*. Hay algo que el ser siente perdido dentro de sí, y es algo que está más allá de lo vivido, de lo que un día fue, está en un sitio que no puede ser recordado porque es un sitio vacío, un pasado que es esencialmente incognoscible:

Es el pasado que queda libre, especie de hueco que atrae a la representación y cuya existencia, es, sin duda la determinación primera de la necesidad de crear mitos [...] La necesidad de fabular proviene, sin duda, de este pasado puro que permanece vacío, que no puede llenarse con recuerdo alguno, punto de partida de la nostalgia.⁷³

La pérdida de algo alguna vez presente implica reestructurar toda una vida sin lo esperado, sin lo logrado, pero también es el fenómeno que define, en la precariedad misma de los límites, la manera de empuñar la vida de cada persona. La derrota de nuestras creaciones, cuando éstas se interrumpen por el fracaso nos hace perder un horizonte ético, un proyecto de ser, un camino andado se fragmenta y nos regresa al camino llano, pero con otra mirada. La memoria del tiempo y el miedo de no completarnos siempre está presente. De ello la filosofía se ha visto mal librada, pues siendo el filósofo el primero en aceptar su carencia, fue a conquistarla, heroicamente, mediante una vía, la idea de sí, el sujeto evocado por y para sí; pero en la mayor soledad posible. La hazaña del filósofo fue quedarse "contemplativamente" condenado a ver que esa falta ontológica, no podía ser llenada pero tampoco cancelada.

Entonces se puso a desentrañar la realidad, a salvar su idea de sí, -más no su existencia- para no tener que bajar a los inferos donde latía directamente esa falta inicial de ser. Mientras que el "ingenuo" poeta, sabiendo lo que no decía saber, esperaba recibir del instante el don, el amor, el segundo previo a la locura donde parece que uno, en efecto, se llena, se hace pleno; así lo escribe Zambrano:

La poesía es la conciencia más fiel de las contradicciones humanas, porque es el martirio de la lucidez, del que acepta la realidad tal y como se da en el primer encuentro. Y acepta sin ignorancia, con el conocimiento de su trágica dualidad y de su aniquilamiento final⁷⁴, sin embargo, la poesía, a pesar de

⁷² *El hombre y lo divino*, p. 286

⁷³ *Ibíd.* p.287

⁷⁴ *Filosofía y poesía*, p.62

vivir bajo este aniquilamiento del que la filosofía se rehúsa a padecer, hace que "su amor lo penetre todo lentamente".⁷⁵

La ausencia de ser, así como la posibilidad más propia de nuestro ser ahí: la muerte, nos dan la cara para evidenciarnos nuestra contundente finitud, tal cual lo piensa Heidegger, el ser ahí no es otra cosa más que un ser para la muerte, y para este ser, que es para la muerte, -su única posibilidad cierta- sigue siendo terminante esta angustia congénita a su misma estructura de vacío de ser. ¿Pero es correcto hablar de un fracaso de ser? ¿Cuándo, a pesar de saber nuestra condición en el mundo, podemos decir que hemos fracasado en nuestro proyecto de ser? ¿Es que la muerte nos sugiere acaso eso? ¿Muerte de proyecto es igual a muerte del ser? ¿Es la muerte un fracaso del ser, o por el contrario, un cumplirse del único plan destinado para él, del único acontecimiento necesario en toda vida? ¿Qué se pierde con la pérdida?, ¿el otro o el ser propio que queda huérfano de sentido cuando reconoce el error y el desgaste de la contingencia?, ¿qué se puede saber y sentir durante esta experiencia? ¿Qué sabemos de nosotros cuando miramos hacia algo que "haciéndose", o en vías de cumplir algún fin, se ha pausado, cuando vemos ese algo, no ya muerto, sino inacabado, sostenido por nuestro deseo de que fuera otra cosa diferente?

Evidentemente aquí no intento responder ninguna de estas preguntas sino abrir las posibles intersecciones que se notan entre ellas y mi eje fundamental que es la falta ontológica del ser humano manifiesta en cada una de sus acciones. Se sabe que además de ser personas en falta somos personas en contexto, bajo ciertas interpretaciones y prejuicios; ahora bien, todo ello, no permite que la falta ontológica sea de lo que estemos manifiestamente concientes. La falta desde su íntima fuerza vital y amenazante, nos aturde tan explícitamente que se vuelve en muchos casos, fantasma invisible con un poder de dimensiones extraordinarias.

En ella yace nuestra íntima relación a cada deseo, a cada movimiento que nos acerca a nuestro plan de vida, a nuestro camino, a nuestra muerte. Y sólo cuando nos tropezamos con lo que no era, o no fue lo esperado, se hace factible la reflexión de que, de hecho, estábamos esperando algo, estábamos buscando algo fuera, "porque a nada se llega por uno mismo"⁷⁶, que no sea más vacío y el absurdo de una conciencia autoreflejante:

⁷⁵ Idem

⁷⁶ Idem

La liberación es, *ipso facto*, una recaída en lo inesencial. El hombre, según Hegel, acepta su nulidad para depositarla en una instancia superior, la pone 'más allá' de sí mismo; gracias a esta renuncia se posibilita una existencia más elevada. El hombre se humilla y se pone como lo inesencial; entonces trata de elevarse indefinidamente hacia una esencia que es trascendente⁷⁷

La conciencia desgraciada obligada por sí misma a humillarse -antes de quedarse sola, sin un "para sí"- ante el amo, el espíritu absoluto de la razón histórica de la que habló Hegel. Y si nuestro ser, está siempre apuntando la vista a lo que puede ser o no ser respecto a su relación con el mundo, está también condenado a perder "se" al tratar de hallar "se", en otro semejante o en 'lo otro' numinoso. Freud pensaba que una primera frustración, -luego llamados "complejos"-, se cumplía con las primeras limitaciones morales del hombre en sus más tempranas edades.

El no poder, el deber, el incesto, el parricidio, la culpa y la tragedia que devenía; todo ello comienza a aturdir el deseo; y las prohibiciones morales de toda una cultura, aunque no se equiparan a la falta en el nivel ontológico, podrían en algún caso servir como paradigma en cuanto ellas hacen que la finitud humana sea cada vez más sensible. Constante escribe en el libro antes citado que esta insuficiencia estructural: "esta carencia experimentada como culpa, las prohibiciones que preservan la falta y nos impiden colmarla, esas vicisitudes que llenan la historia de nuestra cultura, son ante todo, la expresión de nuestra propia experiencia"⁷⁸

Quizás y muy razonablemente busquemos tenderle trampas a la ausencia para esconderla del presente y dejarla ahí, como "posibilidad lejana", ignorando que no puede cancelarse el pensamiento sobre la muerte sin que la vida con todos sus matices se cancelase simultáneamente con ella. Reconocer lo perdido para aceptar lo ganado en un presente, como lo hace el poeta, es una de las reflexiones que conforman una identidad que anda de la mano con lo que fenece. Las dos expresiones más vitales, las que Zambrano dedica en *Filosofía y poesía* son empujadas desde la pérdida del ser. La filosofía platónica andaba en la búsqueda de la Idea, de la reminiscencia divina que se había olvidado en la tierra. El ser perdido y subyugado dentro del cuerpo. La verdad abandonada víctima de lo terreno.

La filosofía en buena parte, pensó Zambrano, representa ése ámbito humano que no podía aceptar el fracaso, antes bien, no llegar a ningún lado, no poseer nada para luego poseerlo todo, entre ello, al ser mismo. Por eso piensa como paradigmas éstas dos

⁷⁷ Jean, Hyppolite, *Génesis de la estructura de la fenomenología del espíritu en Hegel*, Barcelona, Ediciones Península, p. 179

⁷⁸ *La metáfora de las cosas*, p. 116

creaciones humanas: Filosofía y poesía, carne y cuerpo, materia y forma pidiendo nuevamente su lugar en el campo de batalla. Pero pocas veces se escuchan buenas opiniones acerca del concepto del "fracaso", luego es omitido, y se vuelve ífero donde la razón no investiga, abismo oscuro donde nadie quiere entrar. La presencia del poeta salvó la visión de las cosas que se transforman, de lo múltiple, de lo efímero y de lo no acabado. El lenguaje poético entre saco lo amado de la temporalidad, rescató el fracaso mismo. La poesía hubo de darnos el cuerpo de la palabra...La poesía carga entonces con la cruz del hombre y con su flaqueza.⁷⁹La falibilidad humana se vuelve en nuestros días muy alto peso para sobrellevar, y parece cada vez más que minimizada la sensibilidad para fortalecerse de la comprensión de la debilidad y fortaleza propias del sobreviviente que es el hombre.

El hombre tiene un nacimiento incompleto, la filosofía lo tiene. No sabemos ni podemos convivir ni ser convidados del ser ni del Uno como sí lo hacen los demás seres de la naturaleza. No sabemos de nuestro ser sin la invención de otros mundos: el arte, la ciencia, la religión y la filosofía. Venimos a completar nuestro nacimiento, nuestro primer y más grave fracaso, nos recuerda la enigmática sentencia de la sabiduría de Sileno.

Pero de manera preocupante la modernidad que se ufana en nuestros días está cargada de una filosofía de lo irreversible, sin retorno. La pretensión del pensamiento en ser autofundante de sí mismo no ha hecho sino desesperar cualquier entrada de luz ajena a la "ratio humana", a la mera identidad racional -vemos aquí una diferencia entre lo que significa la ratio, como la razón racionalista, pura, teórica y el *logos* en su más amplia concepción griega-. Así lo comprendió Nietzsche cuando llevó hasta sus últimas consecuencias el nihilismo. Como un hondo alarido en contra de lo que trajo consigo el *ego cogito*, el pensamiento como única prueba del yo. La razón absoluta cumpliéndose inexorablemente, la razón pura y los perfectos sistemas edificados a favor de una razón teórica que dejaba en la sombra la existencia humana. Lo más primario y auténtico del hombre fue acosado durante largo tiempo de tradición neoplatónica y posteriormente con el cristianismo, donde en muchas de sus variantes filosóficas se cumplió el gran exilio de donde paradójicamente fue sacada de la filosofía.

Toda esta historia de lucha contra las raíces silenciosas de la humanidad viene a cuento por una sencilla explicación: la razón y la pasión se pensaron las más de las veces como dos polos opuestos, incompatibles y peligrosamente capaces de armonizarse. Dentro de los sentimientos quedaron también escondidas las memorias del

⁷⁹ *Los bienaventurados*, pp. 49-50

padecer, la pérdida y el fracaso se tuvieron que revelar racionalmente, como “inferos”, expuestas en el arte, condenadas a la denominación de la locura. En el apartado que nombra Zambrano: *La huella del paraíso*, Zambrano escribe cómo funciona la realidad en sus fragmentos de tiempo y esa nostalgia misma del tiempo pasado en nosotros:

El pasado que un día fue presente puede ser rememorado y traído a la conciencia, hecho conciencia; lo cual quiere decir libertad.[...] La necesidad de fabular proviene, sin duda, de este pasado puro, que permanece vacío, que no puede llenarse con recuerdo alguno[...] Al no poder llenar con nada este pasado puro se le siente como perdido. Y así el vivir humanamente comporta el sentir haber perdido algo, y en consecuencia, estar ‘así’, de esta manera, sin que hayamos conocido jamás otra⁸⁰

El filósofo descubrió el no ser en todas las cosas, dice Zambrano, desde el no-ser en el conocimiento hasta el no-ser en el amor. Descubrió en todo caso, esa carencia, la falta de ser. Su ser mismo no estaba “empeñado”, no se le debía a nada ni a nadie, quizás sólo a la soledad que le permitía disponer de la diaphanidad necesaria para que el ser, un día se dejara acceder por él. Hasta que el ser, un día se disminuyera a ser objeto del conocer. Por ello la razón cada vez más fuerte y omniabarcante, por ello la razón le concedería a placer la gracia del ser a las cosas, la objetividad.

María Zambrano nos habla del sacrificio en las antiguas y sabias civilizaciones, de esta aun poética manifestación de la pérdida consciente, que el hombre le concedió a los dioses para salvar o ganarse su Ser. Ahora vemos cómo, también, el inicio de la realidad humana está en un comenzar a ceder. La modernidad ha hecho lo contrario, ha apretado el espacio, lo ha limitado y cuadrículado, de tal manera que el sacrificio ya no sea más consciente. Lo que de grandioso tenía y tuvo este ritual iniciático, fue la aceptación de ese padecer por lo ajeno, el hecho de que se comenzaba a presenciar el diálogo y la necesidad de entablar relaciones para encontrar el sentido de las cosas en su conjunto. “La caridad es la salida de la tragedia”.⁸¹

La tragedia, que fuera una de las más grandes creaciones del mundo griego, de la cultura y de la conciencia del hombre en ese tiempo. “No hay superficie hermosa sin una profundidad espantosa”⁸² dice Nietzsche; solamente a través de la representación de la tragedia se mostraba el *fatum* que sometía a la libertad humana. El espíritu del alma se ennoblecía al comprender la tragedia, la pérdida, el fracaso de tantas maneras prevenido,

⁸⁰ *El hombre y lo divino*, p. 287

⁸¹ *Hacia un saber sobre el alma*, p. 141

⁸² F. Nietzsche, *Fragmentos póstumo*, Ed Tecnos. Madrid, 2002, p. 32 fragmento 7/91

haciéndose contundente a pesar del esfuerzo humano. Quizás lo único que en estas desgarradoras obras trágicas se podía asimilar era la inherencia de una ontología trágica contra con un anhelo irrefrenable de cumplir un proyecto humano, de por fin alcanzar el ser y su última claridad. Por ello el autor de *El origen de la tragedia* sentenció tan negativamente como lo hizo hacia el maestro occidental por excelencia: Sócrates y lo que de su paradigma extremadamente esclarecido se heredó posteriormente al pensamiento de nuestra tradición occidental.

El fenómeno de lo trágico para Nietzsche⁸³ abría las dimensiones poco visitadas, hacia un descenso a las verdades más íntimas de lo humano, el dolor en su máximo esplendor, la efímera alegría. Lo dionisiaco y lo apolíneo. Así, resulta que la propuesta de Nietzsche fue la de engendrar a un Sócrates trágico, el músico, el héroe finalmente vencido, pues no existe héroe sin su derrota. Aquél espíritu trágico era la realización armónica del conocimiento más primario del hombre. Las pasiones que se expresaban en la tragedia hacían al hombre aun más consciente de su contingencia, por ende lo incitaban de manera más positiva, más auténtica. Por ahora lo que prevalece es todo lo contrario, al querer ganarle a la vida, al defender con todo poder humano un status de realidad, se acortaron horizontes clave. La pérdida y el sufrimiento siempre han sido puntos cardinales por los que la religión, todas las principales religiones trazaron sus doctrinas. Por otro lado, la afirmación del dolor –que muchas veces significa la incitación misma hacia- la aceptación y sacrificio como maneras de acceder a lo divino.

En *El libro de Job* encontramos el sufrimiento en su misterio más desconcertante, no hay un por qué –desde la visión de la víctima- que justifique el daño inmerecido, lo único que sabemos nosotros al leer el pasaje es que Job está siendo provocado por el mismo Dios, tentado por el mal. Pero ¿qué es lo que prueba esta calidad de sufrimiento? ¿Qué rastros quedarán de su fe, de su relación con Dios después de enfrentar cada uno de esos fracasos? Fracasos porque pienso que de ninguna otra manera podría haber pensado Job su vida, en tal circunstancia, su *éthos*, para él y el propio Dios eran ejemplares. La pérdida de todo le haría ver un absurdo en la coherencia de sus actos, su fe, y su destino trágico. Si no, de qué otra forma hubiera sido lícito entender el largo gemido de Job desgarrándose, pidiendo, rogando al cielo una respuesta.

El porqué nace violento, con mayor fuerza porque viene desde las entrañas. “La verdad sobre el origen del sufrimiento es esa ansia que empuja hacia abajo”...reza una de las verdades de Buda. La cesación en el budismo también se traza sobre el eje de la

⁸³ Cfr. Nietzsche, *El origen de la tragedia*.

falta, al negar la indigencia, y con ello el deseo, un camino a expandir la conciencia universal. ¿Pero seguiría siendo humana este tipo de conciencia totalizadora? ¿No es acaso, la singularidad de esa necesidad tan primitiva lo que empuja también hacia arriba? Una vida carente de deseo, sí, cancelaría sus pasiones respectivas y también anularía el sufrimiento y el aprendizaje que de éste ocurre; ¿pero no cancelaría simultáneamente todo fundamento para podernos llamar personas? Religión y sufrimiento, quizás la una surgió porque la otra era esencial, como alivio, la esperanza del alivio se diferencia totalmente de esta anulación, abandono de toda ansiedad, de la posibilidad de no padecer lo que se es.

Ahí donde hay vida humana también hay sufrimiento, cada uno se alimentara del otro, coexisten. La naturaleza misma se vuelva hacia el hombre, nos lo cuenta la historia de nuestros primeros padres, les es impuesta la conciencia del sufrimiento, la pena del mal. La pena del conocimiento, pero antes que esto, les es inflingida esta capacidad, casi, podríamos entenderlo como obligación a salirse del orden que brinda la inocencia. Escribe Zambrano:

[...] el hombre se padece a sí mismo y por lo que ve. Lo que ve le hiere, le puede herir aún prodigiosamente para que su ser se la abra y se le revele, para que vaya saliendo de la congénita oscuridad a la luz, ésa que ya hirió sus ojos —heridas— cuando los abrió por primera vez, cuando salió de su sueño y vio su sueño.⁸⁴

Una revelación que hiere muy pocas veces se origina desde otra cosa que no sea la pasión bajo la cual se siente el abandono, el abandono de los dioses, el otro, el exilio de la tierra donde se nace. El abandono desde donde sólo se posee aquello de lo que se ha sido desposeído, ahí está el peso de la ausencia, y esa capacidad sólo humana de traerla a la memoria del alma, desposeída. Y aquello “que no se puede llegar a ser como ser propio” se vuelve contra nosotros. Nos hace falta, nos envenena con un reflejo de nostalgia. Porque todo aquello que se desvanece ya ocupó alguna vez un sitio, y se transforma en fantasma, fantasma con el cual se comparan otras presencias.

Fantasma con el que se juega una y otra vez una dialéctica de ausencia presencia. Quien ha perdido un amor o una idea de sí se conduce de forma distinta, se hace de una peculiar extrañeza que es añoranza. Y en esta no resignación, se va haciendo el futuro de quien lo recuerda, el largo camino de la construcción del hombre está ligado a sus

⁸⁴ *Los bienaventurados*. p. 30

pérdidas. Y aquel lugar donde se siente con mayor fuerza el más hondo dolor, la falta más manifiesta, está dónde está también el más alto de los deseos del hombre.

El amor nos lanza hacia el futuro obligándonos a trascender todo lo que promete. Su promesa indescifrable descalifica todo logro, toda realización. El amor es el agente de destrucción más poderoso, porque al descubrir la inadecuación y a veces la inanidad de su objeto, deja libre un vacío, una nada aterradora el principio de ser percibida.⁸⁵

El ser humano es una criatura fragmentada que expresa la eterna nostalgia de su logro, y existe aún más dentro del ámbito de lo que no revela de sí mismo que en lo que sí manifiesta. Que en donde se suspende un proyecto humano importante anda cerca el advenir de la locura, la revelación o la evolución en el entendimiento de las causas. Perder es también *perderse*, porque cuando los caminos no quieren llevar a ninguna se vuelven laberintos, piensa María. Se fragmenta el ánimo y se confunden las salidas.

Y es que un fracaso es terrible -aunque eventualmente puede devenir algo positivo-, puede hacer temblar todo lo ganado en una vida, cada certeza, a la moral, y a la identidad que también se juega en ese oscuro combate entre lo que se conserva y lo se arrebatada en un desencuentro. Todo ese laberinto armado por nuestras esperanzas, por nuestros sueños particulares de alcanzar integridad se ve cercenado, y nos preguntamos si ese modo de orientarnos era el adecuado, entonces hay que reconocernos nuevamente, repensar.

El corazón es el albergue de la promesa, de la esperanza, pero también es ese lugar donde se ahogan las incertidumbres y se afianzan los temores de la desaparición, la desposesión, de algo que era parte de un horizonte esbozado, parte íntima del engranaje de la existencia y lo que con ella se va juntando. Zambrano reflexiona sobre esa promesa que nos hacemos todo el tiempo de ser alguien, de recuperarnos algo de lo perdido o hacernos ese ser desde la nada. Es la promesa que emerge junto a la aparición de lo divino, del amor, de lo ético, del arte y de la misma ciencia. Todo aquello que llega como redención, refugio, encubrimiento parcial, de un ser que necesita hallar el sentido del vacío primario en algo o alguien que se encuentre más allá de sus fronteras, de su propia existencia individual.

⁸⁵ *El hombre y lo divino*, pp. 255-256

1.2 La falta ontológica como móvil en la acción humana

*El problema está en que
el conocimiento todavía
no se halla a la altura
de la libertad...*

R. Safranski

Para María Zambrano toda cosa que viene al mundo es ya, por excelencia, la muestra de una injusticia que sólo podría ser superada si en verdad todo fuera recuperado en el *ápeiron*, la indeterminación absoluta donde la comunión es ya oscura e indescifrable, totalizante pero a su vez deshumanizante. No es así en el caso de la acción humana, que se encuentra atada a una cadena por la inexorable tendencia a ser "independiente". Pero para Zambrano "no hay razón para que algo sea independientemente, para que algo se aparte del mundo y rompa su armonía [...] Porque todo ser algo significa ser a costa de algo; ser a costa de que algo no sea"⁸⁶.

Para encontrar su ser, dominarlo y dejar de sufrir el arrollamiento de los dioses, Grecia tuvo que crear esa ciudad "donde se realizaba su ser", el ser del hombre, su guarida propia, el *éthos* que sólo recaía en un logos que la filosofía podría ordenar. De modo que "Platón en su afán de independencia humana, por su hacer salir del orbe la tragedia, reunió el contenido humano y lo puso bajo el mando de la razón"⁸⁷. Fuera así quedaba la poesía, la portadora de los contrarios, de la embriaguez que ensombrece la razón y le da lengua al delirio, al miedo, a la desesperación y al infierno.

Pero como la angustia es ante todo el principio de la voluntad, como pensaba Schopenhauer, hay algo lejano a lo que no es posible acceder y que esgrime nuestra existencia, y es que no podemos saber lo que nos empuja a actuar con una razón lógica. La volición no sale a la luz por el vehículo del conocimiento, no es algo deducible de una certeza clara, antes bien, es algo que no sabemos definir, pues es de un carácter interno, casi sombrío: "la esencia interior y primigenia del mundo no es conocimiento, sino solamente voluntad, una voluntad carente de conocimiento"⁸⁸.

Pensando desde una angustia se toma posesión de algo, porque es angustia de libertad lo que queda, cuando el hombre es consciente de su humanidad contingente, de

⁸⁶ *Filosofía y poesía*, p.29

⁸⁷ *Ibíd.* p.32

⁸⁸ Rüdiger Safranski, *El mal o el drama de la libertad*, Ed. Tusquets, Barcelona 2000.p.74

la libertad desde la que hay que elegir, elegirnos, a partir de lo que no se es, elegir aun en la certeza de que estamos rodeados de posibles e infinitas circunstancias. El hombre habita el mundo como el negativo de esa falta, se encubre de ella cuando la siente, sin saber aún identificarla. El ser humano reaparece por la voluntad de querer y se define por esta urgencia de querer, de querer ser y reafirmarse en él, cuando ello no sucede se dice que algo en él se ha frustrado. Fernando Savater dice que el ser humano, quiere no ser una identidad cerrada, idéntica, sino "abierta a lo posible y autodeterminada"⁸⁹, lo que implica seguir deseando lo que evidentemente está fuera de sí. Todo lo que viene de afuera es o comparte algo del "yo" porque está dentro del querer mismo y por ende, acompaña el impulso de hacer, porque sólo se identifica el hombre como uno cuando tomo consciencia de los demás. La identidad se funda en relación a lo diverso.

El hombre actúa según lo que se va haciendo reflejo para él, es decir, sus mismos deseos y objetivos se aclaran en una convivencia. Pero en un mundo de multiplicidad los motivos de la acción son incontables, no así, que sus efectos sean capaces de mostrar indirectamente los anhelos de todo un pueblo, así como sus respectivos horrores, los productos del único ser que se forma con cada ejercicio de su elección, de su necesidad de lograrse. Tómese en cuenta el problema que hablar de libre albedrío nos genera, ciñéndonos a la aceptación de que se elige de acuerdo a la falta, a su revelación a la conciencia bajo las referencias diversas de una estructura singular.

Los muertos ya no tienen deseos, afirma Zambrano, la aparición de la vida surge junto al motor de acción como seguimiento de existencia, es imposible no relacionar la vida con el nacimiento del deseo, desde el más básico hasta el más utópico. Con ello la acción que produce el ser humano ético o no, y en base a ello es la transformación continua que llama la voluntad de ser y de hacer. No existe ser humano completo, ya que en el caso en que nuestra falta ontológica se colmara nuestra existencia se transformaría en un desierto de sin sentidos, la inercia de la satisfacción destruiría, entonces, junto al deseo cumplido, cada cosa, cada ser. Todo se congelaría en el tiempo de un cementerio.

La completud y la inapetencia acabarían por arrojar al hombre al vacío de la existencia, es decir, le dejaría en la cesación. Sin embargo, la elección y la ejecución quedan muy lejos de ser algo que el hombre lleve fácilmente, aun siendo ésta la más auténtica manera de mostrarse, muy a pesar de que es su única manera de estar en participación con su entorno, ya que la ineludible necesidad de elección lleva en sí una brizna de tragedia, de fallo, de humanidad.

⁸⁹ Fernando Savater, *Invitación a la ética*, p.63

El hombre se forma por aquello que va decidiendo, es aquello que decidió, es la determinación de una posibilidad pasada y de la posibilidad futura. Entonces "el hombre es insondable porque tiene sus fundamentos delante de él" siempre.⁹⁰ La movilidad humana guarda siempre una relación con algo, no se da en soledad porque se elige frente al mundo, ante ese otro que nos dio una referencia en primera instancia: la madre, el lenguaje, el mundo ya configurado bajo ciertas estructuras. Posteriormente la historicidad y contingencia del ser humano le llevarán a una elaboración del horizonte, que no deja de lado ningún accidente, pues en esta vulnerabilidad del ser es donde entran con mayor fuerza las determinantes a veces menos comprensibles de una forma de vida. Cualquier añadidura en el curso de su existencia, se convierte, a su vez, en un atributo listo para infligir su efecto en la acción humana subsiguiente.

En ello es posible notar como la falta, que ciertamente tiene un carácter de negatividad ontológica, funciona imperativamente en los cada uno de los sucesos de una elección de vida, y como, de acuerdo a los móviles que ésta haya acentuado, ya sean proyectos, frustraciones, pérdidas, anhelos, vocación, desencuentros, etc. etc. será que emerjan una infinidad de deseos contrarios, de goces, de manías, de locuras y grandezas, de afanes tan distintos. Ciertamente es que la imposibilidad de acceder de manera total a ese "otro" es una ventaja para la relación entre dos seres, pues en esta relación se salva un dejo de algo inaccesible, y aunque la complementariedad une, en este sentido, las necesidades de cada ser así manifiestas en efectos tan bastos. La indeterminación de cada cual actúa como un misterio, y niega, o se empeña en negar, la cosificación del hombre –cosificación que ha sido ya puesta en duda por las preocupaciones de las filosofías críticas más recientes como Marcel o Heidegger-, Alberto Constante nos remite a ello muy claramente cuando escribe que:

El tema radicalmente ético del reconocimiento es que no puedo recibir del otro más que lo que generosa y libremente pongo en él. Cuanto más le niegue, de más realidad me verá privado. En cuanto mutile la infinitud del otro, en cuanto le condicione determinándole como cosa, perderé la realidad misma de mi infinitud auto determinante que sólo él puede proporcionarme⁹¹.

Lo ético difiere de lo moral en su relación con la falta ontológica que origina que lo primero se apure como una necesidad de proyectarse a sí mismo en el hombre, pues la ética se

⁹⁰ Rüdiger Safranski, *El mal o el drama de la libertad*. p.128

⁹¹ Alberto Constante, Manuscrito *El extrañamiento ante el mundo*, obra que el autor nos facilitó aún en la reescritura.

desarrolla entre la autoformación del individuo a partir de su propia existencia, de lo que va proyectando como su ideal de ser. Se existe bajo un modo reflejo, vinculado al entorno, al otro. En un mundo de relaciones que el estadio del espejo lacaniano le otorga, la obtención de cierta autonomía sólo sucede si el yo es diverso del tú, tú que a su vez refiere de vuelta al yo. En esta dinamicidad de sentidos llega a concretarse una acción específica. La moral, en cambio, instaura los códigos de prohibición a partir de los cuales una comunidad debe atenerse, no por principios ontológicos toda vez, sino por acuerdos e intereses que han sido creados para salvaguardar la integridad del hombre en sociedad, con las normas más básicas, hasta convertirse, a través de los vuelcos de la historia, normas relativas a lo social, a la cultura y muchas veces al poder en curso. La moral no sugiere que sus códigos hayan sido valorados previamente por nuestra razón o ejercidos por voluntad propia, porque ciertamente proviene de un paradigma externo.

Para Hegel, por ejemplo, la eticidad surge en el ámbito del pensamiento de la conciencia cristiana como la síntesis de la voluntad particular del hombre actuando a favor de la conciencia universal de dios, con una misma finalidad. Es decir, allí donde se une la voluntad divina con la teleología de mis actos, es donde la coincidencia en la acción y en los fines puede llamarse ética. La moral, en cambio, surge para este autor junto a la conciencia judía, así explica Hegel, la normatividad heterónoma de esta religión básicamente.

La acción, y por tanto la ética, en cada caso la provoca "el dolor de la conciencia humana que sabe que la verdad la trasciende siempre, que constantemente debe superarse para alcanzarla y que, sin embargo, dicha verdad no puede faltar en el para sí de la conciencia, en la certeza subjetiva."⁹³ La historia efectiva del ser humano es el producto de sus acciones, de la libertad con la que debió de decidir por una o varias de todas sus posibilidades.

Lo que quiero tocar en este capítulo no es de ninguna manera toda la problematización que podría surgir del cuestionamiento de las acciones de lo humano, y sus causas y efectos en su entorno presente histórico y hermenéutico sino la causa principal que empuja al hombre a ser el transformador de su entorno. Pues bien, si hay definiciones del hombre que se basan en que el hombre es tal por su capacidad de comunicación con los tres elementos que le rodean en el mundo, divinidad, naturaleza, y semejante, es necesario mencionar que esta necesidad de comunicación y

⁹³ Jean Hyppolite, *Génesis de la estructura de la fenomenología del espíritu en Hegel*, p. 182

transformación de energía y sentidos nace de la conciencia de la infinitud paralela a la conciencia de la carencia ontológica que venimos mencionando en todo el texto.

El ser humano entonces encuentra con en el obrar una de todas esas posibilidades de ser, y en cada acción se continúan generando sentidos propios, en cada acción se va conociendo algo del actor que la efectúa. Pero se acentúa la dificultad de pensar en esencias inamovibles nuevamente. Se entiende con ello que quizá nuestra estructura incompleta nos permite aseverar que sólo por su causa, y en la generación permanente de la ausencia y la angustia, es posible la aurora de la conciencia. Ese empuje por movilizar las herramientas de comunicación que abren paso a lo humano. Eduardo Nicol nos aclara al respecto:

La palabra esencia entraña algunos riesgos, cuando se emplea como categoría ontológica y no en las acepciones admitidas en el lenguaje común. La esencia implica la unidad entitativa, que es base de la definición para todos los individuos de una misma clase. Esa definición implica además algo definitivo e invariable en el se definido. Pero, en el hombre, lo definitorio es justamente la variabilidad. Es común y constante en todos los individuos la estructura de los factores de acción; el resultado existencial de los mismos es la diversificación entitativa [...] En la ontología del hombre lo que se sustrae al cambio, y permite comprenderlo, es la forma como se produce, y esto quiere decir: la forma en que un ente cambia su propio ser en la acción. La tradición define muy correctamente la existencia como el acto de ser. En el hombre, este acto es una acción.⁹³

Cuando el dicho acto de ser va ligado a buscar y elegir por algo de lo que se carece aún, algo de lo que se carece siempre, ese ser menguado concibe a su vez aquel placer en el conocer, de ahí nace su añoranza, su querer y desasosiego.

El hombre ético ya ha aterrizado en esa vacuidad, es quien ha dado un sentido a ese cúmulo de ausencias y es quien le ha dado un lugar a las presencias del pasado. La precariedad del hombre es incapaz de otorgarse un motivo en soliloquio, ha de llamar al otro para simbolizarse, ha de hacerse un proyecto de interminable acción, porque aun en el padecer algo se hace, o se deja de hacer, se elige, al final, en este doble engaño de la libertad de hacer, y la contundencia del límite que está cercándonos a cada paso que damos. Somos herederos de la acción de otros, de nuestros padres, de nuestros tiranos, de nuestras esperanzas no borradas y de las arañadas por el tiempo. Como constructores de nuestro horizonte, cada vez más ajenos a lo real, en la enajenación de un mundo lo

⁹³ Eduardo Nicol, *La idea del hombre*, FCE., México, 1998. p. 41

suficientemente extrapolado, nos hemos rebasado en la contradicción, si hay algo que todavía sigue haciendo estertor allá afuera y adentro es la pregunta, ética, por cierto:

¿Cómo es que en un espacio tan cerrado como es la subjetividad, el hombre moderno no se ha detenido a pensar en sus razones, o si los productos de sus deseos supra racionales no han acabado por derrumbar ese espacio reducido de sosiego, su libertad, y su tiempo? ¿Cómo, y a partir de qué ensueños, estamos hoy por hoy construyendo nuevas realidades, votando por lo imperceptible, devorando el hueco en que subsiste toda relación con la naturaleza para ganarnos un punto de fatua seguridad?. Se decide sobre algo que es, todavía más contundente, se decide sobre el otro, sobre otro que soy yo recae la acción.

Pero si nuestras acciones se dirigen sólo al blanco del objeto sometido es inevitable la catástrofe de ir perdiendo cada vez más al otro en la seducción de un tener exacerbado, del poder, que no nos hace menos faltos, pero sí menos reflexivos, como pensó Heidegger, nos hacemos cosa, recurso humano dispuesto, anulando la posibilidad de tener proyectos que se fijen de lo que somos y vamos siendo, que es al final, la única real elección sobre sí mismo, la única y real manera de ser responsables de nuestra libertad, que hoy en día está tan puesta en duda.

Para empuñar tal libertad habrá que ejercer una acción para que reconozca al mundo y al ser humano. Acción que requiere en todo momento una comprensión diferente de nuestra condición: "Cuando mas tienda a desaparecer el sentido de lo ontológico en una persona más ilimitadas le resultaran sus pretensiones, incluso hasta de alcanzar una especie de poder cósmico, porque cada vez será menos capaz de interrogarse sobre los títulos que pueda tener para ejercer ese poder".⁹⁴

⁹⁴ Gabriel Marcel, *Aproximación al misterio del ser*, Ediciones Encuentro, Madrid 1987. p.58

2. Finitud y diferencia ontológica con lo "Otro", lo divino.

*¿Y quién asume la grandeza
si nadie asume el desamparo?*

Octavio Paz

El ser humano, éste dotado de precariedad, convivirá con el mundo que le rodea de manera confusa hasta obtener una independencia que solamente la conciencia procurada por una alteridad revelada es capaz de hacer surgir. Hasta obtener la visión que le falta el ser humano comenzará a crear su propio espacio vital. Para Zambrano, antes de que surja la razón humana como certeza, será necesario atravesar un periodo de inaccesibilidad con la naturaleza y con los dioses ocultos, aunque ya siempre presentidos. La aparición de lo divino acaece, para nuestra autora, luego de un tiempo de ceguera y angustia existencial, provocado por la falta ontológica. El ser humano no obtiene con ninguna sencillez la visión que requiere para comenzar a moverse en el mundo sino por medio de una relación que vendrá a ser el punto medular de la articulación de la idea de todo lo humano.

En principio, la falta ordenará por sí misma un sentimiento de perentoria necesidad para que aparezca el "Otro"⁹⁵ a ordenar ciertas cualidades morales, espirituales y ontológicas en las que el ser humano pueda identificarse; de manera que el hombre, luego entonces, se encuentre con la posibilidad de relacionarse con sus semejantes, a saber: el "otro", y con ello, con su propia individualidad que todavía no se hace patente. Pues, la realidad en que cae lo humano inicialmente, dentro de lo natural, no tiene un lugar que ofrecerle, no otorga respuestas hasta que éstas son requeridas por el hombre que está solo. Cuando el ser humano no ha encontrado un espacio de relación es fácil caer en el delirio de no estar más que en un afuera inextricable, de encontrarse a sí mismo extraño.

Puro misterio del orden de las cosas en un silencio inagotable que sólo podrá hacer hablar la voz de una divinidad. Zambrano afirma que esta primera relación que

⁹⁵ Grafía: Zambrano entiende al "Otro" como lo divino, y "el otro" como el semejante, "lo otro" será la alteridad de la naturaleza misma y de la realidad que se impone al hombre al entrar en el mundo de las cosas.

busca desentrañar la realidad y encontrar otra identidad en el mundo que fundamente lo humano, la entrañable relación entre lo divino y lo humano, es algo que el mundo moderno olvidó: Esa quizá hoy cansada necesidad religiosa del Otro accionará el despertar paulatino de la razón que lo caracteriza hoy en día, y que paradójicamente exilia toda raíz de lo divino. Zambrano afirma de cualquier modo que "podrían dividirse las cosas de la vida en dos categorías: aquellas que desaparecen cuando las negamos y aquellas otras de realidad misteriosa que, aun negadas, dejan intacta nuestra relación con ellas. Así, eso que se oculta en la palabra, casi impronunciable hoy, Dios.⁹⁶

El hombre entenderá su falta ontológica de muchas maneras, entre éstas, reduciéndose a lo Absoluto, a un ideal metafísico capaz de proyectarse en la vida del hombre como una resistencia, pero al mismo tiempo, como un diálogo. Donde encuentra un modo de salir de una existencia inmediata, de contrarrestar los impulsos externos, la llamada contra voluntad que ejerce toda realidad independiente. La libertad humana no se hace más grande en cuanto se ensanchan los límites del hombre, sino, por el contrario, se hace más insostenible, de ahí que traer al espacio profano las respuestas divinas sea una de las primeras acciones más humanas.

Por ello, dice María: "reducir lo humano trae consigo, inexorablemente, el sitio de lo divino, en esa forma en que se hace posible que lo divino se insinúe y aparezca como presencia y aun como ausencia que nos devora"⁹⁷. Entrar en razón y reducirse significa también recobrase, recuperar la divinidad como un fenómeno místico, más real, no como la imitación del hombre moderno que se endiosa y que se vuelve insaciable, destructor de sí mismo. La conciencia entra en su lucidez por medio de la alteridad que presenta esa realidad, la que se origina con la aparición de los dioses en el recinto de lo humano. Donde sólo en el pacto -comienzo de un diálogo, comienzo de una resistencia, de una petición y de un sacrificio- de lo divino con lo humano podrá mitigarse la angustia de ser que padece su existencia incompleta.

La falta ontológica que lo marca, le destinará a una libertad que posteriormente buscará su descanso y afianzamiento en el Otro y en su semejante. Resulta pernicioso pensar una historia de lo humano reduciéndolo todo al nacimiento de la razón cuando, por el contrario, éste comienza a edificarse según la relación que lo define, lo opone o le asemeja con sus primeros dioses, con las primeras promesas de ser que obtiene del Otro. Con esa ausencia humana que siempre llama a otra presencia. Para la española, contar

⁹⁶ *El hombre y lo divino*, p. 126

⁹⁷ *El hombre y lo divino*, p.25

con ese Otro, es el principio que le dará al hombre la posibilidad de hallar cierto alivio a su inanidad. Los dioses, en ciertos momentos de lo existencia, la más urgente de sentido, tienen un papel esencial por la manera en que son trasladados al mundo de lo profano. Por el modo en que son recuperados en la realidad cotidiana del hombre, que por fin se hace visible, ordenada, "razonable" y eventualmente justificable.

Aunque lo divino no se deje ver, el hombre siente su presencia (o quizá su ausencia insoportable sea lo que haga posible la idea misma) y su necesidad de traerlo al mundo con un lenguaje que éste pueda descifrar: "porque los dioses están siempre presentes pero no se les ve[...] el amor ha surgido en toda su fuerza frente a lo que no se deja ver, sino en raros y preciosos instantes [...] cuando una realidad deslumbrante aparece en su brevedad, como manifestación de algo infinito"⁹⁸ Mediante la conexión con los dioses se logra salir de la inmediatez, del miedo, de la extrañeza que le provoca la conciencia, se ha sacado de las entrañas que padecen la falta el diálogo con la diferencia y el punto central del conocimiento y del encuentro amoroso también.

La fragilidad de su ser es reconocida al hacerse conciente que de sí mismo no puede obtener la seguridad de nada, puesto que no sólo lo externo le es extraño, sino que también lo es su propia identidad. El mito del semidiós Prometeo y su ejecución para la causa humana es, para Zambrano, un paradigma de la lucha que se libra por instaurar el fuego de la razón, la identidad también viene con un cierto control sobre las cosas, por el afán humano de iluminar, por sí mismo, su destino. Ganándose el exilio divino, el titán se revela en aras de una libertad ética, el fuego obsequiado al género humano le da el poder al hombre de transformar las cosas, de independizarse y de revelarse. Si lo divino no entregaba respuesta alguna al género humano, el hombre despertaría de otra manera para preguntarse por las cosas.

El fuego no será sólo uno de los elementos básicos de la subsistencia humana, sino que será la metáfora de la iluminación, del hallazgo del mundo interior, de la perplejidad y la necesidad de justificar con la razón el acto cometido. La razón y el orden del caos será alcanzado como una gloria final, después de una guerra sin ley porque toda está permitido entre titanes y dioses. El hombre, por su lado, se encuentra con la ley del exiliado, del desvalido, del huérfano olvidado por los dioses. No habita más en el caos, pero se encuentra otra vez solo con una responsabilidad acrecentada: el fuego de la razón y la capacidad de cuestionar lo divino. Y con ello el riesgo de una fantasía de querer apoderarse de lo que éste no puede llegar a ser.

⁹⁸ *Ibíd.*, p.40

El cristianismo narra el exilio de Adán y Eva, destierro causado nuevamente por esa insatisfacción de vivir en un paraíso donde el hombre puede ser feliz, aunque no es libre de conocer el misterio más allá que la serpiente del conocimiento y el mal ofrece revelar. La serpiente se le presenta a Eva simulando un rasgo intuición, curiosidad nata desde el inconsciente, ¿es acaso la serpiente la imagen figurada del sentir básico de la falta ontológica?, ¿de la insatisfacción por lo ya dado? Esto, si bien no es conocimiento, en primera instancia, sí es el principio de éste. Zambrano piensa que “la libertad no es otra cosa que la transformación del destino en cumplimiento, en realización llena de sentido”⁹⁹. Es decir, en rompimiento de la regla, y lo humano siempre quiso estar allende toda regla. La fatalidad humana es, para nuestra autora, esa presión del destino humano que le obliga a seguir el curso de la libertad, en principio, vacía. La fatalidad del hombre es la de no poder ordenarse entre las cosas de la naturaleza, el asombro que nos hace creadores de mundos en el sentido heideggeriano, también nos muestra la precariedad en la que nacemos.

La tragedia del niño que se ha quedado huérfano y que no puede hacer germinar otra esperanza que no sea la de cumplir el proyecto de reencontrar su hogar, su cimiento, su ser. Para Zambrano fueron las deidades olímpicas quienes mejor propiciaron la filosofía tal cual se dio en Grecia, pues el pensamiento de los presocráticos no pudo llegar antes que el hombre sintiera su orfandad: “los dioses griegos crearon en mayor proporción que ningunos otros, el espacio de la soledad humana”, por eso hubo lugar para la filosofía, prepararon con su desamparo el puente para que la inteligencia humana, “en el largo camino de su entrada a la soledad”¹⁰⁰, fuera en búsqueda del ser con el que no había nacido. La inagotable búsqueda por el ser que no se es, no se tiene, pero que se quiere, siempre, un día lograr ser. “Es sólo después de pordiosear en vano, cuando la súplica se trasforma en exigencia, y con ella, nace el pensar”¹⁰¹

Así puede ser entendido también el rompimiento de los primeros padres del cristianismo. Su “alejamiento” con lo divino como algo necesario para que llegase el sentido creador a la vida humana. Para sujetar su existencia el hombre debió de colocarse en el sitio mas inestable: su libertad y desasosiego como tierra de acción propia, su libertad como consecuencia de su falta inherente, que nunca fue el pecado en sí, sino la insatisfacción de una nada que late dentro de sí como potencia activa. En tragedia se convierte también, como lo señala Constante, esa apatridad del hombre

⁹⁹ *María Zambrano, La visión mas transparente*, 2004. p.265

¹⁰⁰ *El hombre y lo divino*. p.58

¹⁰¹ *Ibíd.* p. 147

moderno que aún no ha podido acabar de habitar el mundo por él creado, donde las cosas han quedado aniquiladas en su ser original mientras el hombre las hace suyas.¹⁰²

Ese “tener cada uno de nosotros el valor de vivir entregándonos a nuestra propia desolación”¹⁰³ y más allá todavía, apurando la ética como esa manera de manejar la libertad humana con la herramienta de esa propia fragilidad, con la experiencia única de la soledad:

La identidad perfecta, la forma ideal, excluye por completo la tensión de querer que hemos llamado yo; el egoísmo no puede renunciar al cumplimiento creador de la perfección ni dejar sentir cada paso hacia la identidad perfecta como una mortal amenaza de cosificación. En esto consiste propiamente la raíz trágica de lo humano.¹⁰⁴

Sin embargo, la tragedia del hombre, dice Zambrano, se extiende hasta la de no poder vivir en la ausencia de los dioses, ya sea bien para afirmarlos, o bien para negarlos, se sabe que hemos de vivir ante ellos o bajo de ellos; cobijados por ellos o dejados a nuestra suerte. Padeciendo nuestra incompletud sin respuestas. A pesar del dejo y la indiferencia con que los dioses griegos se hacen patentes, ésta hará posible por lo menos una certeza para el hombre, la necesidad de “preguntarse por el ser que no se tiene y que se necesita”.¹⁰⁵

Bajo este orden de relaciones de amor—odio- indiferencia-exilio entre los dioses y la humanidad, es posible reflexionar sobre la noción de la piedad que recupera la obra zambraniana y que la filosofía idealista ha tendido a destruir. La relación de piedad” se entiende como el trato adecuado con la alteridad cuando ocurre la confrontación de dos o varios seres que se hallan en niveles ontológicos diversos. Ya sea en la relación de lo divino y lo humano, el hombre y la naturaleza, o lo divino y la naturaleza, con la realidad que es siempre plural. La filósofa española recupera el concepto de piedad como un sentir ético que coloca al hombre en su espacio ontológico y que le permite, a su vez, reconocer través de éste la primera noción diferencial de lo humano, principalmente en el trato inicial con “lo otro”, es decir, con la realidad, con todo aquello que es contra voluntad. Posteriormente, este trato será el primer puente entre dios y el hombre. Antes de que la unidad llevada a la filosofía haga la partición de lo que entra dentro del orden del ser y lo

¹⁰² Ver ref: Alberto Constante, *El asombro ante el mundo (o el infinito silencio)*, Ed Arlequín, UNAM, México 2005, p. 25

¹⁰³ María Zambrano, *La visión más transparente*, p.222

¹⁰⁴ Fernando Savater, *Invitación a la ética*, p.20

¹⁰⁵ *El hombre y lo divino*, p. 59

que no, existirá un trato, un primer sentir entendido como piedad. Zambrano explica con nitidez esta transformación del hombre hacia la piedad:

Ante esa realidad primera, indescifrada, que no se ha dado a sí misma sino como inmensidad y enigma, el hombre clama ofreciendo sus primicias; ofrece lo mejor. Su vida, antes que a él, pertenecerá a la desconocida deidad que, como nada pide, con nada conforma. No se ha escuchado la primera palabra todavía. El mundo sagrado es la realidad desnuda, hermética, sin revelar. En la inmensidad, el hombre quiere orientarse con estas acciones sagradas. Lo primero que se le ocurre no es pensar, sino hacer. En el hacer hay algo más pasivo que en el pensar; la acción sagrada es una acción pasiva, como se muestra en toda ambigüedad del sacrificio, suprema acción que un hombre o una estirpe solamente tiene derecho a realizar y que siendo ofrecimiento es respuesta a esa presión que la realidad sin límites ejerce.¹⁰⁶

Sin embargo, la piedad no se ejecuta más en el racionalismo ilustrado, ni en la modernidad occidental, que en su abstracción, fue interpretando todo como parte de una fuerza natural racionalizada, dejando a un lado la posibilidad de unión y comprensión de realidades diversas que la piedad como un sentir de realidades plurales permite que suceda. Una vez aniquilado el pacto sacrificial, se anula esta convivencia de realidades tan importantes. El saber inspirado es el primer saber que se le presenta al hombre, aunque a diferencia del conocimiento científico, éste es recibido por un "otro" y requiere mayor disposición "exige una delicada medida", "es un huésped a quien hay que saber recibir y tratar para que no desaparezca dejando algo peor aún que su vacío".¹⁰⁷

Para la filósofa lo más problemático tiene su raíz en esta pérdida, que de hecho, se patentiza en la era moderna con el afán por acotar cada vez más la realidad, y con ello, la piedad al eje del sujeto, su horizonte y su pretensión de encerrar la realidad (principio sagrado) en un todo visible, comprensible y más que nada, "asequible".

Lo humano finalmente se extrapoló con la pretensión de abarcar a lo divino, dejó de preparar la aparición del instante en el que aparece la verdad como manifestación de lo divino y dejó de ofrecer en sacrificio, dejó de callar, conoció la exigencia de la razón. De igual forma se perdió lo que con este pacto se iluminaba, que era, según Zambrano, la realidad en su más clara y verdadera epifanía. El ser que se encontraba reconocido en la piedad (el hombre antes que ninguna otra criatura) se perdió de paso en esa sombra. Aunque los rastros de esta relación se lean hoy en "toda voz de mando, toda relación de

¹⁰⁶ *El hombre y lo divino*, p. 196

¹⁰⁷ *Ibíd.* p. 198

autoridad entre los hombres conserva una huella del ritual del sacrificio, lo lleva como fondo”.

Este fue el entierro al que asistió el hombre, la realidad vuelta otra vez en su caparazón, su realidad oscurecida en una indigencia aún más perfeccionada. Así reflexiona sobre la pobreza que surge del endiosamiento humano, cuando se busca un medio propio, autosuficiente, atascado de lo humano, sin espacio para nada más. Motivo: no tener que supeditarse a ninguna otra cosa externa, no aceptar la ausencia, no ver más la falta ontológica. Junto a esta última acción de empoderamiento surge también la ceguera del reduccionismo, el alma humana se hincha de sí, de nada, porque ya no se mira hacia afuera, sino que se busca todo fundamento desde el a priori de un esquema meramente subjetivo.

Hoy la conciencia y su análisis alejan de lo inmediato la vida, la simple vida. La sola vida ha quedado lejos también para los vitalistas del pensamiento, y aun para todos aquellos infinitamente respetables, amables, predispuestos al amor, que en esta nuestra amenazadora cultura, y amenazante ahí donde llega, se aparecen. Indignos casi de la vida, de la vida inmediata, nos presentamos hoy con técnicas, razones técnicas también, análisis igualmente técnicos de alma reducida a psique, a máquina; invasores siempre, ayer todavía y aún hoy guerreramente y en seguida pacíficamente, industrialmente, donde no nos llaman. Todo es color de imperio [...] Y ahí donde llegamos la danza cesa, el canto enmudece, la ronda se deshace.¹⁰⁸

Lo divino será, para María, esa otra conciencia a enfrentar, desde otro nivel ontológico, mas a diferencia de la humana, ésta será una conciencia omnipotente, omnipresente, infinita y luego dictadora de un orden.

El hombre necesita proyectar en lo divino, en una acción absoluta, el fondo oscuro de sus acciones más secretas, y así descifrar su laberinto. La necesidad que exige amar a lo que se ama, y aún más, lo que se adora, es un afán de poderío con la avidez de absorber lo que se oculta dentro. Se quiere heredar lo que se adora, liberándose al par de ello.¹⁰⁹

Y aunque la relación primaria del hombre con lo divino no se da en la razón sino en la necesidad misma, necesidad de identificar y ver, sí será encauzada por ésta hacia el amor.¹¹⁰ Amor, que en la idea de Zambrano, acaba por liberar algunos monstruos

¹⁰⁸ *Los bienaventurados*, p.16

¹⁰⁹ Pedro Cerezo, “*La muerte de Dios*” en María Zambrano. *La visión más transparente*. p.337

¹¹⁰ *El hombre y lo divino*, p.30

humanos; amor que, por mucho tiempo (en la Edad Media más acentuado aún), acabará resignándose a la mendicidad del que recibe limosna y se satisface en seguir pidiendo.

Es "la forma en que el no – ser se trasforma en alimento, y aun más, en horizonte [...] en fuente de acción"¹¹¹. Pero que no nos libra de la idea de matar eso que nos a su vez nos enajena, no libra el síntoma de buscar la compensación del sentimiento de fragilidad y desamparo en que se vive. El hombre seguirá pidiendo sin saber por qué, mucho tiempo más y hasta nuestros días. Y como la relación entre lo divino y lo humano se hace abismal en ciertas etapas, la razón, con toda razón intentará reducir ese abismo apoderándose de él. Dejándole fuera del orden del conocimiento, o endiosando la razón, suplantado la idea primigenia de lo divino, por esa historia racional y verdadera, espíritu absoluto hegeliano.

La manifestación divina, en sus etapas más lúcidas hace posible el desvelamiento de esa conciencia superior que se sabe a sí misma, saca inicialmente al hombre de la soledad que provoca su andar contingente y errabundo. Luego, ciertamente, le devuelve otra soledad con más sentido, con más necesidades, con más fuerza de voluntad.

Como si con la aparición de un dios el hombre se diera a sí mismo la posibilidad de trazar un camino que seguir, una norma, un cierto orden gracias al cual, como en un espejo, se reflejara, a través de lo divino, la esencia de lo humano. Pero en su momento más audaz el hombre se encargará de transformar esta relación y de cambiar la balanza al orden de su humana necesidad de fijarse en algo como ejecutor.

Fernando Ortega dice al respecto del discurso zambraniano sobre lo divino:

"La realidad de mi yo delimita y exige esa alteridad absoluta, la presencia del absoluto de ser, que como yo mismo es un alguien, sin el que yo tampoco soy un alguien, sino simplemente algo"¹¹². La nada en este sentido no deja de ser esa sombra, ese vacío contrario a Dios, esa no revelación de una realidad donde puedo ser con alguien. Pues lo que el hombre desea es encontrarse con alguien, no con algo, sin más. Después de experimentar la potencia de nuestra caótica realidad la conciencia saca a flote algo que no es ciertamente imposible de atrapar: la idea del sentimiento de indignancia se precipita, haciéndose sensible, ese sentir que no es nada semejante a una idea sino un revés: la nada que devora y "que amenaza a lo que el hombre tiene de ser."¹¹³ Pero por la vía de

¹¹¹ Ibid. p.148

¹¹² *Introducción al pensamiento de María Zambrano*, p.146

¹¹³ Ibid. p. 166

este temor de sentir la nada, el hombre es llevado hasta lo divino, y es que también "dejarse caer, hundirse en la nada es hundirse en el fondo secreto de lo divino".¹¹⁴

La nada nos llama a abandonar toda pretensión de ser, deja a un lado la esperanza aun vencíendola, "cuanto más brote cercana a la nada más auténticamente creación será la obra humana[...] vale tanto sostenerse desde la nada y aun arrastrarla consigo, incorporarla si fuera posible."¹¹⁵ Mediante esa nulidad renace el hombre buscando esa alteridad máxima que sólo se halla en lo divino. Es la "necesidad inmediata de ser"¹¹⁶ que obliga al hombre a demandar el logro de alcanzar la presencia identificadora del yo; lo que fortalece las condiciones de que se manifieste, por un lado, la conciencia de la carencia del ser, y por otro lado, esa angustia por lo indeterminado que nos acerca al sentimiento de la nada, la que provoca que el hombre exija a Dios su valía en el mundo.

Lo divino será la única manera en la que el hombre encontrará el fundamento para interpretarse y darse forma. Para Zambrano, una cultura entera no puede hallarse sin rascar ese fondo en que yace en la hermenéutica de sus dioses. Y aunque en algunas religiones lo divino es más ausencia que otra cosa, pues rara vez se hace "visible"; se buscará en lo divino la presencia totalizadora, el único ser completo, el acto puro.

El regazo y diámetro de todo, palabra manifiesta en verbo. Creación ilimitada donde "la realidad es lo sagrado y sólo lo sagrado la tiene y la otorga"¹¹⁷. Lo sagrado se muestra parcialmente cuando el hombre encuentra el espacio del sacrificio para ofrendar algo- ya sea a las fuerzas naturales devoradoras o a un dios igualmente voraz- a cambio de que un sentido le sea dado.

Pues el hombre, según María, no pregunta en principio por las cosas del mundo, su principal preocupación es saberse, indagar en su proyecto, darle una meta a su existencia, encontrar la tierra firme que no lo tragará, un algo que detenga la angustia natural que su ineludible finitud le inyecta. Los dioses yacen en ese fondo de lo sagrado con el cual los hombres buscan vincularse para darle sentido a una vida de inmediata, quizá no tiene que ser, por fuerza, trascendente, como lo defiende el cristianismo, Zubiri lo expresa así en su obra *El hombre y Dios*:

¹¹⁴ Idem

¹¹⁵ *Ibíd.*, p. 168

¹¹⁶ *Ibíd.*, p. 31

¹¹⁷ *Ibíd.*, p. 34

Dios no es primariamente aquello a lo que el hombre se dirige como "otro mundo" y "otra vida", sino es justo aquello que constituye esta vida y este mundo. Por eso si de vuelta a Dios se quiere hablar no es necesario ser profeta para decir que el hombre volverá a Dios, no para huir de este mundo y de esta vida, de los demás y de sí mismo, sino que al revés, volverá a Dios para poder sostenerse en el ser, para poder seguir en esta vida y en este mundo.¹¹⁸

Para María Zambrano, aquel que se asoma en un espacio sagrado sin dioses, es decir, sin idea de sí y sin esperanza, no puede ser escuchado sino por un reflejo vacío. Así como tampoco puede escuchar otra voz que su propio eco; pues la sonoridad de lo humano yace inevitablemente bajo la constitución de una relación de alteridades. El hombre moderno, Occidente, como resultado de importantes crisis de la razón, parece haber perdido la memoria de esta relación primigenia; en desventaja, ha crecido en una época sin dioses pero plagada de fantasmas que no puede vencer, sin referentes externos pero con su respetiva indigencia y con la herencia de la ceguera edípica, a la sombra de la soberbia racionalista.

La confrontación con la diferencia desde la diferencia no se ha recuperado en el pensamiento de nuestros días. El enfrentamiento con lo ajeno se ha evitado, con eso que no soy yo pero me afecta, con eso que no soy yo pero me procura una imagen de mí, de mis proyectos y apetencias. Ese profundo significado de estar "conmigo" que el ser humano reclama del otro parece borrarse de continuo en esta nueva etapa. A saber, explica nuestra autora, "nunca se han presentado ante ningún dios cuestiones de conocimiento"¹¹⁹, no sé quiere saber porqué sino quién, antes bien. A lo divino se le han demandado respuestas acerca de nuestra condición en el mundo, sobre nuestra naturaleza, sobre el camino y la "rotura" del hombre desgajado del orden de lo natural.

La filosofía, piensa Zambrano, no puede dejar de lado al que fuera principio estructurante del concepto de hombre; ese "Otro" no puede quedar fuera sin dejar a su vez abandonado el basamento de religiosidad que funda su cultura y su identificación. Sin dejar el hombre varado en la nada que nunca cesa. A pesar de que el hombre únicamente es capaz de acceder a una limitada visión de lo divino, la manifestación de éste en lo sagrado como lo real es lo más cercano a esa visión, es todo lo que está hermético, todo lo que confunde al hombre en su pequeñez, es esa totalidad de la que nada sale, que no sea el hombre y su conciencia. Lo sagrado se resiste, es resistencia a priori, aquello que

¹¹⁸. *Ibíd.* p.35, citado por el autor

¹¹⁹ *Ibíd.*, p. 36

no se logra franquear, es aquello que permanece allende la razón, donde sólo una aproximación piadosa puede hacer posible el contacto, a saber, lo divino como manifestación parcial. Lo divino puede ser fugazmente vislumbrado mediante el ritual, la preparación para acceder a otro nivel de conciencia, o de suspensión de ella. La transformación de lo sagrado como algo por fin captable (aunque no lo sea en los ámbitos estrictos de la razón) que logra experimentar el hombre en un instante lo transforma, pues, sacándolo de sí, le muestra lo inaccesible.

Pero el hombre nunca está demasiado cerca de lo sagrado, su luminosidad y escisión en su ser voluntarioso ha abierto una distancia insoldable entre el ámbito de la realidad y el ámbito humano. La inmediatez que permite el sueño de la planta que todo es planta, es impensable para el hombre que ha sido separado por la libertad y la conciencia, por la falta ontológica que nos mengua al padecer como ningún otro ser, la vida misma. Por ello explica María que el hombre que tiene el delirio de la realidad, tal como se da antes de que gobierne la razón, se siente perseguido, temeroso y pequeño. Debe de encontrar la raíz de lo sagrado, lo divino deberá conducirse posteriormente con un nombre, luego llegará hasta la imagen y símbolo necesarios para el hombre que pide cercanía.

El Dios que ha de convertirse en aliado; por ello Cristo se convertiría en lo que ahora es, el Dios de la razón, no el dios de la tormenta de Job, sino el de los motivos de la vida, una divinidad pasional que reconoce un lugar para el hombre, que encima se hace hombre, que encima invierte los papeles y es sacrificado. El gran logro de esta idea de Dios fue la piedad llevada hasta su máximo extremo. Así viene a suceder que lo divino cristiano, a diferencia de lo griego, sí se detiene a regir justicia y piedad en los asuntos del hombre, para que éste comience su vida con una certeza:

Lo primero que se precisa para la aparición de un espacio libre, dentro del cual el hombre no tropiece con algo, es concretar la realidad, en la forma de ir la identificando [...] No hay cosas ni seres todavía en esta situación; solamente quedaran visibles después de que los dioses han aparecido y tienen nombre y figura. Los dioses parecen ser, pues, una forma de trato con la realidad, aplacatoria del terror primero, elemental, del que el hombre se siente preso al sentirse distinto, al ocupar una situación impar.¹²⁰

¹²⁰ *El hombre y lo divino*, p. 32

La pregunta por la vida se inclina siempre en una angustia que pide saber el *para qué* de la existencia, ésta es una primera manifestación del vacío que no colma la razón y de su límite para explicar de una vez por todas la naturaleza del hombre en falta, en continua búsqueda. Hace patente la incompletud del ser que no llega a satisfacer la coherencia de la racionalidad ni el aparente orden que el hombre busca establecer para sentirse más seguro entre lo extraño, para sentirse más de suyo. El ser humano que nace cuando se pregunta y se angustia al no saber si es títere o actor de su propia vida. La conciencia humana es la presencia imborrable que el hombre tiene de sí mismo, y del límite de lo que no es, de lo que no tiene, de lo que no puede.

Errante desde que nace, el hombre busca satisfacer una necesidad ontológica y luego moral. Llenar el hueco entre las cosas, dice Zambrano: "al vagar entre todo sin tener un hueco que le esté preparado, proyecta hacia su alrededor lo que necesitará para que su vida estuviera encajada en el medio"¹²¹. Así sucede un enfrentamiento que representa en el ser humano búsqueda, en la medida en que no hay fin ni ciclo determinado para él. La falta ontológica se manifiesta nuevamente en esta contingencia, donde nada parece marcar un límite a la voluntad racional de querer conocerse, de querer ser y adueñarse del ser. El hombre dejará un espacio para la religiosidad dando a notar su vacío existencial, arriesgándose en las tinieblas de lo ajeno pero mirando siempre en la dirección que le proporcioné más ser.

"Se trata del crecimiento de la mismidad", afirma Safranski, crecimiento a cambio del sacrificio que se ofrece a ese "Otro" que aparece en la religión ascética y cristiana, pues las religiones, piensa, "no son ninguna técnica de supervivencia ni de una vida mejor, no permanecen al registro de la técnica social o de la psicoterapia, no quieren vivir más, sino que quieren más que la vida"¹²²

La realidad que la filosofía trajo al mundo, indica María, es fruto de otra cosa muy distinta a lo que el hombre se encuentra cuando cae en él. Es la ganancia posterior donde se ha depositado un bagaje de necesidades incumplidas, de certezas que eventualmente el hombre necesitará para abandonar el mundo de lo sagrado que no le ha guardado un hogar. La filosofía llega como la suspensión de la realidad inmediata, lista para reinventarla, para ganársela y sentirse de una vez seguro bajo la tutela de su autoafirmación, metódicamente asegurado. Para poder prescindir quizá de esa manera de

¹²¹ *Ibid.*, p. 35

¹²² *El mal o el drama de la libertad*, p. 99

la urgencia que lo ajeno nos provoca, sin tener que de buscar un acceso piadoso a lo sagrado.

Dar así una explicación para construir el ¿para qué?, el motivo, el proyecto que le dé sentido a su existencia, que la justifique, será en la modernidad la tarea de la filosofía idealista. Pero la filósofa escribe que *el platonizante es el mendigo más satisfecho*; aquél que sabe a tal grado su carencia que la convierte en algo capaz de trascender su propio ser y la visión común de las cosas. Tal mendicidad proviene del ser insuficiente infinitamente, el hombre no es sino lo que en cada instante está decidiendo ser, y cada instante con sus múltiples posibilidades le abre a otra posibilidad de ser. Esto, y no otra cosa es lo que le afianza a esa avidez ilimitada de sentirse parte de un mundo, y luego de sentirse creador del suyo.

Confrontación del presente con el futuro, del proyecto con lo actual, de la presencia con la ausencia, convivencia desgarradora de lo que es y lo que se escapa al ser. Alimento es siempre, para María Zambrano, esta falta ontológica, alimento la insatisfacción y esa la presencia constante del no ser, de la muerte, no sólo en tanto cesación de existir, sino como la muerte que se experimenta con el fracaso de una deseo no logrado, de una opción no elegida o esa retirada que sucede cada vez que se retrasa el cumplimiento de nuestro ideal de ser que es siempre llegar a ser. El futuro, es ese dios desconocido a quien Zambrano dice, el hombre le dedica, el afán y la última esperanza de realizarse. Siempre entregados al futuro, otra tragedia del ser temporal que se es.

2.1. La relación con el otro desde la falta ontológica

*No hay nada en mí sino una larga herida,
una oquedad que ya nadie recorre,
presente sin ventanas,
pensamiento que vuelve,
se refleja y se pierde
en su misma transparencia...*

O. Paz.

El otro. ¿Quién es "el otro"?
El hermano invisible, o perdido,
aquel que me haría ser de veras
si compartiera su ser existir conmigo.¹²³

M. Zambrano

El género humano es el único que sobrevive el sentir- y en algunos casos, el conocimiento posterior de ese sentir-, de un vacío existencial para formar un mundo que corre contra los relojes del tiempo. La inminente desaparición y transformación de las cosas hace que el ser humano busque su ancla al mundo terrestre y al ámbito de lo espiritual en el eros. Para María, existe en cada época un momento de mayor o menor "espacio vital", y este espacio concederá mayor afianzamiento a la conciencia de lo que es y de lo que no, del horizonte mismo. El amor será entonces una conquista derivada del primer esfuerzo del hombre por obtener una parte de la realidad, de poseerla, como es el caso de la cultura Occidental.

El amor, esa irrefrenable necesidad de relación con el otro, abre dos caminos bifurcados, que finalmente muestran la misma ansiedad de compartir lo que se es y lo que se anhela, en el otro. Y esos dos caminos que parecen quedarse en eterna disputa, Zambrano los llamara: el *eros de la mirada* y el *eros pasional*; filosofía, serenidad devoradora y edificante a la vez en el primero; tragedia y padecer desde las entrañas de lo incompresible el segundo, la consumición total, abismo, deseo y sufrimiento, porque el eros pasional, cuando busca identidad en el otro, sólo encuentra la esclavitud a la pasión en su forma más pura y dolorosa, un eros errante, dice Zambrano.

¹²³ *El hombre y lo divino*. p.169

La forma de enajenarse y de entender la realidad respecto a estas dos condiciones, será la pauta del modo de vida de toda cultura. Porque es esa ausencia insuperable de la falta lo que está en juego, la manera de sentirla y digerirla. La forma de comprenderla se mostrará en la inestabilidad del hombre y su historia. Esta contrariedad que soporta cada día lo forma distinto de los dioses, mortal con voluntad infinita; cuando la voluntad excede en su afán de "conocer" lo que puede ser conocido surge el error, según Descartes, aparece la conciencia de lo que no puede alcanzar la naturaleza humana: la completud y la total aprehensión del otro. Por ello la unidad se vuelve una idea inalcanzable, sujeta siempre al otro, a la contradicción de la pasión del alma, al deseo pasional por esa contradicción:

"La vida humana necesita ver para ser vida. Vivir para ver y ver para vivir. La visión libera a la vida, mas la visión de sí mismo trae el grado supremo de libertad. Pero si la visión de sí mismo no es directa sino refleja, a través de un semejante, la libertad es adquirida por medio del otro. Somos, pues por otro y con él".¹²⁴

La conciencia del deseo por lo ajeno deviene condición esencial de la búsqueda del sentido, del proyecto que proviene de la insuficiencia, tanto del saber del hombre como de la ontología propia. Pues para el hombre cuya teleología estuviese determinada, o completa, no cabría ese margen que dentro de la contingencia hace posible la avidez, la elección, la angustia que señala Heidegger de este "poder ser, el ser libre para la libertad de elegirse y empuñarse a sí mismo"¹²⁵ donde el llamado "ser-ahí" se envuelve con el mundo, hace al mundo. La verdadera soledad -que sería para Zambrano, una soledad espiritual y mística-, es una creación que nacerá de una precedente "conquista metafísica", conquista del hombre que ha despertado sintiéndose sólo, necesitando de la visión, del espejo ajeno, que no siempre reitera nuestra identidad fragmentada, sino que atiza y altera esa mendicidad característica del ser humano.

Hablar del ser humano completo, acabado, es casi una contradicción fáctica. El hombre tiene en sí la capacidad de crear, de hacerse, construirse su propia vida y de reinventarse a través del tiempo por una sola razón: nunca se encuentra acabado, siempre hay algo inaccesible dentro de sí mismo para sí mismo, e inaccesible también de lo que ronda fuera de sí, para el semejante y lo totalmente distinto. Tal cual vasija con un hoyo en el fondo, el ser humano construye su vida según proyectos, donde ningún

¹²⁴ *Ibid.*, p.269

¹²⁵ Martín, Heidegger. *Ser y Tiempo*, 1967. Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1969, p. 208

proyecto es final se hace la apertura a la indeterminación teleológica, la libertad y el presupuesto del "ser-ahí" que nace con la filosofía de Heidegger.

Patxi Lanceros interpreta esta falta ontológica como basamento en su texto *La herida trágica*, nuestro fundamento aparece allí donde se hace real nuestra imposibilidad de aparecer como una totalidad, bajo esta construcción que es el hombre yace la realidad inexorable de esta falta, de una parte cuya esencia es la nada, o mejor que la nada, el anhelo, el deseo de lo que no es él, ni está en él.

El fenómeno de la proyección nos enseña cómo el hombre vive colocándose conductos para adentrarse en las cosas, sentidos que desde sí mismo no podría sacar a la luz.

El hombre muestra su carencia en el momento que reclama por el otro, cuando demanda del semejante algo que le confronta una de esas potencias hechas realidad en el otro y que él mismo no posee.

El encuentro con el mundo, la naturaleza y todo aquello que sobrepasa la conciencia del yo remite al hombre a un estado de reflexión de dimensiones abruptas porque la desnudez que provoca esta conciencia, siendo la que nos diferencia de los demás entes, también es quien lo aleja de la unidad primaria con las cosas.

La experiencia de la falta, requiere, así, para ser, de otro, de la diferencia, la falta no sería falta sin el otro. Pues desde lo ajeno se patentiza su finitud, su diferencia y su urgencia de ser, de obtener ser. De tal suerte que el dolor de no tenerse "enteramente", establece la irrevocable necesidad de acercarse al otro, de reconocerle, y en el mejor de los casos, actuar lo que María Zambrano entiende como un saber en armonía con la multiplicidad.

Saber poético, libre de pretensión de encerrar al ser en la idea, saber que es espontaneidad que impele siempre hacia la acción de sentir lo otro" en su auténtica otredad, en su inaccesible misterio; en su respectivo nivel de diversidad ontológica, desde y con su realidad propia, desde el horizonte de lo humano, así es la piedad que se origina en similitud con el lenguaje sagrado:

La piedad es acción porque es sentir, sentir lo otro como tal, sin esquematizarlo en una abstracción; la forma pura en que se presentan los diversos planos de la realidad, las diversas especies de realidades con las cuales el hombre tiene que habérselas. Y este habérselas es por lo pronto un trato; un trato según orden, según norma.¹²⁶

¹²⁶ *El Hombre y lo divino*, p.203

La zona de mayor conflicto para el hombre se da en esos instantes en que se patentiza que la unidad es lo que menos está presente en nuestra vida, y que la realidad distiende la desventaja de nuestra finitud. La manifestación de un dios y la contra cara del otro semejante, que sin ser totalmente otro, es para mí inaccesible, deseo y amor; necesidad: "De la fracasada identidad de la vida humana, surge la visión fragmentaria, incompleta, de través. Es la sombra de lo que nos falta, que se interfiere; la sombra de la unidad que nos falta y bajo ella la sombra de todo aquello determinado que tendamos a ser, sin conseguirlo".¹²⁷

La falta ontológica es desplazada a cualquier lugar donde el ser humano existe, todas las cosas que mira son oscurecidas o alumbradas desde el límite de su faro; y es todavía en el otro donde con mayor fuerza se distienden estos cercos infranqueables que nos confrontan nuestra pobreza ontológica. Zambrano recalca posteriormente que no es sólo la sombra propia de nuestra carencia la que recae en esa inmensa multiplicidad de individualidades ansiosas de alcanzar una porción de ser, sino que todo llega a parecer envuelto y reflejado por la nostalgia humana: "La sombra se entrecruza con la sombra del otro. Y aún la imagen que cada cual se crea de sí mismo, dibujada sobre la sombra de la unidad inalcanzada.

El hombre proyecta su no-ser en la visión de la cosas y del hermano que viene así a ser *el otro* del sí mismo no logrado"¹²⁸

La filosofía ya había pensado de muchas maneras esta contingencia; en Platón deviene la capacidad de amar, de buscar más allá del "yo" aquello que completaría al ser, lo "otro" es la verdad que espera, donde se cumple el ser en su idea total. Pues si el ser humano sólo viviera para autoafirmarse en lo suyo propio, si todo lo deseable no fuese más que lo ya obtenido, ¿hacia dónde sería lícito caminar?, ¿cuál sería la posibilidad de crear un proyecto de vida, de relacionarse con el mundo? La indigencia, esta oquedad que el pensamiento parece no echar en falta, se mantiene en el subsuelo del análisis, siendo así un estado que no se comprueba de forma teórica sino como una experiencia constante de vida; en la vida y bajo las circunstancias personales que remiten a la confrontación con lo que aun esperado, se manifiesta por no estar presente. Porque Dios mismo le hacía falta al ser humano en un inicio, sugiere Zambrano, el hombre padecía de "delirio persecutorio", de ese sentirse observado sin poder mirar también a quien le vigilaba. Bajo esa soledad ontológica que provoca la conciencia, bajo la sombra

¹²⁷ Ibid., p. 275

¹²⁸ Idem

que era esa mirada "oculta" que el hombre no veía debió de surgir después lo divino, el más grande e innegable deseo y afán por el "Otro". La instancia superior que no fuese más sombra, sino luz y comunión. El deseo por el lo divino es un anhelo liberador paradójicamente, porque aunque ese

Otro venga a instaurar leyes, y fines, también viene a encarnarse, a manifestarse, a ordenar y darle un sentido a cada cosa. La existencia se hace real cuando el hombre, dice María Zambrano, *frente a sus dioses ha ofrecido una resistencia*, existe permaneciendo frente al "Otro" que le demanda. Pues que al ser humano no le es suficiente la imagen que él se otorga de sí mismo, sabe que hay algo que se le oculta y que sólo puede ser recuperado en la relación

El hombre existe de manera opositora a lo que le es diferente, *existe ante*, reconoce como saber el conocimiento de eso que le falta, de eso que no es él mismo. El amor representa la persistencia por existir aun en contraposición con el fracaso de una realidad que es invencible, es quien genera la fuerza para sobreponerse al riesgo de la contingencia humana, la relación del amor y el conocimiento esta sujeta a ese esclavitud: "No podría existir un cierto enamoramiento que es siempre un detenerse y aun aniquilarse a sí mismo para dejar sitio a lo que no podría existir para nosotros en toda su plenitud, si no fuera por esta especie de vacío que hacemos negándonos".¹²⁹

La debilidad del hombre es el pensamiento, escribe Alberto Constante, quien al desentrañar esta misma indigencia ontológica de *ser conciencias* converge con María Zambrano: "bien se sabe que la suerte del hombre es la de nacer prematuramente, y que debe su fuerza a su debilidad, fuerza que es fuerza de la debilidad, es decir, pensamiento".¹³⁰ Con el pensamiento como esa primera apertura hacia lo diferente, conciencia de la alteridad, se da el paso del reconocimiento de lo ajeno, lo ajeno a lo que, de alguna manera, el ser humano se siente cercano también.

Es en el momento cuando sentimos tal cercanía que deseamos ser parte de lo que se revela en esa diferencia y capturar lo que no estando dentro de uno mismo, incita, provoca y atemoriza. Lo que permite la creación del límite es precisamente esta conciencia del yo, el cerco instalado dentro de la Unidad integral, el mundo. Pero el ser humano se ha distanciado del mundo con la bandera de la libertad filosófica del sujeto cartesiano, sujeto de conocimiento, después de las revoluciones científicas, el afán de un positivismo que sólo explique teorías comprobables y filosóficas fuera de la vida y de las

¹²⁹ *Hacia un saber sobre el alma*, p.117

¹³⁰ Alberto Constante, *La metáfora de las cosas*. p. 117

pasiones que la doman el hombre ya no se siente parte del mundo, sino manipulador de éste. Será, en sentido heideggeriano, un déspota del ente y para María Zambrano, el advenir de un falso humanismo que ya no se reconoce fuera del ámbito racional, analítico e instrumental, cuando la razón no ha caído en cuenta que también delira.

El humanismo de hoy es la exaltación de una cierta idea del hombre que ni siquiera se presenta como idea, sino como simple realidad: renuncia del hombre a sí mismo, a su ilimitación; aceptación de sí como escueta realidad psicológica-biológica; su afianzamiento en cosa, una cosa que tiene determinadas necesidades, todas justificadas y justificables.¹³¹

Sin embargo, a fuerza de todo lo que se ha ido transformando en un mundo despoblado de dioses, donde se ha encumbrado la soledad del egocentrismo, yace una falta que en inicio es carencia y deviene luego necesidad imperante de relación con todo otro ser externo. La falta ontológica, el hecho insoslayable de nacer seres sin proyecto absoluto será la que movilice al hombre para la construcción de una "vida", la pauta que genere su diferencia más radical..

Para María Zambrano la relación que existe entre el hombre y Lo Divino, entre el pensamiento y el sentir humanos es la primera manifestación que el hombre tiene de aquello que escapa a la razón, que ofusca en el sentido más hondo, pues es una relación misteriosa con algo que es ausencia siempre. El límite más cierto del hombre está en el no asentado de otro hombre, en la ausencia de la presencia añorada, en la falta del "otro" que me hace presente la mía propia.

La ausencia, por parte de lo divino, radica en lo que de desconocido hay en la divinidad, en eso incapaz de ser franqueado por el entendimiento del hombre, aunque finito, con pretensiones infinitas. Esa intención de sobrepasar lo humano en aras de comprender lo divino es precisamente la indignancia que nos pone directamente bajo la angustia de la soledad. El dios desconocido con el que se enfrenta el mundo Griego, la tragedia y el fatum, la condición de posibilidad de la pregunta por la causa, por "el ser de las cosas", es la pregunta que lucha contra la irracionalidad (aparente) de los acontecimientos humanos. Sin embargo, es justamente en el momento en el que el hombre cree haber vencido la resistencia que opone lo desconocido, -gracias a la capacidad que ejerce al sujetar la realidad bajo "conceptos"- , cuando éste cree haber

¹³¹ *El hombre y lo divino*, pp. 257-258

logrado hacer inteligible el mundo bajo sus propias reglas y explicaciones, asimismo es en ése instante en el que surge el vacío y la soledad del instaurado sujeto de conocimiento.

Para Zambrano hay tres situaciones de resistencia en la historia de la humanidad. La primera es la confrontación con lo desconocido, con el capricho de la divinidad actuando sobre la vida de los hombres, en Grecia, el misticismo de lo sagrado y la unicidad de las fuerzas, múltiples pasiones de los dioses lo dominan todo. El hombre está sometido por las fuerzas externas. La realidad es más fuerte que el poder del hombre. En el segundo momento (en el que surge la filosofía), el hombre concibe a la realidad como un organismo ordenado por ciertas leyes lógicas. En la naturaleza yace la realidad. El tercer momento es el abarcado por los conceptos, por la racionalidad de lo real. El destino humano puede ser dominado, lo sagrado y lo humano se han escindido. Sólo la unidad tiene realidad, el hombre determina la idea de lo real, el hombre se hace sujeto, margen de todo.

La ética es pues el resultado posterior a la soledad humana que surge del tercer momento, cuando el ser humano se ha percatado de que no hay una teleología, de que no hay un destino definido expresamente para él. Según Alberto Constante: "El puesto del hombre se fija en la concreción del aquí, pero su aquí implica siempre un ahora y éste depende de lo que el hombre hace y se hace, es decir, del mundo que él edifica [...]"¹³² Es la falta de dios, de lo divino, lo que justifica las cosas fuera del propio ser humano, la razón que conocemos nace de una razón más fuerte.

Lo humano deja la inmediatez cuando conoce al Otro. Cualquier proyecto de vida sostenido únicamente sobre el hombro humano es una ilusión, un desplazamiento del poder pero también de la responsabilidad. El antropocentrismo se encuentra con la fatalidad de un espacio vacío, auto referente de sí mismo. Sucede con ello que el amor, esa instancia que eleva al hombre, que lo perfecciona y que le muestra también su herida, ya no encuentra la entrada para amar a su objeto, porque el sujeto se ha vuelto objeto de sí mismo, y hasta la concepción de sujeto-objeto se acaba por desvanecer en una relación ciega entre objetos. El hombre como cede de la realidad ya ni siquiera es reconocido en otro semejante porque no ha encontrado su razón de ser, no la ha buscado ya afuera. Todo está plagado de esa extraña razón, por la mentira de haber superado la carencia. Fuera de lo humano ya no se cree que exista nada, únicamente lo que él mismo pone en las cosas, en la jaula de las cosas de las que se ha nombrado dueño.

¹³² Alberto Constante, *El asombro ante el mundo o el infinito silencio*, Ed. Arlequín, UNAM, México, 2005. p.82

Zambrano destaca la dificultad que adviene después de la configuración del sujeto de conocimiento cuando escribe: "allí donde se fija la realidad aparece la máxima resistencia". Y es precisamente dentro de ésta soledad que nace la filosofía, cuando nos dejamos de sentir "mirados" por lo desconocido, o mejor, cuando desafiamos a ese ojo omnipresente que deja de satisfacer nuestro afán de auto conocimiento.

Para María Zambrano es claro que, en este sentido, las dos formas de trazar el camino de la existencia son la pregunta y la respuesta, respectivamente: filosofía y poesía, ambos caminos humanizantes, creadores, pero cuya provocación surge por vías muy distintas.

La poesía es gracia transformada en palabra, la respuesta del instante, la que recibe el don, no recibe nada que no lo sea; la poesía se reserva el exigir respuesta, lo único que pide es su epifanía, su momento de luz y de sombra inexplicable en términos racionales. En cambio, la filosofía es la ávida, la que busca un camino. Para el pensamiento el método y el medio preciso será lo primordial, nada que no haya sido buscado arduamente por la razón puede ser recibido. No importa si no hay respuesta, la pregunta *per se* es la razón de la filosofía.

En el pensamiento zambrano encontramos el intento por devolver la unicidad al logos de lo múltiple, la exigencia conmovedora de unir la razón con la pasión, una necesidad que se confunde con la piedad de justificar la razón pasional, vitalista, espiritual. Y es que dentro del positivismo filosófico más riguroso, la razón moderna será la responsable de encerrar el conjunto de lo humano en un orden teórico, unívoco en sus conceptos y referencias. De ahí la exaltación de la filósofa por proveer de una posibilidad de múltiples interpretaciones que revelen de diversas maneras, que abra mundos, abra caminos. No hay destrucción, hay reformas, en su tarea de recuperación vemos cómo el otro es el primero en cobrar sentido.

La relación con lo divino, por otro lado, se convierte en una referencia moral y ética esencial para el hombre, pues ya en su innegable libertad de vagar por el mundo, necesita a quién ofrecerle dicha libertad. El protagonista de la historia requiere a un otro para hacer posible el sacrificio, para borrar la soledad, que sólo, si se logra, ha de anularse por pequeños instantes. Y es que cuando no se tiene a quien ofrendar comienza la destrucción. Lo divino sigue importando en el mundo que ha hecho todo lo posible por anular la cercanía de los dioses por una razón: porque nos da una primera lección de cómo tratar con lo demás, de cómo vernos frente a los demás. ¿Cómo me acerco al otro, cómo pronuncio mis nombres sin tener una idea de un origen, sin tener una explicación de lo que soy? Este diálogo significa posibilidad de reencontrarnos en esa parte mítica,

oculta, de luces y de sombras, la que nos hace posible la relación con lo divino en el nivel de lo sagrado. Porque el hombre racionalista extremo no se encuentra al final del camino más que a sus propias referencias, ratificando aún más sus monstruosos abismos y su parca soledad; sólo que con la atenuante de no entender su propia agonía; al menos que recoja el sentido de la mística, de lo sagrado, del arte, la creación, y la empatía con el otro que le permite escribir su historia en la diversidad y la riqueza de lo ajeno, como algo digno de ser pensado, aprehendido aún con sus propios límites. El pensar es el acto de regresar de algún modo la deuda que se tiene con la vida misma cuando se ha llegado al punto que señala Zambrano:

Porque hay veces que el hombre se llega a sentir caricatura de sí mismo, y su vida, más que como una pesadilla, llega a ser sentida como una mueca, réplica de un espejo grotesco. Y éste es el peor y más grave de los complejos: el que engendra el rencor. «Lo reprimido» es lo que no somos, es cierto, lo que no vivimos, mas no por haberlo dejado atrás sino por no haberlo alcanzado. Y la mayor necesidad de todas las biológicas y psicológicas es sentir que alguna vez coincidimos con nosotros mismos; sentir, aunque sea de momento, que el personaje que camina delante de nosotros se ha hecho visible y se ha dejado alcanzar por ese otro que nos hemos encontrado siendo, sin haberlo buscado.¹³³

¹³³ *La agonía de Europa*, p.75

3. De las ruinas y la soledad. No se podría ser de otra manera...

*A veces el valor de una cosa
reside no en lo que con ella
se alcanza, sino en lo
que por ella se paga.*

Nietzsche

La historia humana se construye desde una ilusión de ser, y ese motor es siempre un impulso de vida proyectado hacia la alteridad, por más que el individuo quiera adquirir la identidad de aquello que permanece, nuestra historia nace con el cambio que genera el mundo y la multiplicidad inherente a él. Para nuestra autora, todo aquello que se desea obtener en una lucha histórica o personal, nace de una esperanza infinita e incapaz de realizarse completamente. De tal forma que los éxitos obtenidos en la historia (hablando claramente de Occidente, quien heredara directamente los frutos de la filosofía y del cristianismo neoplatónico, cartesiano y agustiniano, son menos que los vacíos que se abren cada vez que el ser humano se esmera en obtener su ser, logros siempre temporales, los necesarios para proseguir el aprendizaje del fracaso, de la incompletud que se repite en cada individuo, en cada sociedad, en la cultura y en la aparición y destrucción de lo divino.

En el padecer nace toda esperanza, cree la pensadora española, esperanza depositada hoy en la razón, uno de los intentos más desgarradores del hombre por ser uno, por deshacerse de ese sentimiento de vivir en el otro. Es el pensamiento que busca serenidad, liberarse, el que ha venido buscando el refugio de sus pocas certezas en la filosofía, en el individualismo. La esperanza que manaba en otro tiempo, de la religión, de la fe en obtener la calma desde un orden depositado en un ser supremo, de borrar por completo el ser mismo para salir de sí y hallar el absoluto que a la vida humana le es imposible acceder sin el sacrificio de la identidad. Anhelos que radica en esperar que algo fuera del ser humano se mueva y lo mueva a éste, a su vez, a ejecutarse.

El padecer es el alimento propio de la avidez por lo otro, del amor en su forma más trágica y cierta. María nos habla en un texto que publica en 1940, en Buenos Aires, *La agonía de Europa*, de esa violencia típica Occidental, de la crisis humana que hace posible que todos los monstruos humanos confluyan sin dirección alguna y acaben

dándole la razón al nihilismo y a la vacilación que le tocó vivir a ella misma, luego de las guerras que tataran la Europa occidental. Texto que anunciará los temas tocantes en *El hombre y lo divino* y que va hilando la realidad de una desintegración del mundo que desde principios del siglo XX, hasta hoy, sigue actuando. Zambrano comienza con una afirmación rotunda cuando escribe que "todo desastre permite manifestarse a las gentes en su cruda realidad; es el medio de revelación más exacto de cuantos se conocen. Sobre todo para los bajos fondos de la conciencia, que en circunstancias normales viven ocultos".¹³⁴

Pero es desde el padecer nuestra falta ontológica que se hace la apertura para creer que algo externo a la fuerza propia puede ser llevado a nuestro favor un día, ya sea lo divino, ya sea un semejante, o una creación propia que luego se haga ajena, o se vuelque en contra de su propio creador, como lo ha hecho algunas veces el pensamiento mismo. Según Zambrano, este "padecer dentro de la libertad es al mismo tiempo gozo profundo, felicidad".¹³⁵ El fracaso que conlleva la finitud humana conjugada con idealidad, ese abismo entre el ser del otro que nos hace inalcanzables.

Fracaso donde se detiene o se cambia el proyecto de ser, donde enfrentamos las barreras, no sólo de lo externo como realidad o de las circunstancias, sino como el muro que nos educa en el reconocimiento del límite consustancial del que estamos forjados y del que no estaremos librados más que en esos fugaces momentos de entrega; en el instante amoroso que no trascurre, bajo esa enajenación o delirio donde el yo es un poco más libre y menos angustioso porque comparte un éxtasis, un fuera de tiempo.

El momento donde se fusiona el deseo de dos amantes, o el escape de lo mundanal de santos y místicos.

Para María, dar pasto a la pasión, y dejar la vida en ello, hizo que la realidad frenará su hermetismo en la época del romanticismo, cuando el arte se intrincó en la vida manifestando todos sus desgarros, su profanidad, su irritación, alcanzando de tal suerte a "expresar los secretos más abismales de la intimidad". Realidad de lo humano que volvió a encerrarse, cuando la inteligencia encontró en el intelecto la forma precisa de la escisión, cuando sucedió el hallazgo ficticio y la fe en la pureza del concepto. Cuando los tormentos esenciales de una vida disgregada no podían mas que remitirse en asilos de lunáticos, seres fracasados totalmente de en idea de ser, amantes desgarrados por la

¹³⁴ Ibid., p. 23

¹³⁵ Ibid. p.93

traición incapaces de vivir en sí después de haber vivido en el otro. Revolucionarios de camino al cadalso arrastrados por un ideal llevado al extremo y devorador.

Es el momento en que nace la desintegración en partes y se comete el asesinato, cuando comienza el comercio con la realidad, ya no se está entre una realidad múltiple, ni "el uno en el otro". Se está ante algo a fuerza de despojarlo de su realidad íntima, de su objetividad, se está en el proyecto racionalista omnipotente y omnipresente, deificado. Se está ante la soledad más dura.

Y si acaso hay algo que pudiese darnos un breve respiro de la responsabilidad en la que se queda el hombre, que ha ocultado su rostro tras un orden que no permite más que destrucción, es el respiro del cauce al que conduce la interioridad donde se persigue la revelación del ser en un ejercicio "confesional", piensa Zambrano, siguiendo a San Agustín. Interioridad que requiere, en principio, que el fondo del hombre sea inabarcable, como ya lo es, insostenible en sí mismo, que vaya a desear algo allende de sus fronteras y sea entonces alcanzado por la falta, y en ella que pueda ser descubierto su deseo de querer a otro, de crecer, de confesarse a otro. Hacerse claro en alguna medida a través de la revelación de una verdad que sobrepase su inanidad. Tal es el principio que condena al amor y lo exalta, dejándolo fuera del tiempo, como una ruina hermosa de la idealidad más propiamente humana. Así lo escribe Nicol:

El amor sería como la expresión de una insuficiencia metafísica. Pero más agudamente todavía, la expresión misma sería consecuencia de esa mermada condición ontológica del hombre. El amor se lograría en plenitud, y con él se lograría la plenitud del ser propio, mediante la reunión cumplida con el ser de otro. Pero ese amor puede aspirar a la comunión porque el otro no es un ser ajeno, en el sentido ontológicamente extraño al propio: con dos partes disímiles no puedes componerse una unidad.

El otro es aquel que llamamos prójimo, o semejante, porque su ser no es tan ajeno que no pueda apropiarse: tiene constitutivamente la disposición de ser parte del ser propio. Y esta disposición radical es la que determina la expresión. La palabra es el nexo de vinculación y de reestablecimiento de la "unidad primitiva", como la llamaba el mito, o sea, el modo de lograr la plenitud ontológica.¹³⁶

Sin embargo, el hombre de nuestro tiempo, se ha quedado en vilo por no saber ya cómo expresar su necesidad hacia el otro. El pensamiento filosófico ha reducido con asombro la capacidad de enajenación, esa capacidad de verse en el otro, hasta llegar a su contrario, a una identidad bien racional y abstracta donde lo creado se vuelve aun

¹³⁶ Eduardo Nicol, *La metafísica de la expresión*, FCE, México 2003, p. 17

lejano y se abstiene de toda inspiración externa. Para Zambrano, comienza el decaimiento, porque "cuando las cosas tienen un ser desligado, que se cree bastarse a sí mismo, entonces se convierten en meros hechos, y la filosofía desaparece"¹³⁷ paradójicamente, por el camino contrario que le hiciera posible nacer.

¿Por qué cayó en un abismo oscuro del que se le dijo que había que aprender a salir por sí mismo? El sí mismo a donde quiere ir casi toda la filosofía y la ciencia acaban siendo indiferentes al eros más auténtico que es el motivado por mengua ontológica que nos hace peculiares. Y así, esa queja de lo irresuelto que nunca suelta el inconsciente, se convierte en un oscuro impulso que exige salir de sí a toda costa. Pues aunque existen importantes esfuerzos filosóficos por repensar la invalidez de nuestra cerrazón respecto a los ámbitos de lo humano, con suerte algunos se detendrían a reflexionar sobre sus propias ruinas y las de la historia de las contradicciones humanas, aquellas *pasiones del alma*, las llamó Descartes, las que no alcanzaron un lugar en el territorio de lo razonable, o que tarde o temprano se amoldarían por fuerza y rigor a la racionalidad del sujeto moderno.

Para Zambrano, este proceso de homogenización, de globalización del método, cometió la máxima violencia, ya que lo que se escondió en los recodos cuando se inauguró un sistema de parcelas, no llegó a ser rescatado ni actualizado con justicia. Las otras razones de vida que no fuesen prácticas no serían pues más razones. Lo que va aumentando la presión en la crisis de una aparente dominación del mundo. Con los intentos idealistas que devinieron en una univocidad hermética que sale del sujeto y acaba en él, que le hace errante, moderno, con el empeño en la razón que Zambrano considera una racionalidad quebrada, que generaba un egoísmo insostenible para el ser humano de nuestros días.

Una razón no por ello menos débil porque había olvidado el germen de la vida, su "alteridad", su multiplicidad y su ineludible fragilidad. La racionalidad que antes era compartida y sopesada por lo divino ahora es arrebatada, destituida de éste, o mejor ignorada, para llevarla a la parcela de lo humano, mejor entendido como lo que ha devorado aquello de lo cual que no quiere sentirse atado. Se ha buscado la máxima libertad en esta destitución. Como si el hombre ganase más horizonte despejando el mundo de los dioses, ya que vivir en presencia de lo divino implica reconocer la situación de "esclavitud" a nuestra propia finitud y contingencia, a nuestros propios deseos, a nuestras creaciones. Aceptar la esclavitud a una realidad múltiple, subordinación de la

¹³⁷ *El hombre y lo divino*, p.253

que el pensamiento ha buscado, durante los últimos tiempos y a toda costa "liberarse". Y sucede que, dentro de este desahogo en aras de una autonomía, se sacrifica el motivo que creara también el amor a las ideas, el amor al otro, el amor a lo que es objeto de contemplación y reflexión, así lo escribe María:

Hay una objetividad en crisis, objetividad quizá muy pulida y acabada por el pensamiento, que ya no es el depósito de la esperanza, ni promete ese nuevo engendramiento [...] Hay instantes de disolución de toda objetividad en que el hombre ya no acepta nada, ni se hace solidario con cosa alguna. No permite que nada permanezca y sea verdaderamente, porque ya no quiere esclavizarse. Y toda objetividad nos esclaviza de algún modo. Son los más terribles conflictos, éstos que tienen lugar entre la objetividad ya establecida razonablemente y la esperanza. La esperanza por la que quiere realizarse nuestro inacabado ser.¹³⁸

¿Qué hacer con ese nuevo logos donde no se encuentran más que diferencias insuperables del hombre con su misma humanidad? Dice María en otro texto que: "el absolutismo es nuestro gran pecado, porque en él y con él, negamos lo mismo que queremos, el que la persona humana se realice íntegramente".¹³⁹ Así lo reflexiona desde la belleza que infunde una mirada al monumento que ya es en sí mismo esta Europa occidental, que muestra sus más abigarrados y grandiosos sueños blandidos por las espada de una razón muy alta, ¿quizá de un gran error consumado?, o de un gran amor irrealizable:

La historia de Europa ha estado movida por utopías, por grandes imposibles. Y, sin embargo, de esos delirios ha salido la historia efectiva.

Y más aun que como realidades, bien tristes, si se les mira di dejarse deslumbrar por su gloria, conmueven por lo que tiene de monumentos funerarios de las esperanzas europeas. Son sus rastros, las huellas en la arena del tiempo de su anhelo. Son las cenizas de sus sueños. Y por ello el mayor valor será siempre el hombre que está detrás de la empresa y de toda la historia europea, historia de un gigantesco fracaso, de un fracaso único en que los éxitos suceden tan sólo y no más que para permitir la continuidad. Son éxitos mínimos que permiten seguir adelante con los fracasos. Y la mayor gloria es que así sea.

Toda la historia es un fracaso porque la esperanza que la ha movida es imposible de realizar.¹⁴⁰

¹³⁸ *Hacia un saber sobre el alma*, p. 119

¹³⁹ *Persona y democracia*, p.89

¹⁴⁰ *La agonía de Europa*, p.82

¿Qué hacer con nuestros dioses? ¿Si es que aún existen, de qué forma los podría recuperar el hombre moderno? ¿Qué hacer con los recuerdos del otro ser? ¿Con el rastro del amado que ha partido, dejándonos a la mitad del viaje?, aquel que fungía ya necesario como espejo de errores y virtudes propias. ¿Cómo amanecer limpios con la resaca del sueño de la noche ya pasada que no nos deja de acosar? De tal forma nos hallamos padeciendo por lo que somos; a la vez que para ser hay que atisbar mucho de lo que hubiésemos deseado ser, "dejarlo pasar", desde nuestra más deseada fantasía hasta la condena cumplida de no haber podido acceder a ella. ¿Pero qué es lo que queda tras ese rastro? ¿Nos vamos haciendo menos o nos vamos entendiendo mejor?, ¿nos acercamos a la muerte en cada caso? Habrá que sobreponerse del fracaso, de la medida a medias que somos, de la patente realidad que día a día vivimos, al desazón de no llegar a tiempo a nuestra obra final, no importa si está en la fantasía que no se intenta siquiera, o en el intento más desafortunado por obtener algo. Habrá que convivir con otra fantasía, la de nacer en el sueño de la razón absoluta y mendiga a su tiempo, pues "vivir es por lo pronto, anhelar [...] y así, anhelar es no conseguir y no poder ya renunciar"¹⁴¹. Vivir suspendido en la esperanza creadora consiste para María en alimentarse de la incertidumbre, de todo aquello que se puede crear a partir del sacrificio por algo indeterminado, que no se opone a la realidad, sino que crea otra.

En palabras de Nicol, encontramos nuevamente esta realidad que apura al hombre a la relación con el semejante:

Expresamos por nostalgia y esperanza. Nostalgia de nuestro propio ser, de esa parte de lo nuestro que no tenemos; y esperanza de recuperarlo en la avenencia de nuestro diálogo con el prójimo [...] el logos no consigue nunca que el *ontos* se complete, lo cual quiere decir que el hombre, ser onto-lógico y por ello mismo histórico, es finito y a la vez indefinido. El ser del otro es ajeno por su sola alteridad, y porque incluso el afán de vincularse que él pueda sentir, correspondiente al nuestro y concordante con él, más bien realza su ser propio, frente al nuestro. La reunión completa de los similares no es más fácil que la de los disímiles. La identificación es imposible, porque el ser insuficiente desea reunirse consigo mismo, para completarse, y sólo puede completarse con él otro, que le es propio y ajeno a la vez.¹⁴²

Nos dolemos, y afectamos positiva y negativamente con la llegada de ese *otro*. La filosofía tiene algo de querer ocultar la resquebradura que nos tira a la convivencia, la vida misma tiene esa tensión, pues buscar la permanencia en el pensamiento es como "vivir

¹⁴¹ María Zambrano, *Orígenes*, Ed. El equilibrista, México, 1987, p.70

¹⁴² Eduardo Nicol, *La metafísica de la expresión*, p. 18

en la identidad [...], estar a salvo del infierno; del infierno de verse en lo otro, de ver lo otro y de ser lo otro que imita a lo uno"¹⁴³.

Vivir en la identidad es salvarse de los múltiples infiernos que entiende Zambrano, como esa "multiplicidad irreductible", de estar en el Ser, en Dios, en la unicidad, en lo absoluto. Identidad que el hombre tuvo que ir a buscar en la razón, en la contemplación, en las ideas, en su inteligencia, fuera de la vida. Fuera de la desesperación y de la fascinación de vivir y verse en el otro. Lo que Zambrano pensara a su vez como los sentimientos más auténticos del amor y la envidia.

Si el hombre busca una identidad es precisamente porque de ella es falta, resulta imposible para el género humano alcanzarla sin ayuda del desprendimiento, sin una teoría de las ideas y de las formas puras como sucedió en la filosofía Platónica, sin una sombra "lanzada afuera por la avidez del ser en conato, del hambre que, al detenerle en su crecimiento, le encierra en un sí mismo no logrado, en un infierno".¹⁴⁴ Condenado a una visión fragmentaria sobre la realidad, al devenir constante que lo mantiene anclado al otro, que le distrae y le fascina, que no le deja alcanzar esa identidad, esa salvación, el ser humano vive en una continua "danza del no ser". Y cuando busca el ser en el amor o intenta alcanzar algo de ser en el amor, lo hace siempre en especial soledad, la soledad que lo acerca a la posibilidad de llegar a ser creador, ser desde la nada. Amar es buscarse ese ser desde la nada, desde el vacío de la falta. Querer asemejarse a Dios. Pero el ser humano no alcanza esta unidad, su permanencia en ella sería la muerte de la multiplicidad, de la vida, del mundo en el que es.

Es acaso el único ser que soporte la tensión "de estar entrelazado con los otros: de no ser idéntico ni uno, de verse en el otro, vivir desde el otro que llega hasta a la servidumbre de sufrir la fascinación del otro que impide proseguir el camino hacia lo uno".¹⁴⁵ Ese que vive en la esperanza del futuro, donde estaría completo, eso que llama Zambrano "lo desconocido de dios", y que se manifiesta en la manera en la que el hombre vive su ausencia, y su soledad. Lo que no acaba de revelarse de ninguna manera a la filosofía. Su propia resistencia al mundo, a la realidad, a los límites, hasta que avienen sus propias respuestas.

El hombre tiende entonces a deificarse, o a deificar algunas de las condiciones de su vida. Pues la resistencia la traslada a sí mismo y comienza

¹⁴³ *El hombre y lo divino*, p.274

¹⁴⁴ *Ibíd.* p. 275

¹⁴⁵ *Idem*

a sentirla en sí mismo. Y puede advenir que sin darse cuenta haga de sí propio el portador de un secreto: el secreto del Dios desconocido.¹⁴⁶

Para Zambrano, fue justamente la aparición de la parte desconocida de Dios la que abrió todas las puertas al conocimiento Antiguo en Grecia y que después también abrió todas las entradas a los monstruos de la realidad, al vacío que se encontraba tras el concepto en que se había intentado estabilizar cada ser, entre ellos, el ser humano. Aunque "después es sentida la insuficiencia de todas las cosas y sus relaciones", ésas que antes daban, con su realismo, las certezas necesarias, serán llevadas al mismo juicio, por la misma razón que las trajera. Dejando al hombre solo. Y "de esa soledad total que adviene tras la experiencia del desengaño de las cosas y su vacío, se hace sentir la realidad como proveniente de un foco primario, viviente".¹⁴⁷

Este foco vital nace desde el interior de lo humano y es siempre la esperanza, el futuro que en cierto modo participa con todo aquello que proyectamos ser, que deseamos ser y que ejecutamos para ser. Que se alimenta de la esperanza. Es el juego de la vida humana donde deseamos "que nuestra vida, sin dejar de ser *nuestra*, tenga los caracteres que le faltan y que le son contradictorios: identidad, realización total y completa, realidad total".¹⁴⁸

Por ello la metáfora de las ruinas es tan clara en nuestra historia ideal, pues significa más en la memoria de lo que permanece, de lo que no fue destruido, el tesoro que queda viviente de la historia, y también lo que no alcanzó a cumplirse, ya sea porque la sostenemos incorruptible por no ejecutarse o por estar siempre formando parte de un porvenir que nos lleva a actuar buscando lo anhelado, aunque no sobrepasa "la caverna temporal", sino sólo a través del conocimiento, de la objetividad que deja abandonado todo aquello que no es convertido en saber.

El futuro por seguir siendo deseo infinito, incumplido, es tan vivaz como la historia efectiva de lo que somos por los pasos andados, pues refleja en tanto la ilusión del hombre, como ese sacrificio que se hace en aras de una época, o de un proyecto. Así, el hombre de nuestros días se entrega no a un Dios cristiano que fuera luego nuestro esclavo y mártir, sino a una deidad sin rostro, a una exigencia insaciable de nuestro tiempo, "que exige que le sea entregado el fruto que va a madurar, el grano logrado; ese

¹⁴⁶ *Ibíd.*, p.281

¹⁴⁷ *Ibíd.* p. 282

¹⁴⁸ *Ibíd.* p.283

instante de calma, la paz de una hora, lo que en la vida humana puede darse de tensión; ese presente que es el tiempo propio de una vida en paz¹⁴⁹”.

Nuestras ruinas, el pasado producido, lo que ha logrado sobrevivir al hecho, la visión de lo que ha sobrevivido a su total destrucción, “esa especie de revelación que padece al mismo tiempo que realiza”¹⁵⁰, le viene a dar sentido a la existencia humana, ésta que necesita recoger y recuperar el pasado histórico para participar de su libertad. Así, dentro del incalculable número de acontecimientos humanos, entre cada error personal, hay algo que forma parte esencial del constructo de la vida humana y es el tejido de sucesos entre personas, es lo que hace al protagonista trágico, el entramado de más de dos seres, entre culturas, donde nace la complicación. Tejido que se refleja en amor, odios, patologías, neurosis, locuras diversas, en dramas de la vida que soñamos y que pocas veces llega a ser todo lo que esperábamos.

Según lo explica María en *La agonía de Europa*, la religión cristiana después de San Agustín, heredera de la Grecia vencedora del destino aciago con el albor de la filosofía, acaba finalmente en la traición de su propio Dios, “un Dios que se hace alimento de la insatisfacción humana”, un Dios creador y misericordioso, que será adorado más por su creación que por su sacrificio. Así, el hombre Europeo, y todos los sistemas filosóficos subsiguientes tomaron como punto de partida el “seréis como dioses”, que hoy no deja espacio para nada más que para ese afán de dominio absoluto, investigación y creación desaforada, ésa fue la religión recibida por Europa, ésa fue la filosofía que recibiera la ciencia y ésa fue la herencia que recibiera cada uno de nosotros a la hora de recibir al otro. La piedad estaba completamente olvidada. El hombre debía ser creador también, podía suplantar a Dios sin sacrificarse, sino dominándolo todo.

Un dios del trabajo [...] lugar del encuentro y coincidencia de todos los credos actuales europeos [...] Porque debajo de ese culto a la creación está la idea que el hombre se ha hecho acerca de sí mismo como criatura que puede crear, y bajo la idea, su soledad lanzada hacia la creación; la creación de su mundo, desde la soledad que cayó a la salida del Paraíso [...] El esfuerzo mayor de la filosofía ha sido siempre de neutralizar los efectos de los dioses.¹⁵¹

Enaltecido desde su nada, semejante a Dios por su imparable deseo de crear, de no dejar de hacer, de no dejar la vida, ni la muerte. Cuando las filosofías orientales piden

¹⁴⁹ *Ibíd.* p.285

¹⁵⁰ *Ibíd.* p.230

¹⁵¹ *La agonía de Europa*, pp. 49-50

desnacer para estar en lo divino, el cristianismo Europeo, el que tiene un Dios de amor, un Dios que le ama, se engrandece en la razón y busca la claridad, la revelación, para no "permanecer en sí", para aferrarse a la vida. El éxito del cristianismo, se debe en mucha medida, según Zambrano, a que en él un Dios se había vuelto humano y el ser humano, por su lado "se había ganado una terrible victoria; el hombre podía permanecer en el mundo y en sí"¹⁵². El punto más alto de la racionalidad y el egoísmo.

Por ello, la filósofa piensa que la historia humana es fruto de la una violencia del ser humano cometida contra todo lo demás, incluyendo a la divinidad, fruto de una soberbia que aun siendo precaria y frágil se da pasto a sí misma encontrando el sentido desde su misma limitación, no aceptándola. "Tal rebeldía se origina de un amor por esencia insatisfecho [...] Un amor que no tolera canje de ninguna especie, transmutación ni conversión, que no da nada a truce de la inmortalidad".¹⁵³ Las ruinas por ello cobran y encierran el secreto de la vida que es vivir humanamente, la ruina se contempla como tal, como algo vencido y no, como un logro del espíritu, mas no de la razón. Nos remontan a ese momento de catarsis. Lo que alcanzamos a hacer y a ser sólo se completa con la ayuda de los sueños, las epifanías e ideales.

Por ello, según la filósofa española, el ser humano, inacabado, contemplará los vestigios de las ruinas, cumplirán éstas su efecto sobre el alma, remontarán a tiempos de fe, de vida y de esperanza, será "una especie de revelación que padece al mismo tiempo que realiza",¹⁵⁴ será algo pasado que no deja de pasar en el tiempo interno de la persona.

El hombre apareció en la historia, es decir, en la tierra, ya vestido y lo que ha tenido que hacer es irse desnudando, ir adentrándose en sí mismo, dejar a su esperanza que se muestre. Su revelación se balancea entre el ocultamiento y la manifestación, entre la presencia y a la ausencia de algo deseado, entre lo que es, puede ser o no será nunca.¹⁵⁵

En el capítulo *La huellas del paraíso*, del libro *El hombre y lo divino*, María nos dice que la esperanza y la nostalgia de nuestro ser en falta, son los "resortes últimos del corazón humano"¹⁵⁶. Existe en el hombre un pasado ignoto que no es únicamente el de la historia de los pueblos, es un pasado desde donde se lanza una especie de libertad unida al ser fragmentado que se muestra por su ausencia. Y si algo encuentra el hombre en lo

¹⁵² *Ibíd.* p.53

¹⁵³ *Ibíd.*, p.57

¹⁵⁴ *El hombre y lo divino*, p. 230

¹⁵⁵ *María Zambrano. La visión más transparente*, p.308

¹⁵⁶ *El hombre y lo divino*, p. 286

huecos de la memoria es un pasado que no es el de nuestras experiencias anteriores, sino un pasado nunca desentrañado, un patrón perdido, extinto y vacío que llama al mito y culturiza, es lo que Zambrano llama ese *saber sobre el alma* previo a la conciencia que hoy entendemos. Un sentido universal que retiene la nostalgia del no-ser que se es, de la nada de la que se vino, y por otro lado de ese ser que se busca incansablemente donde no lo hay; nuestra más honda esperanza:

Al no poder llenar con nada este pasado puro se le siente como perdido. Y así el vivir humanamente comporta el sentir de un haber perdido algo y, en consecuencia, estar "así", de esta manera, sin que hayamos conocido jamás otra [...] Paralelamente, la esperanza tiende a restablecer en el futuro la vida del pasado perdido. ¿De cuál es la prioridad? Parece haber entre aquello que la nostalgia diseña y lo que la esperanza propone una igualdad de nivel como en dos vasos comunicantes. Y entre ellas el abismo de la decadencia o de la "caída", más hondo cuanto más alta sea la esperanza y más perfecta la imagen de la vida perdida.¹⁵⁷

Esta indigencia es lo que nos acerca espiritualmente a la imagen literaria y no de las ruinas, al templo con el que se les admira, como la metáfora del ideal humano, de la vida humana cuyo poderío yace en su fragilidad, "la indigencia de lo viviente le exige poder, apoderarse de lo que le falta".¹⁵⁸ Es el sacrificio, en aras de esa ruina que somos lo que nos permite ver la única posibilidad de ser, pues para ser hay que entregar parte de lo que se tiene. El hombre es esa esperanza que deposita su fe en las piedras del templo, que deja a cuenta su naciente ser en algo más fuerte que él. Quizá esta relación le permita salir de su eterna soledad, alimentando el titán de un futuro desconocido para obtener un espacio íntimo dentro de la soledad que caracteriza a la persona zambraniana. Todo producto humano se fatiga en su debilidad, en su contingencia, pero para la española, si existe un absoluto, éste se halla únicamente dentro de ese espacio personal desconocido, de soledad y libertad. Donde todo lo que surge es creación de un anhelo vital.

Así, "siendo la soledad en donde nace la responsabilidad, el hacerse cargo de lo que se decide y se hace y aun de lo que se hace y está ya hecho, [...] podemos asumir lo que no hemos decidido ni creado: tomarlo sobre nosotros, marchar voluntariamente con su peso"¹⁵⁹, hacer ética una existencia, apropiarnos de nuestra debilidad y hacer la

¹⁵⁷ *Ibíd.* pp.287-288

¹⁵⁸ *Persona y democracia*, p.146

¹⁵⁹ *Ibíd.* p.157

morada de cada ilusión humana, de toda esperanza. Que al final toda ella se cifra en el amor, en la libertad y la angustia de ella convertidas en búsqueda de amor, en creaciones, en mitades de sueños consumados. Porque todo fracaso lleva en sí un triunfo, nos muestra el deseo que nos movió a ser, a querer ser algo, o tener algo. El hombre no es nada sin su fe, no es nada si su esperanza por algo, por alguien, no existen civilizaciones sin quimeras, dice Zambrano, de ellas depende la realización última de la persona, y si ésta elimina el sueño creador no hallará allende nada con qué sostener su angustia. Las religiones se han tenido que enfrentar con la inquietud humana, con la sed de la razón de la criatura humana.

Mas quizá no haya habido alguna todavía [civilización] que haya analizado su quimera sin deshacerla; que haya sido capaz de rectificar, corregir su quimera. El primer paso en enfrentarse con su enigma, pero esto sólo lo puede hacer la persona en su madurez; llevar a la conciencia su ensueño cuando aparece agotado. Claro que esto sólo puede darse ahí donde el enigma inspirador sea el de la propia persona humana. Y eso solamente una civilización cuyo Dios en persona puede darse, cuyo misterio original sea el de la encarnación del logos.¹⁶⁰

Edipo no conoce al padre y acaba por inaugurarse nuestra más dolorosa condición trágica. Contrariamente a ello, piensa Zambrano, la religión judeo cristiana contará con un dios cuya racionalidad es tal que cabe el amor y la promesa de una presencia: la semejanza del hijo le hará reconocer finalmente a su padre. ¿Culmina acaso esta religión con una posible salida de la tragedia? ¿Si el hijo conoce al padre, o se refleja en el padre, nuestra soledad se hace menos terrible? La reflexión de Zambrano hace el ejercicio de entrelazar esta ratio natural inmóvil y aristotélica con la piedad que eventualmente surge del amor en el cristianismo: el amor que es ansia de paraíso obliga a bajar a los inferos. Como si en la confusa condición humana yaciese un resto de paraíso, un paraíso no destruido, que yace a su vez en el infierno.¹⁶¹

No es gratuito que para la filósofa española lo divino demarcara el confín de las diversas culturas, el lugar desde donde éstas van y tejen su esperanza, su identidad, su mismo sacrificio en aras de algo. La nostalgia paradigmática de cada religión muestra que existe un deseo de perder, irónicamente, la libertad de juicio, de abandonar la tragedia del yerro, esa elección que ocurre ya siempre en soledad porque es libre, y *que rebasa el conocimiento, se aventura y decide en los momentos definitivos lo que aún no*

¹⁶⁰ *Ibíd.* pp.163-164

¹⁶¹ *El hombre y lo divino*, p.291

es, el que todavía no somos¹⁶². Zambrano se pregunta si no será posible que nuestra cultura de poder "obstinado" esté entrando a un anochecer de plena luz que cancele la posibilidad de vivir en reconocimiento de esa naturaleza perdida y paradisíaca, nuestro ser náufrago que clama por "obedecer sin tregua" como las demás criaturas, el querer elegirnos sin más, sin permitir que otros ámbitos comparezcan junto a nosotros. De esta manera, lo describe Zambrano:

¿Por qué el eclipse? ¿Tiene acaso el hombre un sitio donde poder regresar desde su historia? Todo da a entender que busca algo dejado atrás y que quiere adentrarse en algún secreto lugar, como si buscara la placenta de donde saliera un día, para ser de nuevo engendrado. Abandona el mundo donde tenía que ser hombre entero y sostener una idealidad; se muestra hostil para vivir a la luz del día, que es la luz de la razón, de esa razón que puso orden una vez en la realidad pavorosa. Busca el lugar oscuro, la caverna de donde saliera para en ella hundirse de momento.

El hombre genérico, esencial, no aparece. Hace tiempo que nadie responde las llamadas que le dirigen ni la apelación que unos cuantos hombres más virginales e íntegros le han dirigido. No responde porque se sigue escondiendo. Desaparece de donde ha estado durante tantos siglos. Y todas las llamadas serán en vano mientras que no se recobre el contacto con algo perdido. Algo que le daba precisamente la condición de expresarse, de aparecer ante la faz de la naturaleza, de existir.¹⁶³

¿Es el Otro lo que el hombre ha perdido? La relación con su profunda certeza que es lo divino, que requiere, en todo caso una disposición a la revelación ha sido cancelada. La filosofía antigua, aun en su esplendor generaba desgano hacia la vida, nostalgia y desesperación. Era necesaria una revelación de la vida, pues que el hombre europeo, más que cualquier otro, "se desvive por vivir" y "vive en un continuo conflicto entre dos mundos, aquel donde yace su interioridad ilimitada y el mundo donde intentara fijarse. Es decir, el hombre que desea ser y el que está siendo, jamás encontrado en un mismo tiempo. La autora de *La agonía de Europa* nos lleva hacia San Agustín para entender cómo, allí donde nació el sujeto europeo, transparente, confesional, el que está en sí, tuvo que existir un "desengaño de la razón" anterior. Razón que "aun en su esplendor máximo, no pudo engendrar al hombre nuevamente; lo deja en soledad y desamparo"¹⁶⁴. Para Zambrano que está pensando en la persona cristiana de occidente, quien es una "perspectiva infinita que no se agota jamás en ninguno de sus actos", siempre habrá algo

¹⁶² *Ibíd.* p. 292

¹⁶³ *La agonía de Europa*, p.100

¹⁶⁴ *Ibíd.* p. 71

más allá que le sostenga en duda, en cierto tormento, en un incesante latir en la insatisfacción, una verdad inalcanzable.

Sería inútil creer que la vida puede ser revelada sin el prefacio de todas esas necesidades humanas, tales como el amor, la envidia, el saber, la esperanza, el deseo de desnacer de la conciencia, que "es a la vez un develamiento de lo más profundo" de nosotros mismos", pues el verdadero horror del nacimiento "es la herida en el ser: la escisión entre el que mira hacia arriba, hacia la luz, y el otro, el que mira a oscuras y en silencio"¹⁶⁵. Los claros oscuros que contradicen el proceso de homogeneización de la racionalidad.

Hoy estamos en "la noche oscura de lo humano", porque la historia del hombre lleva a cuevas algo que ha ido dejando atrás, y que aun no reconoce, "algo que le daba precisamente la condición de expresarse, de aparecer ante la faz de la naturaleza, de existir"¹⁶⁶ y de convivir con las diversas realidades. Donde su propio logos queda eclipsado bajo una forma confusa que no puede hacer convivir nada más que conceptos, y se aceleran las exclusiones. Allí donde se crea a un dios devorador que es reflejo de lo que hoy se hace el ser humano consigo mismo, devorarse a sí cuando comienza a perder toda manera de encontrarse "otro". ¿Serán acaso todos esos otros que ya no se detiene el ser humano a mirar porque se ha quedado encerrado en un cuarto de luces que no tienen ya nada que iluminar?

La familiaridad de ser recogidos en una patria natural nos dejaría libres de nuestro inquisidor personal, de nuestro adentro desde donde nosotros mismos nos encarcelamos, para volver a existir en una "intimidad sin reclusión": "El futuro, dios desconocido, se comporta como una deidad que exige implacablemente y sin saciarse que le sea entregado el fruto que va a madurar, el grano logrado; ese instante de calma, la paz de una hora, lo que en la vida humana puede darse de tensión; ese presente que es el tiempo propio de la vida en paz".¹⁶⁷

Cuando el hombre se ha concebido a sí mismo como pura conciencia, autoconciencia sin más, cae en el vacío de la libertad, lo que Zambrano llamara una clase de libertad negativa, pues es una libertad sin contenido, avasalladora y confusa, se

¹⁶⁵ La visión más transparente, p.479. Ver: En el capítulo *La multiplicidad de los tiempos* del autor José Ma. Beneyto, podemos encontrar una excelente explicación de lo que implica para la autora del exilio: recuperar el tiempo interno y contraponerlo con el tiempo en que se da la autoreflexividad del logos occidental. Lo que implica la reducción de la filosofía de una visión del tiempo donde no está contemplado el momento de la violencia que la misma luz genera.

¹⁶⁶ *Ibid.* p.100

¹⁶⁷ *El hombre y lo divino*, p.285

trastoca en una necesidad "a priori", cancela la posibilidad de 'amar', de sentirse parte de, acompañado, relacionado, ya sea con la divinidad, ya sea con la otredad de un semejante. El ansia de poseer culmina con la muerte del amado, culmina con el sacrificio de lo divino por lo humano que no soporta su condición solitaria, pero bien cree Zambrano, la muerte de Dios sólo sucede cuando una vez ya se le ha amado, sólo muere lo que se ama, la experiencia de la muerte necesita una experiencia anticipatoria del amor, del deseo, de la necesidad del alma. Lo demás sólo se esfuma en el tránsito normal de la contingencia de las cosas.

Como tal espacio vacío difícilmente puede resistirlo el corazón humano, bien pronto se puebla de monstruos, de dioses, de pesadillas, de absurdos temores y absurdas esperanzas. Los más avisados intentan detener esta avalancha y llenar el "vacío" con un grandioso proyecto de ser hombre.¹⁶⁸

Parece que lo primero que el hombre occidental ha buscado frenéticamente es imponerse sobre todos los seres (anulándolos en su esquema racionalista antropocéntrico), sobre las cosas, aun sobre lo divino que viene a ser el reflejo de su cultura y de sus anhelos más íntimos. Todo se pierde bajo ese tentador delirio de endiosamiento humano. Independencia que bien pronto es celebrada por el hombre que alcanza una soledad angustiante más que mística, tan peligrosa como violenta, pues en la búsqueda insaciable del fundamento más 'objetivo' del conocimiento (a saber, afán primordial del hombre racionalista), se pierde el ser humano en la sombra de su propia conciencia. Pretende que anula su carencia, la ausencia de sus dioses parece no ser sentida nunca más, aunque la inmediatez de sentimiento de que es necesario conectar con ello es inexorable y también interminable.

Al respecto me avoco a pensar sobre *Filosofía y poesía*, donde Zambrano nos hace notar que la 'palabra del no ser' o de lo no justificado "racionalmente" mediante categorías y métodos lógicos, es en principio, desde la filosofía Platónica, desterrada por "irracional". Es la disputa entra filosofía y poesía, entre lo revelado por gracia y lo conseguido por mérito ¿qué es más valioso para el hombre de nuestros días? Fundamentalmente el valor de la filosofía, la Unidad, vista desde el punto de vista contemporáneo sería justamente el mérito, la búsqueda, y más puntualmente, una búsqueda que jamás nos conduce al fin, sino que tan sólo nos conduce, en el mejor de los casos, y en las mejores de las filosofías.

¹⁶⁸ *Ibid.* pp. 299-300

Es así como el sentimiento (multiplicidad, dispersión) se convierte en un tipo de 'perversión', de fantasma, es así como se le condena por el hecho de ser una aparición, un golpe de algo poco descriptible a las ciencias positivas. La poesía -el sentir- es una dispersión, un insulto trivial al *logos*. El poeta un loco delirante, pero a la vez, el que más cercana relación tiene con la verdad manifiesta, pues su conciencia no está coartada ni limitada, sino encontrada con una especie de gracia, de don, de clarividencia.

La filosofía, no conformándose con el "aparecer", va tras la esencia, tras lo inmóvil, lo perenne. Aunque la cuestión fundamental de estas clasificaciones y valorizaciones es que, desde la filosofía presocrática, el hombre se concede, se nombra así mismo con una sola palabra: ser racional, la naturaleza humana se caracteriza únicamente por la razón. Ciertamente las consecuencias de ello son tan graves como la misma afirmación esencialista que el hombre realiza sobre su propia condición. Es la condena, la esclavización a una autonomía que no fundamenta nada más que la razón en nombre de la razón. Es decir, una razón yerma, la cual difícilmente abrirá un camino integrador e intenta encerrar el lenguaje en una sola voz.

En el arte pasa otra cosa, no hay nada que alcanzar por sí mismo para el poeta, todo está antes de él, todo está como un regalo fugaz que no requiere lucha ni violencia alguna. Todo está dado en una relación de gracia, de casualidad y enigma. Tal vez sea esta comparación por la que Zambrano pudo encontrar tantos cabos sueltos en la historia de la filosofía y de nuestra humanidad. Siendo que el poeta, o el artista, bajo el mismo mundo ha recogido una realidad menos ensombrecida y más plural que la que buena parte del pensamiento intelectual, que triturando al ser en varias partes, luego le sentenciaría al pensarlo incompatible con cada uno de sus miembros desprendidos. Quizá en la relación del hombre con lo divino, hay un algo de esta resistencia bipolar que en el fondo del alma humana es el propulsor de la angustia, porque nos angustia tanto la libertad, como la ausencia de ella.

Así nos lo dice María, "que la angustia no sólo es consecuencia de la soledad, de ser consciente y nada más [del desequilibrio en que se está], sino que la angustia es principio de voluntad"¹⁶⁹ Voluntad con la que decidimos y no, entablar la relación. Por ello que haya un dejo de humildad en la poesía, dice Zambrano, a pesar de alcanzar la unidad al liberarse de la realidad, a través del arte, de la creación, de la palabra, es precisamente el 'saber' lo frágil que es dicha libertad, una liberación tan sólo temporal. O es que las

¹⁶⁹ *Filosofía y poesía*, p.88 Nota: los corchetes con míos.

verdades de la vida, las de la muerte y el amor, son aunque perseguidas halladas al fin, por donación, por hallazgo venturoso, por lo que después se llamara gracia.

Por el contrario, la filosofía renuncia a las sensaciones de ésa multiplicidad vital, renuncia a la vida de inmanente por la búsqueda de lo absoluto trascendente, absoluto que promete algo a lo que la misma filosofía no puede acceder "razonablemente": conseguir la libertad atemporal, lo eterno. La filosofía de nuestros días está acercándose a la ciencia cuando le notamos con la disposición a ser la última prescriptora de la verdad, abandonando así toda metafísica al decidir lo que puede ser o no pensado, comprobado, confrontado con la razón estructurante.

El artista sabe recibir "sacrificarse y sacrificar", sacrifica su libertad porque está en manos del tiempo, porque su fascinación es justamente el amor y ese aferrarse a lo que paulatinamente va padeciendo el cambio; su meta es eternizar el instante ya ido, hacer infinito lo finito. Haciendo de la palabra una metáfora.

La filosofía no recibe favores, nació de la necesidad de ser superior y allá va, en soledad enaltecida, más excelsa, soberbia y renuente a subirse a otro barco que no sea el construido por su propia reflexión. Es ella el paradigma del nacimiento del poder humano, del dominio exaltado con la concepción que se ha deificado de la razón, un poco eso que nace del miedo y del asombro. De nuestra parte creadora. La filosofía, si bien sabemos, no toda (donde se demuestra que el espíritu humano es inaprensible en una idea sola) se ha alejado de lo divino en la medida que no es capaz de justificarlo, pero más aun porque no es capaz de compartir lo que ha ganado mediante un esfuerzo histórico por ser.

Con un ímpetu demasiado fuerte, nuestro amor a la sabiduría ha apuntado a quemarropa, pues es demasiado hambriento para detenerse frente a los dioses. La poesía y el arte que durante su obra siempre tiene entre cejo la pensadora española, toma las respuestas con todo y la impertinencia precoz y peculiar de lo ya dado, luego lo convierte en obra, en ser. La filosofía divide, analiza, para después hacer aparecer el ser, es la reveladora, la que cierra los ojos para anular y luego dar a luz sus estructuras como mejor le respondan a la razón. Quizá el sentido de esa búsqueda solitaria y ascética del filósofo (que es el mago, por eso nos deslumbra), es ser capaz de suspender la realidad para introducirla en su camino, en su sistema, en su verdad.

Quizá sea imposible no tender a ella. Quizá no sea un error humano, sino una inevitable muestra de que no podemos ser más. Como diría nuestra autora hablando acerca de los logros filosóficos, algo le falta a la preciada filosofía del hombre. Algo le falta al hombre para ir a buscar su ser, su persona que nunca será del todo revelada, pues en

ella se presenta la forma misteriosa de la realidad, la espontaneidad de un momento y es que indudablemente "no todos han despertado a ser persona" porque no reconocen en ésta su vitalidad continua, su movimiento, su necesidad de desear y de perdurar en el deseo que es el motor de la vida. Para vivir desde la persona habrá que reconocer una razón diferente de la cotidiana, habrá que darle otra valoración al sentimiento tantas veces azorado, a ese hueco invaluable que no nos deja en calma pues siempre "una nueva luz puede llegarle [...], un horizonte más amplio se le puede descubrir, un mayor conocimiento o una capacidad de entrega desconocida o una energía sin precedentes"¹⁷⁰. Resulta interesante notar como desde el nacimiento de una conciencia que quiere desapegarse de toda subordinación, es mayor el sentimiento que verifica el vacío del ser. Porque mientras más encerrado en sí esté el hombre, más seguro en su delirio, estará más lejos de su proyecto como persona.

El hombre occidental embriagado de afán de crear, quizás ha llegado a crear desde la nada, a imagen y semejanza de Dios. Y como esto no es posible se precipita en el vértigo de la destrucción; destruir y destruirse hasta la nada, hasta hundirse en la nada¹⁷¹

Porque toda indigencia aceptada nos muestra la necesidad positiva de ir a buscar al otro, y al buscar al otro reconoceremos que al final estamos más expuestos a la vida y al tiempo. Será recordar que el pensamiento no sólo nos muestra la razón, la unidad ni la verdad, sino que antes que eso nos abre una herida tan honda que desde el inicio el ser humano se ha buscado fundamentos con que tapanla, ¿la herida es negativa? Aquí pensamos que no, que es trágica más nunca en el sentido negativo, la oquedad y el vacío nos brinda esa única oportunidad de ser personas singulares, de compartir una necesidad de presencia que es apenas reconocible para la razón, cuando en ella sólo se ha pensado lo entero, lo necesario y lo inmóvil.

Lo que no tiene el hombre no le es perentorio en primera instancia, pues sin él puede gastarse la vida en una jaula de seguridad estéril y fría, pero jamás accede a ningún tipo de perfeccionamiento, jamás evoca la exigencia que el existir en libertad conlleva. Para María Zambrano y para los filósofos que sospecharon de la nueva postura del hombre en el centro del mundo, es fundamental abrir el capítulo que narra lo que hoy tenemos, sin más: el paradójico desorden de una razón devoradora, de un aislamiento inimaginable en siglos anteriores. Tenemos nuestras ruinas de ser y nos comemos al otro

¹⁷⁰ *Persona y democracia*, p.159

¹⁷¹ *María Zambrano. La visión más transparente*, p. 343

cuando ya no encontramos alimento de manera independiente, andamos por ahí llevando auestas la soberbia de la indiferencia, de la total ignorancia de nuestro ser más propio: la falta ontológica.

La soledad moderna es quizá la más trágica, porque no reconoce sus ausencias en el reconocimiento del otro, porque ya no hace rituales, en su deseo de no ser esclavo el hombre se hizo esclavo de un ente invisible, de un dios profano que hoy tiene todos los nombres: racionalidad sistemática, tecnología voraz, poder, publicidad, imagen. Subrepticamente también es evidente que la libertad es algo aún utópico, y que en los momentos de máxima liberación (en el sentido místico y amoroso) surge también un deseo de perder el yo, de atarse al amado, al arte, al pensamiento, a lo divino, a aquello que nos seduce desde la entrañas.

Esta necesidad de relación sólo es quebrada por la locura, y no es por ello gratuito el surgimiento de tantos problemas sociales, como bien lo dijo Foucault: el medio más favorable a la pérdida de la razón es el medio de la civilización que extrema el desgaste de las relaciones del hombre con el medio y consigo mismo. En buena medida su ser libre queda antes en las utopías añoradas que en lo real, y lo real también se cumple en el fracaso, en el sueño infinito de algo. La atadura al amor, a lo divino, a la fantasía de ser, al otro siempre otro y semejante a su vez, al otro que perdemos a cada instante porque lo hacemos nuestro, a pesar que siempre se queda ahí en su propio sitio intentando ganar su parte de ser.

Por eso no es tan irresistible la alteridad, por ello también nos es tan apasionadamente irritante, porque demuestra, no otra cosa, que la oportunidad que tenemos de ser y de no ser. Y la filosofía moderna tiende, junto con la técnica moderna y la desvalorización de las personas, que al final son una herencia más de una filosofía vigente introyectada, tiende por otro lado a la aniquilación de las cosas, la tragedia se ha vuelto algo cotidiano, explica el español Eugenio Trías en su texto *Los límites del mundo*. El pensar en la inanidad es algo que ya flota en el aire de la sociedad moderna. Por ello que destruir toda relación cada vez sea más fácil, más cotidiana, más indiferente.

"La aniquilación de lo humano es nuestro horizonte [...] Somos presentes arrojados sobre ese fondo de posibilidad que se proyecta en el horizonte futuro como ausencia radical de lo que somos, fin definitivo de todo ser, decir, pensar, y proyectar humano"¹⁷²; sujetos fronterizos a un fracaso inminente. Hoy más que nunca quienes no lo

¹⁷² Eugenio Trías, *Los límites del mundo*, Ed. Ariel Filosofía, Barcelona 1985, pp.192, 196

saben lo intuyen, llevamos a cabo la violencia con prisa singular. Tener las cosas a disposición y ser carne a disposición lo apura aun más.

El deseo, como propulsor que lleva a cabo toda acción, toda ética, todo movimiento del alma, del cuerpo y hasta de la razón, queramos o no, mejor o peor logrado en su intento inagotable, es una realidad en su fondo más auténtico e inabarcable. La falta ontológica así pensada atenta contra el sistema racionalista, antropocéntrico, referente a nada, porque el hombre que no sabe su falta no hará nada tampoco por acendrar su ser, se llenará de más huecos que parecen colmarle y la angustia se vuelve peor porque no es entendida ni reconocida como parte humana, con la que hay que lidiar. La angustia con la que reflexionaron los griegos y los filósofos del siglo XX no la entenderá fácilmente el hombre de este siglo como algo que le obligue a repensarse, sino que le hará más devorador, más indiferente, y menos, menos humano cada vez. Pues salimos huyendo de nosotros mismos y de lo poco o lo mucho que alcancemos, siempre que no queramos reconocer el límite que nos hace ser, ese dolor que nos hace ser y soportar, ir siendo, amar el dolor y crecer en él o perdernos en él, que al final, la muerte nos alcanza en cada una de nuestras culminaciones, en cada logro y en cada pérdida.

La vida no puede pensarse sin la muerte, ¿es ese vacío que no se llena nunca la presencia necia de una muerte que es para todos la misma? ¿Es ese hueco la angustia que nos une? Qué es ese vacío sino el continuo de la vida, el tembladeral donde nacemos y donde terminamos. Es nuestra falta ontológica el lugar desde donde podemos expresar, desde donde es posible amar y odiar, es nuestra aurora en la conciencia, la hora para despertar, desde donde es posible necesitar tan violentamente del otro, poseerle aunque sea sólo en una fantasía.

Ya una frase Margarite Yourcenar celebraba la ironía que acompaña la urgencia del otro y la imposibilidad de poseer nada en su totalidad. La nostalgia de esa conciencia que no sabe es el lugar donde reciclamos las pequeñas y grandes cosas que se van ausentando de la vida. Un día vivido es también un día que fenece, la memoria de ello nos hace insoportables, es necesario salir fuera, desgarrarse y permitirle al conocimiento beber de ese delirio de estar en otro, buscando algo nuestro. Aun con todo lo que ello implica, cada movimiento es posible por nuestra eterna ausencia de algo, por esa la búsqueda por otras cosas que disimulen o hagan menos dura esta condición. *"El amor es un castigo. Somos castigados por no haber podido quedarnos solos"*.

Finalmente, tengo que señalar que no hay conclusiones, perdonen Ustedes que la tesis quede impedida de concluir, pero es por razones de la falta. ¿Cómo llenar el hueco que produce la ausencia, ésa que a todos duele y a todos significa? No puede haber conclusiones, no me las pidan porque por hoy este sólo un esfuerzo por abrir las preguntas hacia ella, sobre el cómo la vivimos o pudiéramos vivirla o bien, evitar vivirla. El cómo se solucione podría llevarme a reducir terriblemente la realidad de ésta. Este es un trabajo que habrá de continuar por otros derroteros y quizá ahí sí pueda encontrar lo que hoy me parece implacablemente imposible.

BIBLIOGRAFÍA

Zambrano, María:

- Ámbitos literarios*, Premio Cervantes 1988, Anthropos, Madrid, 1958
- Claros de bosque*, Seix Barral, Barcelona, 1978
- Delirio y destino*, Mondadori, Madrid, 1989
- De la aurora*, Tabla Rasa, Madrid, 2004
- El hombre y lo divino*, FCE, México, 1993; Siruela, Madrid, 1992.
- El pensamiento vivo de Séneca*, Cátedra, Madrid, 1987
- El sueño creador*, Universidad Veracruzana, México, 1965
- Filosofía y poesía*, FCE, México, 1987
- Hacia un saber sobre el alma*, Alianza, Madrid, 1987
- La agonía de Europa*, Trotta, Madrid, 2000
- La tumba de Antígona*, Siglo XXI, México, 1967
- Los bienaventurados*, Siruela, Madrid, 2004
- Senderos*, Anthropos, Barcelona, 1986
- Obras reunidas I*, Aguilar, Madrid, 1971
- Pensamiento y poesía en la vida española*, La casa de España, México, 1939 Colegio de México, 1991
- Persona y democracia*, Siruela, Madrid, 1996

Estudios sobre María Zambrano:

- Beneyto, José Ma. y. González, Juan A, *María Zambrano, La visión más transparente*, Coedición de Ed. Trotta y Fundación Carolina, Madrid 2004.
- Blanco, Rogelio, *Ortega, Fernando, María Zambrano (1904-1991)*, Ediciones del Orto, Madrid, 1997.
- Bungard, Ana, *Más allá de la filosofía: sobre el pensamiento místico de María Zambrano*, Madrid, Trotta, 2000
- Laurenzi, Elena, *María Zambrano: nacer por sí misma*, Ed. Horas y horas, Madrid, 1995.
- *Fernand, Ortega Muñoz, Introducción al Pensamiento de María Zambrano*, FCE, México, 1994
- María Zambrano: premio de la literatura en lengua castellana "Miguel Cervantes" 1998.* Ed. Anthropos, Madrid: Centro de las Letras Españolas, 1989
- Coord. Rivara, Greta, *Vocación por la sombra. La razón confesada de María Zambrano*, Ed. Edére, México 2003

Otras fuentes de interés sobre el tema:

- Cabrera, Isabel y Nathan, Elia, *Religión y sufrimiento*, Facultad de Filosofía y letras, UNAM. 1996
- Constante, Alberto, *El asombro ante el mundo o el infinito silencio*, Arlequín, --- Secretaría de Servicios a la Comunidad, UNAM, México, 2005
- Constante, Alberto, *La metáfora de las cosas*, Ed. El Arlequín, México 2003
- Foucault, Michel, *Historia de la locura en la época clásica*, FCE, México, 1998
- Heidegger, Martin, *Ser y tiempo*, Ed. FCE, México, 1974
- Heidegger, Martin *Estudios sobre mística medieval*, FCE, México, 1999
- Hyppolite, Jean, *Génesis de la estructura de la fenomenología del espíritu en --Hegel*, Península, Barcelona, 1974
- Jeager, Werner *La teología de los primeros filósofos griegos*, FCE, México, 2000
- Kierkegaard, Sören, *La enfermedad mortal*, Ed. Sarpe, Madrid, 1984

- Kierkegaard , Soren, *El concepto de la angustia*, Austral, México, 1998
- Marcel Gabriel, *Aproximación al misterio del ser*, Ed Encuentro, Madrid, 1987
- Nietzsche, Friedrich, *Fragmentos Póstumos*, Ed. Tecnos. Madrid, 2002
- Nietzsche, Friedrich, *Sabiduría para pasado mañana*, Ed. Tecnos, Madrid, 2002
- Nietzsche, Friedrich, *El crepúsculo de los ídolos*, Alianza Ed. México, 2000
- Nietzsche, Friedrich, *Más allá del bien y del mal*, Alianza, Madrid, 1988
- Nicol, Eduardo, *La idea del hombre*, FCE, México, 1998
- Nicol, Eduardo, *La metafísica de la expresión*, FCE, México 2003
- Ortega y Gasset, *Ni vitalismo ni racionalismo*, Obras Completas III, Alianza, Madrid, 1983
- Rivara, Greta, *El ser para la muerte. Una ontología de la finitud*, UNAM. México 2003.
- Trías, Eugenio, *Pensar la religión*, Ed. Altamira, Buenos Aires, 2001
- Trías, Eugenio, *Los límites del mundo*, Ed. Ariel Filosofía, Barcelona 1985
- Unamuno, Miguel, *El Sentimiento trágico de la vida*, Biblioteca Nueva, Madrid, 1999
- Otto, Rudolf, *Lo santo*, Alianza Ed, México. 2001
- Sartre, Jean Paul, *El existencialismo es un humanismo*, Ed. Quinto Sol, México, 1999
- Rüdiger Safranski, *El mal o el drama de la libertad*, Ed. Tusquets, Barcelona, 2000
- Savater, Fernando, *Invitación a la Ética*, Ed. Anagrama, Barcelona 2002

Otros:

- Revista Metapolítica, *María Zambrano entre nosotros*, México, Abril/Marzo, 2004